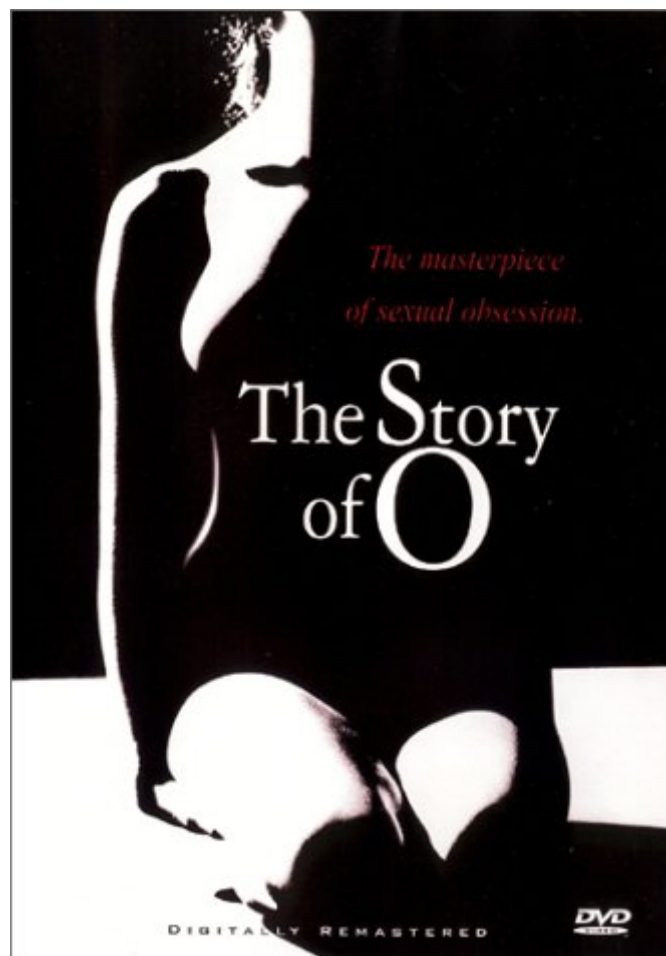


Historia de O

de Pauline Réage



I - Los amantes de Roissy

Un día, su amante lleva a O a dar un paseo por un lugar al que no van nunca, el parque Montsouris y el parque Monceau. Junto a un ángulo del parque, en la esquina de una calle en la que no hay estación de taxis, después de pasear

por el parque y de haberse sentado al borde del césped, ven un coche con contador, parecido a un taxi.

—Sube —le dice él.

Ella sube al taxi. Está anocheciendo y es otoño. Ella viste como siempre: zapatos de tacón alto, traje de chaqueta con falda plisada, blusa de seda y sombrero. Pero lleva guantes largos que le cubren las bocamangas y, en su bolso de piel, sus documentos, la polvera y la barra de labios. El taxi arranca suavemente sin que el hombre haya dicho una sola palabra al conductor. Pero baja las cortinillas a derecha e izquierda y también detrás; ella se quita los guantes, pensando que él va a abrazarla o que quiere que le acaricie. Pero él le dice:

—El bolso te estorba. Dámelo. —Ella se lo da. El hombre lo deja lejos de su alcance y añade—: Estás demasiado vestida. Desabróchate las ligas y bájate las medias hasta encima de las rodillas. Ponte estas ligas redondas.

Ella siente cierto apuro, el taxi va más aprisa y teme que el conductor vuelva la cabeza. Por fin, las medias quedan arrolladas. Le produce una sensación de incomodidad el sentir las piernas desnudas bajo la seda de la combinación. Además, las ligas sueltas le resbalan.

—Quítate el ligero y el slip.

Esto es fácil. Basta pasar las manos por detrás de los riñones y levantarse un poco. Él guarda el ligero y el slip en el bolsillo y le dice:

—No debes sentarte sobre la combinación y la falda. Levántalas y siéntate con la carne desnuda.

El asiento está tapizado de molesquín frío y resbaladizo. Da angustia sentirlo pegado a los muslos. Luego, él le dice:

—Ahora ponte los guantes.

El taxi sigue corriendo y ella no se atreve a preguntar por qué René no se mueve ni dice nada, ni qué significado puede tener para él que ella permanezca inmóvil y muda, interiormente desnuda y accesible, y tan enguantada, en un coche negro que va no se sabe dónde. Él no le ha dado ninguna orden, pero ella no se atreve a cruzar las piernas ni a juntar las rodillas. Apoya las enguantadas manos en la banqueta, una a cada lado.

—Hemos llegado —dice él de pronto.

El taxi se detiene en una hermosa avenida, debajo de un árbol —son plátanos—, ante un chalet que se adivina entre el patio y el jardín, parecido a los del barrio de Saint-Germain. Los faroles están un poco lejos, el interior del coche está a oscuras y fuera llueve.

—Quédate quieta —dice René—. No te muevas.

Acerca la mano al cuello de la blusa, deshace el lazo y desabrocha los botones. Ella se inclina ligeramente hacia delante, pensando que él desea acariciarle los senos. No. Él sólo palpa el tirante, lo corta con una navajita y le saca el sostén. Ahora, debajo de la blusa, que él vuelve a abrochar, ella tiene los senos libres y desnudos, como libres y desnudas tiene las caderas y el vientre, desde la cintura hasta las rodillas.

—Escucha —le dice él—. Ahora estás preparada Yo te dejo. Bajarás del coche y llamarás a la puerta. Seguirás a la persona que abra y harás lo que te ordene. Si no entraras en seguida, saldrían a buscarte; si no obedecieras, te obligarían a obedecer. ¿El bolso? No vas a necesitarlo. No eres más que la muchacha que yo entrego. Sí, sí, yo estaré también. Vete.

Otra versión del mismo comienzo era más brutal y más simple: la mujer, vestida de este modo, era conducida en el coche por su amante y un amigo de éste, a quien ella no conocía. El desconocido iba al volante y el amante, sentado al lado de la mujer. Y era el desconocido el que explicaba a la mujer que su amante debía prepararla, que le ataría las manos a la espalda, por encima de los guantes, le soltaría y enrollaría las medias, le quitaría el liguero, el slip y el sostén y le vendaría los ojos. Que después la entregarían en el castillo donde recibiría instrucciones sobre lo que debía hacer. Efectivamente, una vez así desvestida y atada, la ayudaron a bajar del coche, le hicieron subir unos escalones, y cruzar una o dos puertas, siempre con los ojos vendados. Cuando le quitaron la venda, ella se encontró sola en una habitación oscura, donde la tuvieron una hora o dos, no sé, pero fue como un siglo. Después, cuando por fin se abrió la puerta y se encendió la luz, se vio que había estado esperando en una habitación muy banal y confortable aunque extraña: con una gruesa alfombra en el suelo, pero sin un mueble, rodeada de armarios empotrados. Dos bonitas jóvenes habían abierto la puerta. Vestían como las doncellas del siglo xviii: con faldas largas, ligeras y vaporosas que les llegaban hasta los pies, corpiños muy ajustados que les levantaban el busto, abrochados delante y encaje en el escote y en las bocamangas que les llegaban por el codo; llevaban los ojos y la boca pintados, así como una gargantilla muy ajustada al cuello y pulseras ceñidas a las muñecas.

Sé que entonces soltaron las manos de O, que todavía tenía atadas a la espalda y le dijeron que debía desnudarse, que la bañarían y maquillarían. La desnudaron y guardaron sus ropas en uno de los armarios. No dejaron que se bañara sola y la peinaron como en la peluquería, sentándola en uno de esos sillones que se inclinan hacia atrás cuando te lavan la cabeza y que a continuación se levantan cuando te ponen el secador, después del marcado. Para todo esto se necesita por lo menos una hora. Y tardaron, efectivamente, más de una hora, durante la cual ella permaneció sentada en aquel sillón, desnuda, sin poder cruzar las piernas, ni siquiera juntar las rodillas. Y como delante tenía un gran espejo que cubría toda la pared, en la que no había tocador, cada vez que su mirada tropezaba con el espejo, se veía así abierta.

Cuando estuvo peinada y maquillada, con los párpados sombreados ligeramente, la boca muy roja, los pezones sonrosados y el borde de los

labios mayores carmín, mucho perfume en las axilas y el pubis, en el surco formado por los muslos, debajo de los senos y en las palmas de las manos, la hicieron entrar en una habitación en la que un espejo de tres cuerpos y otro espejo adosado a la pared le permitían verse perfectamente. Le dijeron que se sentara en el taburete colocado en el centro del espacio rodeado de espejos y que esperara. El taburete estaba tapizado de piel negra de pelo largo que le hacía cosquillas, la alfombra también era negra y las paredes, rojas. Calzaba chinelas rojas. En una de las paredes del gabinete había un ventanal que daba a un hermoso y sombrío parque. Había dejado de llover, los árboles se agitaban al viento y la luna corría entre las nubes. No sé cuánto tiempo estuvo en el gabinete rojo, ni si estaba realmente sola como creía estarlo, o si alguien la observaba por alguna mirilla disimulada en la pared. Lo cierto es que cuando volvieron las dos mujeres, una llevaba una cinta métrica y la otra un cesto. Las acompañaba un hombre, vestido con una larga túnica violeta, de mangas anchas recogidas en el puño, que se abría desde la cintura cuando andaba. Debajo de la túnica se le veían unas a modo de calzas ceñidas que le cubrían las piernas, pero dejaban el sexo al descubierto. Fue el sexo lo primero que O vio a su primer paso, después el látigo de tiras de cuero que llevaba colgado del cinturón y, posteriormente, que el hombre tenía la cara cubierta por una capucha negra en la que un tul negro disimulaba incluso los ojos y finalmente que llevaba guantes, también negros, de fina cabritilla. Le dijo que no se moviera, tuteándola y, a las mujeres, que se dieran prisa. La que llevaba el centímetro tomó las medidas del cuello y de las muñecas de O. Eran medidas corrientes, aunque pequeñas. Fue fácil encontrar en el cestillo que sostenía la otra mujer el collar y las pulseras adecuados. Así es como estaban hechos: varias capas de cuero (capas bastante delgadas, hasta un espesor de no más de un dedo), cerradas por mecanismo de resorte automático que funcionaba como un candado y que no podía abrirse más que con una llavecita. En la parte exactamente opuesta al cierre había un anillo metálico que permitía sujetar el brazalete, ya que el cuero quedaba demasiado ceñido al cuello o a la muñeca para que pudiera introducirse cualquier cuerda o cadena. Cuando le hubieron colocado el collar y las pulseras, el hombre le dijo que se levantara. Él se sentó en el taburete que ella había ocupado hasta entonces, le ordenó acercarse hasta rozarle las rodillas, le pasó la enguantada mano entre los muslos y por encima de los senos y le explicó que sería presentada aquella misma noche, después de la cena que ella tomaría sola. Y cenó sola, efectivamente, siempre desnuda, en una especie de cabina pequeña en la que una mano invisible le pasaba los platos por una trampilla. Terminada la cena, las dos mujeres fueron a buscarla. En el gabinete, le sujetaron los brazaletes a la espalda, por las anillas, le pusieron sobre los hombros, atada al collar, una larga capa roja que la cubría enteramente pero que se abría al andar, ya que ella no podía cerrarla por tener las manos atadas a la espalda. Una de las mujeres iba delante, abriendo puertas y la otra, detrás, cerrándolas. Atravesaron un vestíbulo y dos salones y entraron en la biblioteca en la que tomaban el café cuatro hombres. Todos llevaban largas túnicas como el primero, pero no estaban encapuchados. De todos modos, O no tuvo tiempo de verles la cara ni de averiguar si su amante estaba entre ellos (estaba), pues uno de los cuatro la enfocó con un reflector que la cegó. Todos se quedaron

inmóviles, las dos mujeres, una a cada lado de ella y los hombres enfrente, mirándola. La luz se apagó y las mujeres se fueron. Pero habían vuelto a vendarle los ojos a O. La obligaron a avanzar, dando un pequeño traspié y ella se sintió de pie delante de la gran chimenea junto a la que estaban sentados los cuatro hombres. Sentía el calor y oía crepitar suavemente los leños en el silencio. Estaba de cara al fuego. Unas manos le levantaron la capa, otras se deslizaban por sus caderas, después de comprobar el cierre de las pulseras. Éstas no estaban cubiertas por guantes y una penetró en ella por las dos partes a la vez con tanta brusquedad que la hizo gritar. Uno de los hombres se echó a reír. Otro dijo:

—Dadle la vuelta. Veamos los senos y el vientre.

Le hicieron dar la vuelta. Ahora sentía el calor en la espalda. Una mano le oprimió un seno y una boca le mordió la punta del otro. De pronto, ella perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, ¿qué brazos la sostenían? mientras alguien le obligaba a abrir las piernas y le separaba suavemente los labios vaginales. Unos cabellos le rozaron el interior de los muslos. Oyó decir que había que ponerla de rodillas. Y así lo hicieron. Estaba mal de rodillas, pues debía mantenerlas separadas y al tener las manos atadas a la espalda había de inclinar el cuerpo hacia delante. Entonces le permitieron que se sentara sobre los talones, como se ponen las religiosas:

— ¿No la había atado nunca?

—Nunca.

— ¿Ni azotado?

—Tampoco. Precisamente...

El que respondía era su amante.

—Precisamente —dijo la otra voz—. Si la ata de vez en cuando, si la azota un poco y le gusta, eso no. Lo que hace falta es superar ese momento en el que ella sienta placer, para obtener las lágrimas.

Entonces levantaron a O e iban a desatarla, seguramente para atarla a algún poste o a la pared, cuando uno dijo que quería tomarla primero y en seguida. Volvieron a ponerla de rodillas, pero esta vez con el busto descansando en un taburete bajo, siempre con las manos a la espalda y los riñones más altos que el torso y uno de los hombres, sujetándola por las caderas, se le hundió en el vientre. Después cedió el puesto a otro. El tercero quiso abrirse camino por la parte más estrecha y, forzándola bruscamente, la hizo gritar. Cuando la soltó, dolorida y llorando bajo la venda que le cubría los ojos, ella cayó al suelo. Y entonces sintió unas rodillas junto a su cara y comprendió que tampoco su boca se salvaría. Por fin la dejaron, tendida boca arriba sobre la caja roja, delante del fuego. Oyó a los hombres llenar copas, beber y levantarse de los sillones. Echaron más leños al fuego. Bruscamente, le quitaron la venda. La gran pieza, con las

paredes cubiertas de libros, estaba débilmente iluminada por una lámpara colocada sobre una consola y por el resplandor del fuego recién avivado. Dos de los hombres fumaban, de pie. Otro estaba sentado, con una fusta sobre las rodillas y el que se inclinaba sobre ella y le acariciaba el seno era su amante. Pero la habían tomado los cuatro y ella no lo distinguió de los demás.

Le explicaron que sería siempre así mientras estuviera en el castillo, que vería el rostro de los que la violarían y atormentarían pero nunca, de noche, y que no sabría quiénes eran los responsables de lo peor. Que lo mismo ocurriría cuando la azotaran, pero que ellos querían que se viera azotada y que la primera vez no le pondrían la venda pero, en cambio, ellos se encapucharían y no podría distinguirlos. Su amante la levantó y la hizo sentarse, envuelta en su capa roja, en el brazo de una butaca situada en el ángulo de la chimenea, para que escuchara lo que tenían que decirle y viera lo que querían enseñarle. Ella seguía con las manos a la espalda. Le enseñaron la fusta, que era negra, larga y fina, de bambú forrado de cuero, como las que se ven en las vitrinas de los grandes guarnicioneros; el látigo de cuero que llevaba colgado de la cintura el primer hombre que había visto era largo y estaba formado por seis correas terminadas en un nudo; había un tercer azote de cuerdas bastante finas, rematadas por varios nudos y muy rígidas, como si las hubieran sumergido en agua, cosa que habían hecho, como pudo comprobar, pues con él le acariciaron el vientre, abriéndole los muslos, para que pudiera sentir en la suave piel interior lo húmedas y frías que estaban las cuerdas. Encima de la consola había llaves y cadenas de acero. A media altura, a lo largo de una de las paredes de la biblioteca, discurría una galería sostenida por dos pilares. En uno de ellos estaba incrustado un gancho, a una altura que un hombre podía alcanzar poniéndose sobre las puntas de los pies y levantando el brazo. Explicaron a O, a quien su amante había tomado entre sus brazos con una mano bajo los hombros y la otra en el hueco del vientre, y que la quemaba, para obligarla a desfallecer, le explicaron que no le soltarían las manos más que para atarla al poste por las pulseras y con ayuda de una de las cadenas de acero. Que, salvo las manos, que tendría atadas y alzadas sobre la cabeza, podría mover todo el cuerpo y ver venir los golpes. Que, en principio, no le azotarían más que las caderas y los muslos, es decir, de la cintura a las rodillas, tal como había sido preparada en el coche que la trajo, cuando la obligaron a sentarse desnuda. Pero uno de los cuatro hombres presentes, probablemente querría marcarle los muslos con la fusta que deja unas hermosas rayas en la piel, largas, profundas y duraderas. Todo no le sería infligido a la vez y tendría tiempo de gritar, debatirse y llorar. La dejarían respirar, pero, cuando hubiera recobrado el aliento, volverían a empezar y juzgarían los resultados no por sus gritos ni por sus lágrimas, sino por las huellas más o menos profundas y duraderas, que los látigos le dejaran en la piel. Le hicieron observar que este sistema de juzgar la eficacia del látigo, además de ser justo hacía inútiles las tentativas de las víctimas de despertar la compasión exagerando sus lamentos. El látigo también podía ser aplicado fuera de los muros del castillo, al aire libre en el parque, como solía suceder, en cualquier apartamento o habitación de hotel, con la condición, eso sí, de

utilizar una buena mordaza (como la que le mostraron inmediatamente) que no deja libertad más que al llanto, ahoga todos los gritos y permite apenas un gemido.

Pero aquella noche no la utilizarían; todo lo contrario. Querían oír la gritar y cuanto antes, mejor. El orgullo que la hacía resistir y callar no duró mucho tiempo: hasta la oyeron suplicar que la desataran, que la dejaran descansar un instante, uno sólo. Ella se retorció con tanto frenesí para escapar al mordisco de las correas que casi giraba sobre sí misma, pues la cadena que la sujetaba al poste, aunque sólida, era un poco holgada, de manera que recibía tantos golpes en el vientre y en la parte delantera de los muslos como en los glúteos. Después de una breve pausa, se decidió no reanudar los azotes sino después de haberle atado al poste por la cintura, con una cuerda. Dado que la apretaron con fuerza, para fijar bien el cuerpo al poste por su mitad, el torso tuvo que vencerse hacia un lado, lo cual hizo salir la cadera contraria. A partir de este momento, los golpes no se desviaron ya más que deliberadamente. En vista de la manera en que su amante la había entregado, O habría podido imaginar que apelar a su piedad era el mejor medio de conseguir que él redoblara su crueldad, por el placer que le producía arrancarle o hacer que los otros le arrancaran estos indudables testimonios de su poder. Y, efectivamente, él fue el primero en observar que el látigo de cuero que la había hecho gemir al principio, la marcaba mucho menos que la cuerda mojada y la fusta, por lo que se podía prolongar el castigo y reanudarlo a placer. Pidió que no se utilizara más que éste. Entretanto, aquel de los cuatro al que no gustaban las mujeres más que por lo que tenían en común con los hombres, seducido por aquella grupa, tensa bajo la cuerda atada a la cintura y que, al tratar de hurtarse al golpe no hacía sino ofrecerse mejor, pidió una pausa para aprovecharse, separó sus dos partes que ardían bajo sus manos y penetró en ella no sin dificultad, comentando que habría que hacer aquel paso más cómodo. Le dijeron que era factible y que se buscarían los medios.

Cuando desataron a la joven, casi desvanecida bajo su manto rojo» antes de hacerla acompañar a la celda que debía ocupar, la hicieron sentar en un butacón al lado del fuego para que escuchara las reglas que debería observar durante su estancia en el castillo y cuando saliera de él (aunque sin recobrar por ello la libertad) y llamaron a las que hacían las veces de sirvientas. Las dos jóvenes que la recibieron a su llegada trajeron lo necesario para vestirla y para que la reconocieran los que habían sido huéspedes del castillo antes de que ella llegara o que lo fueran después de que ella se hubiera marchado. El vestido era parecido al que llevaban ellas: sobre un corselete muy ajustado y armado con ballenas y una enagua de lino almidonado, un vestido de falda larga cuyo cuerpo dejaba casi al descubierto los senos, levantados por el corselete y apenas velados por un encaje. La enagua era blanca, el corselete y el vestido de satén verde agua y el encaje, blanco. Cuando O estuvo vestida y hubo vuelto a su butaca junto al fuego, más pálida que antes con su vestido pálido, las dos mujeres, que no habían dicho palabra, se fueron. Uno de los cuatro hombres detuvo a una al paso, hizo a la otra seña de que esperase y llevando hacia O a la que había parado, le hizo dar media vuelta, cogiéndola por la cintura con una

mano y con la otra levantándole las faldas para mostrar a O lo práctico que era aquel traje, dijo, y lo bien concebido que estaba, pues la falda se podía levantar y sujetar con un simple cinturón, dejando libre acceso a lo que así se descubriría. Por cierto, a menudo se hacía circular por el castillo y por el parque a las mujeres así arregladas, o bien por delante, igualmente hasta la cintura. Se ordenó a la mujer que hiciera a O una demostración de cómo tenía que sujetarse la falda: enrollada en un cinturón (como un mechón de pelo en un bigudí) por delante, para dejar libre el vientre o por detrás, para liberar el dorso. En uno y otro caso, la enagua y la falda caían en cascada en grandes pliegues diagonales. Al igual que O, la mujer tenía marcas recientes de fusta en la piel. Cuando el hombre la soltó, se fue.

Éste fue el discurso que entonces se le pronunció a O:

—Aquí estarás al servicio de tus amos. Durante el día, harás las labores que te ordenen para la buena marcha de la casa, como: barrer, ordenar los libros, arreglar las flores o servir a la mesa. No serán más pesadas. Pero, a la primera palabra, o a la primera señal dejarás de hacer lo que estés haciendo para cumplir con tu primera obligación, que es la de entregarte. Tus manos no te pertenecen, ni tus senos, ni mucho menos ninguno de los orificios de tu cuerpo que nosotros podemos escudriñar y en los que podemos penetrar a placer. A modo de señal, para que tengas constantemente presente que has perdido el derecho a rehusarte, en nuestra presencia, nunca cerrarás los labios del todo, ni cruzarás las piernas, ni juntarás las rodillas (como habrás observado que se te ha prohibido hacer desde que llegaste), lo que indicará a tus ojos y a los nuestros que tu boca, tu vientre y tu dorso están abiertos para nosotros. En presencia nuestra, nunca tocarás tus senos: el corsé los levanta para indicar que nos pertenecen. Durante el día, estarás vestida, levantarás la falda si se te ordena y podrá utilizarte quien quiera a cara descubierta —y como quiera— pero sin hacer uso del látigo. El látigo no te será aplicado más que entre la puesta y la salida del sol. Pero, además del castigo que te imponga quien lo desee, serás castigada por la noche por las faltas que hayas cometido durante el día: es decir, por haberte mostrado poco complaciente o mirado a la cara a quien te hable o te posea: a nosotros nunca debes mirarnos a la cara. Si el traje que usamos por la noche deja el sexo al descubierto no es por comodidad, que también podría obtenerse de otra manera, sino por insolencia, para que tus ojos se fijen en él y no en otra parte, para que aprendas que éste es tu amo, al cual están destinados, ante todo, tus labios. Durante el día, en el que nosotros usamos traje corriente y tú, el que ahora llevas, observarás la misma norma y no tendrás más trabajo, si se te requiere, que el de abrirte la ropa, que volverás a cerrar cuando hayamos terminado contigo. Además, por la noche, para honrarnos, no tendrás más que los labios y la separación de los muslos, pues tendrás las manos atadas a la espalda y estarás desnuda como cuando te trajeron; no se te vendarán los ojos más que para maltratarte y ahora que ya has visto cómo se te azota, para azotarte. A este respecto, si conviene que te acostumbres al látigo, ya que mientras estés aquí se te aplicará a diario, ello no es menos para nuestro placer que para tu instrucción. Tanto es así que las noches en las que nadie te requiera, el criado encargado de este menester te administrará, en la soledad de tu celda, los latigazos que

nosotros no tengamos ganas de darte. Y es que, por este medio, al igual que por el de la cadena que, sujeta a la anilla del collar, te mantendrá amarrada a la cama varias horas al día, no se trata de hacerte sentir dolor, gritar ni derramar lágrimas, sino, a través de este dolor, recordarte que estás sometida a algo que está fuera de ti. Cuando salgas de aquí, llevarás en el dedo anular un anillo de hierro que te distinguirá: entonces habrás aprendido a obedecer a los que lleven el mismo emblema; al verlo, ellos sabrán que estás siempre desnuda bajo tu falda, por más correcto y discreto que sea tu traje, y que lo estás para ellos. Los que te encuentren rebelde volverán a traerte aquí. Ahora te llevarán a tu celda.

Mientras el hombre hablaba a O, las dos mujeres que habían ido a vestirla permanecieron de pie a uno y otro lado del poste en el que ella había sido flagelada, pero sin tocarlo, como si las asustara, o lo tuvieran prohibido (que era lo más probable); cuando él hubo acabado de hablar, las dos se acercaron a O, que comprendió que debía seguir las. De modo que se puso en pie, alzándose el borde de la falda para no tropezar, pues no estaba acostumbrada a los trajes largos y no se sentía segura sobre las sandalias de tacón alto sujetas al pie por una simple tira de satén verde como el vestido. Al inclinarse, volvió la cabeza. Las mujeres esperaban, pero los hombres habían dejado de mirarla. Su amante, sentado en el suelo y apoyado en el taburete sobre el que la habían derribado al principio de la velada, con las rodillas dobladas y los codos sobre las rodillas, jugueteando con el látigo de cuero. Al primer paso que ella dio para acercarse a las mujeres, lo rozó con la falda. Él levantó la cabeza y le sonrió, pronunció su nombre y se puso de pie. Le acarició suavemente el cabello, le alisó las cejas con la yema del dedo y la besó en los labios con suavidad. En voz alta le dijo que la amaba. O, temblando, se dio cuenta, aterrada, de que le respondía «te quiero» y de que era verdad. Él la abrazó diciendo «vida mía», la besó en el cuello y en el borde de la mejilla; ella tenía la cabeza apoyada en el hombro cubierto por la túnica violeta. Él, esta vez en voz baja, le repitió que la amaba y añadió:

—Ahora te arrodillarás, me acariciarás y me besarás.

La apartó de sí e hizo una seña a las dos mujeres para que se retiraran hacia los lados y él pudiera apoyarse en la consola. Él era alto, la consola más bien baja y sus largas piernas, enfundadas en la misma tela violeta de la túnica, quedaban dobladas. La túnica abierta se tensaba por debajo como una colgadura y el entablamento de la consola levantaba ligeramente el pesado sexo y los rizos claros que lo coronaban. Los tres hombres se acercaron. O se arrodilló en la alfombra y su vestido verde formó una corola alrededor. El corsé la apretaba y sus senos cuyas puntas asomaban, estaban a la altura de las rodillas de su amante.

—Un poco más de luz —dijo uno de los hombres.

Cuando hubieron dirigido la luz de la lámpara de manera que cayera de lleno sobre su sexo y el rostro de su amante, que estaba muy cerca, y sobre sus manos que lo acariciaban por debajo, René ordenó bruscamente:

—Repite: te quiero.

—Te quiero —repitió O con tal deleite que sus labios apenas se atrevían a rozar la punta del sexo protegida todavía por su suave funda de carne. Los tres hombres, que estaban fumando, comentaban sus gestos, el movimiento de su boca que se había cerrado sobre el sexo y a lo largo del cual subía y bajaba, su rostro descompuesto que se inundaba de lágrimas cada vez que el miembro, hinchado, le llegaba a la garganta, oprimiéndole la lengua y provocando una náusea. Con la boca llena de aquella carne endurecida, ella volvió a murmurar:

—Te quiero.

Las dos mujeres estaban a derecha e izquierda de René, que se apoyaba en sus hombros. O oía los comentarios de los presentes pero, a través de sus palabras, espiaba los gemidos de su amante, atenta a acariciarlo, con un respeto infinito y la lentitud que ella sabía le gustaba. O sentía que su boca era hermosa, puesto que su amante se dignaba penetrar en ella, se dignaba mostrar en público sus caricias y se dignaba, en suma, derramarse en ella. Ella lo recibió como se recibe a un dios, le oyó gritar, oyó reír a los otros y, cuando lo hubo recibido, se desplomó de bruces. Las dos mujeres la levantaron y esta vez se la llevaron.

Las sandalias taconeaban sobre las baldosas rojas de los corredores en los que se sucedían las puertas discretas y limpias, con unas cerraduras minúsculas, como las puertas de las habitaciones de los grandes hoteles. O no se atrevió a preguntar si todas aquellas habitaciones estaban ocupadas ni por quién. Una de sus acompañantes, a la que todavía no había oído hablar, le dijo:

—Estás en el ala roja y tu criado se llama Pierre.

— ¿Qué criado? —preguntó O, conmovida por la dulzura de aquella voz—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Andrée.

—Y yo Jeanne —dijo la otra.

La primera prosiguió:

—El criado es el que tiene las llaves, el que te atará y te desatará, el que te azotará cuando te impongan un castigo o cuando ellos no tenga tiempo para ti.

—Yo estuve en el ala roja el año pasado —dijo Jeanne—. Pierre ya estaba ahí. Entraba muchas noches. Los criados tienen las llaves y en las habitaciones que están en su sector, tienen derecho a servirse de nosotras.

O iba a preguntar cómo era el tal Pierre. Pero no tuvo tiempo. En un recodo del corredor, la hicieron detenerse delante de una puerta idéntica a las otras: en un banco situado entre aquella puerta y la siguiente, vio a una especie de campesino coloradote y rechoncho, con la cabeza casi rasurada, unos ojillos negros hundidos y rodetes de carne en la nuca. Estaba vestido como un criado de opereta: camisa con chorrera de encaje, chaleco negro y librea roja, calzas negras, medias blancas y zapatos de charol. También él llevaba un látigo de cuero colgado del cinturón. Sus manos estaban cubiertas de vello rojo. Sacó una llave maestra del bolsillo del chaleco, abrió la puerta e hizo entrar a las tres mujeres diciendo:

—Vuelvo a cerrar. Cuando hayáis terminado, llamad.

La celda era muy pequeña y, en realidad, consistía en dos piezas. Una vez vuelta a cerrar la puerta que daba al corredor, se encontraba uno en una antecámara que se abría a la celda propiamente dicha; en la misma pared había otra puerta que conducía a un cuarto de baño. Frente a las puertas, había una ventana. En la pared de la izquierda, entre las puertas y la ventana, se apoyaba la cabecera de una gran cama cuadrada, baja y cubierta de pieles.

No había más muebles ni espejo alguno. Las paredes eran rojas y la alfombra negra. Andrée hizo observar a O que la cama no era, en realidad, más que una plataforma cubierta por un colchón y una tela negra de pelo muy largo que imitaba la piel. La funda de la almohada, delgada y dura como el colchón, era de la misma tela, al igual que la manta de dos caras. El único objeto clavado en la pared, aproximadamente a la misma altura con relación a la cama que el gancho del poste con relación al suelo de la biblioteca, era una gran anilla de acero brillante de la que colgaba perpendicularmente a la cama una larga cadena; sus eslabones formaban un pequeño montón y el otro extremo estaba sujeto a un gancho con candado, como un cortinaje recogido en un alzapuño.

—Tenemos que bañarte —dijo Jeanne—. Te quitaré el vestido.

Los únicos detalles especiales del cuarto de baño eran el asiento a la turca situado en el ángulo más próximo a la puerta y los espejos que recubrían totalmente las paredes. Andrée y Jeanne no la dejaron entrar hasta que estuvo desnuda, guardaron el vestido en el armario situado al lado del lavabo en el que estaban ya las sandalias y la capa roja y se quedaron con ella. Cuando O tuvo que ponerse en cuclillas en el pedestal de porcelana, se encontró, en medio de tantos reflejos, tan en evidencia como cuando, en la biblioteca", unas manos desconocidas la forzaban.

—Espera que entre Pierre y verás.

— ¿Por qué Pierre?

—Cuando venga a encadenarte, quizá te haga ponerte en cuclillas.

O palideció.

—Pero, ¿por qué?

—No tendrás más remedio —dijo Jeanne—. Pero eres afortunada.

— ¿Afortunada, por qué?

— ¿Es tu amante el que te ha traído aquí?

—Sí.

—Contigo serán mucho más duros.

—No comprendo...

—Pronto lo comprenderás. Llamaré a Pierre. Mañana por la mañana vendremos a buscarte.

Andrée sonrió al salir y Jeanne, antes de seguirla, acarició la punta de los senos de O, quien se quedó de pie, junto a la cama, desconcertada. Salvo por el collar y los brazaletes de cuero que el agua del baño había endurecido y contraído, estaba desnuda.

—Vaya con la hermosa señora —dijo el criado al entrar. Le tomó las manos y enganchó entre sí las anillas de sus pulseras, obligándola a juntar las manos, y éstas, en la del collar. Ella se encontró, pues, con las manos juntas a la altura del cuello, como en oración. No quedaba sino encadenarla a la pared con la cadena que caía encima de la cama después de pasar por la anilla. El hombre soltó el gancho que sujetaba el otro extremo y tiró para acortarla. O tuvo que acercarse a la cabecera de la cama, donde él la obligó a tenderse. La cadena tintineaba en la anilla y quedó tan tensa que la mujer sólo podía desplazarse a lo ancho de la cama o ponerse de pie junto a la cabecera. Dado que la cadena tiraba del collar hacia atrás y las manos tendían a hacerlo girar hacia delante, se estableció un cierto equilibrio y las dos manos quedaron apoyadas en el hombro izquierdo hacia el que se inclinó también la cabeza. El criado la cubrió con la manta negra, no sin antes haberle levantado las piernas un momento para examinarle el interior de los muslos. No volvió a tocarla ni a dirigirle la palabra, apagó la luz que proporcionaba un aplique colocado entre las dos puertas y salió.

Tendida sobre el lado izquierdo, sola en la oscuridad y el silencio, caliente entre las suaves pieles de la cama, en una inmovilidad forzosa, O se preguntaba por qué se mezclaba tanta dulzura al terror que sentía o por qué le parecía tan dulce su terror. Descubrió que una de las cosas que más la afligían era verse privada del uso de las manos; y no porque sus manos hubiesen podido defenderla (y, ¿deseaba ella defenderse?) sino porque, libres, hubieran esbozado el ademán, hubieran tratado de rechazar las manos que se apoderaban de ella, la carne que la traspasaba, de

interponerse entre su carne y el látigo. La habían desposeído de sus manos; su cuerpo, bajo la manta de piel, le resultaba inaccesible; era extraño no poder tocar las propias rodillas ni el hueco de su propio vientre. Sus labios mayores, que le ardían entre las piernas, le estaban vedados y tal vez le ardían porque los sabía abiertos a quien quisiera: al mismo criado, Pierre, si se le antojaba. La asombraba que el recuerdo del látigo la dejara tan serena y que la idea de que tal vez nunca supiera cuál de los cuatro hombres la había forzado por detrás dos veces, ni si había sido el mismo las dos veces, ni si había sido su amante, la trastornaba de aquel modo. Se deslizó ligeramente hacia un lado sobre el vientre, pensó que a su amante le gustaba el surco de su dorso y que salvo aquella noche (si realmente había sido él), nunca penetró en él. Ella deseaba que hubiese sido él. ¿Se lo preguntaría algún día? ¡Ah, nunca! Volvió a ver la mano que en el coche le había quitado el portaligas y el slip y le había dado las jarreteras para que se sujetara las medias encima de las rodillas. Tan viva fue la imagen que ella olvidó que tenía las manos sujetas e hizo chirriar la cadena. ¿Y por qué si el recuerdo del suplicio le resultaba tan leve, la sola idea, el solo nombre, la sola vista de un látigo le hacía latir con fuerza el corazón y cerrar los ojos con espanto? No se paró a pensar si era sólo espanto. La invadió el pánico: tensarían la cadena hasta obligarla a ponerse de pie encima de la cama y la azotarían, con el vientre pegado a la pared, la azotarían, la azotarían, la palabra giraba en su cabeza. Pierre la azotaría. Se lo había dicho Jeanne. Le había dicho que era afortunada, que con ella serían mucho más duros. ¿Qué había querido decir? Ya no sentía más que el collar, los brazaletes y la cadena, su cuerpo se iba a la deriva, ahora lo comprendería. Se quedó dormida.

En las últimas horas de la noche, cuando ésta es más fría y más negra, poco antes del amanecer, reapareció Pierre. Encendió la luz del cuarto de baño y dejó la puerta abierta. Un cuadro de luz se proyectó sobre el centro de la cama, en el lugar en el que el cuerpo de O, esbelto y acurrucado, alzaba ligeramente la manta que el hombre retiró en silencio. O estaba tendida del lado izquierdo, de cara a la ventana, con las rodillas dobladas, ofreciendo a su mirada su cadera muy blanca sobre la piel negra. Él le retiró la almohada de debajo de la cabeza y dijo cortésmente:

— ¿Hace el favor de ponerse de pie?

Cuando ella estuvo arrodillada, para lo cual tuvo que agarrarse a la cadena, el hombre la ayudó tomándola por los codos para que acabara de levantarse y se arrimara a la pared. El reflejo de la luz sobre la cama era muy tenue y sólo iluminaba el cuerpo de ella y no los gestos del hombre. Ella, más que ver, adivinó que él desenganchaba la cadena para tensarla. Sus pies descalzos reposaban sobre la cama. Tampoco vio que él no llevaba el látigo de cuero, sino la fusta negra, parecida a la que habían utilizado para golpearla sólo dos veces y casi con suavidad cuando estaba atada al poste. La mano izquierda de Pierre la sujetó por la cintura y el colchón cedió un poco, pues Pierre se apoyaba en él con el pie derecho. Al mismo tiempo que oía un silbido en la penumbra, O sintió una atroz quema-

dura en los riñones y lanzó un grito. Pierre golpeaba sin descanso, sin esperar siquiera a que ella callara, procurando descargar el golpe o más arriba o más abajo que la vez anterior, para que las señales quedaran marcadas con nitidez. Había parado ya y ella seguía gritando y las lágrimas le entraban en la boca abierta.

—Haga el favor de volverse —dijo.

Como ella, aturdida, no obedeciera, él la tomó por las caderas sin soltar la fusta, rozándole la cintura con el mango. Cuando la tuvo de cara, él retrocedió un poco para tomar impulso y con todas sus fuerzas la fustigó en la pared delantera de los muslos. Todo ello, en cinco minutos. Cuando se fue, después de apagar la luz y cerrar la puerta del cuarto de baño, O, gimiendo se retorció de dolor junto a la pared, al extremo de su cadena, en la oscuridad. Tardó en calmarse e inmovilizarse contra la pared, sintiendo el brillante percal que la tapizaba frío sobre su piel desgarrada, todo el tiempo que tardó en amanecer. El ventanal hacia el que ella estaba vuelta, pues se apoyaba sobre un costado, miraba hacia el Este y llegaba del suelo al techo, sin visillos, sólo unas cortinas de la misma tela de la pared recogidas a cada lado en rígidos pliegues. O vio nacer una aurora pálida y lenta, que arrastraba sus brumas por los macizos de asters que crecían al pie de la ventana y, finalmente, se retiraba dejando al descubierto un álamo. Aunque no hacía viento, sus hojas amarillas caían de vez en cuando en remolino. Delante de la ventana, más allá de los asters malva, había un césped y, al extremo del césped, una avenida. Era ya de día y hacía rato que O no se movía. Por la avenida avanzaba un jardinero empujando una carretilla. La rueda de hierro chirriaba sobre la grava. Si se hubiera acercado a la ventana para recoger las hojas que habían caído al pie de los asters, hubiera visto a O desnuda y encadenada y con las señales de la fusta en los muslos. Las marcas se habían hinchado y formaban unas rayas estrechas y mucho más oscuras que la tela roja que cubría las paredes. ¿Dónde dormía su amante como a él le gusta dormir las mañanas tranquilas? ¿En qué habitación? ¿En qué cama? ¿Sabía a qué suplicio la había librado? ¿Lo había dispuesto él? O pensó en esos prisioneros que se ven en los grabados de los libros de Historia, que también habían sido encadenados y azotados hacía quién sabe cuántos años o siglos y que habían muerto. Ella no deseaba morir, pero si el suplicio era el precio que tenía que pagar para que su amante siguiera amándola, no pedía más que él estuviera contento de que ella lo hubiera sufrido y, sumisa y callada, esperaba que la condujeran a él.

Las mujeres no tenían llave alguna, ni de las puertas, ni de las cadenas, así como tampoco de las pulseras o collares, pero todos los hombres llevaban en una anilla los tres tipos de llave para abrir puertas, candados y collares. Los criados las tenían también. Pero, por la mañana, los criados que habían estado de servicio durante la noche dormían y era uno de los amos u otro criado quien abría las cerraduras. El hombre que entró en la celda de O vestía cazadora de cuero, pantalón de montar y botas. En primer lugar, él soltó la cadena de la pared y O pudo tenderse en la cama. Antes de desatarle las muñecas, él le pasó la mano entre los muslos, como hiciera el

encapuchado al que ella vio primero en el saloncito rojo. Tal vez, fuera el mismo. Éste tenía la cara huesuda y descarnada, la mirada inquisitiva que se ve en los retratos de los viejos hugonotes y el cabello gris. O sostuvo su mirada durante lo que le pareció un tiempo interminable y, bruscamente, se quedó helada al recordar que estaba prohibido mirar a los amos más arriba de la cintura. Ella cerró los ojos, pero ya era tarde y le oyó gritar y decir, mientras al fin le soltaba las manos:

—Anota un castigo para después de la cena.

Hablaba con Andrée y Jeanne que habían entrado con él y esperaban una a cada lado de la cama. Dicho esto, el hombre salió. Andrée recogió la almohada que estaba en el suelo y la manta que Pierre había dejado a los pies de la cama cuando entró para azotar a O, mientras Jeanne acercaba un carrito que había traído del corredor con café, leche, azúcar, pan, mantequilla y croissants.

—Come de prisa —dijo Andrée—. Son las nueve. Después podrás dormir hasta las doce y cuando oigas la llamada tendrás que prepararte para el almuerzo. Te bañarás y peinarás. Yo vendré a maquillarte y a ceñirte el corsé.

—No estarás de servicio hasta la tarde —dijo Jeanne—. En la biblioteca, para servir el café y los licores y alimentar el fuego.

— ¿Y vosotras? —preguntó O.

—Ah, nosotras sólo hemos de cuidar de ti durante las primeras veinticuatro horas de tu estancia aquí. Después te dejaremos sola y no tendrás trato más que con los hombres. No podremos hablarte, ni tú a nosotras.

—Esperad —dijo O---» esperad un momento y decidme...

Pero no tuvo tiempo de terminar. La puerta se abrió. Era su amante y no estaba solo. Vestía como siempre cuando acababa de levantarse de la cama: pijama rayado y bata de lana azul con las vueltas de seda acolchada, la bata que habían comprado juntos un año antes. Sus zapatillas estaban rozadas. Habría que comprar otras. Las dos mujeres desaparecieron sin más ruido que el crujido de la seda cuando levantaron ligeramente la falda (todas las faldas se arrastraban un poco) pues sobre la alfombra las sandalias no hacían ruido. O, que sostenía una taza de café con la mano izquierda y un croissant con la otra, sentada en el borde de la cama con una pierna colgando y la otra replegada bajo el cuerpo, se quedó inmóvil. Bruscamente, la taza empezó a temblar y el croissant cayó al suelo.

—Recógelo —dijo René.

Fue su primera palabra. Ella dejó la taza en el carrito, recogió el croissant mordido y lo dejó al lado de la taza. Una gran miga de croissant quedó en la alfombra, al lado de su pie descalzo. René se agachó y la recogió. Se sentó a su lado, la derribó y la besó. Ella le preguntó si la amaba. Él le contestó.

— ¡Ah! Te quiero.

Después se incorporó, la obligó a ponerse de pie y posó suavemente la palma fresca de sus manos y después sus labios a lo largo de las marcas de su cuerpo. O no sabía si podía mirar al otro hombre que había entrado con su amante y que estaba de espaldas a ellos, fumando, cerca de la puerta. Lo que siguió entonces no alivió su malestar.

—Ven, que te veamos —dijo su amante llevándola a los pies de la cama.

Al que lo acompañaba le dijo entonces que tenía mucha razón y le dio las gracias, añadiendo que era justo que él tomara a O el primero, si lo deseaba. El desconocido, al que ella seguía sin mirar, después de pasarle la mano por los senos y las caderas, le pidió que abriera las piernas.

—Obedece —le dijo René.

Éste la sostenía por detrás, apoyándola contra su pecho. Y, con la mano derecha, le acariciaba un seno y, con la izquierda, le asía un hombro. El desconocido se había sentado en el borde de la cama. Lentamente, tirándole del vello, le abrió los labios vaginales. René, cuando comprendió lo que el otro pretendía, la empujó hacia delante, para facilitárselo, mientras le pasaba el brazo derecho alrededor de la cintura, a fin de sujetarla más firmemente. Esta caricia que ella nunca aceptaba sin debatirse y sentirse abrumada por la vergüenza y a la que se sustraía en cuanto podía, tan aprisa que apenas tenía tiempo de notarla, y que le resultaba sacrílega porque le parecía un sacrilegio que su amante estuviera de rodillas cuando la que tenía que arrodillarse era ella, iba a tener que aceptarla por fuerza y se vio perdida. Porque, cuando los labios del desconocido se apoyaron en la protuberancia carnosa de la que parte la corola interior, gimió, bruscamente inflamada y cuando se apartaron, para dejar paso a la punta cálida de la lengua, se inflamó más todavía; gimió con más fuerza cuando volvió a sentir los labios; sintió que se endurecía la punta escondida, que entre los dientes y los labios un largo mordisco aspiraba y aspiraba, un largo y dulce mordisco bajo el cual ella jadeaba; perdió pie y se encontró tendida de espaldas, con la boca de René en su boca; él la sujetaba a la cama por los hombros mientras otras manos la tomaban por las pantorrillas y le levantaban las piernas. Sus propias manos, que tenía a la espalda (porque cuando René la empujó hacia el desconocido le unió las muñecas entre sí, enganchando los anillos de las pulseras), sus manos sintieron el roce del sexo del hombre que se acariciaba en el surco de su dorso, subía y golpeaba el fondo de la cavidad de su vientre. Al primer golpe, ella gritó, como bajo el látigo, y volvió a gritar a cada golpe y su amante le mordió la boca. El hombre se separó bruscamente y cayó al suelo como fulminado por el rayo, gritando a su vez. René desligó las manos a O, la levantó, la acostó y la cubrió con la manta. El hombre estaba levantándose y él lo llevó hasta la puerta. Súbitamente, O comprendió que estaba perdida, maldita. Había gemido bajo los labios del desconocido como nunca la hizo gemir su amante, había gritado bajo el golpe del miembro del desconocido como jamás la hizo gritar su amante. Estaba profanada y era culpable. Si él la abandonaba lo tendría merecido. Pero no; la puerta se cerró y él se quedó con ella,

volvió, se tendió a su lado, bajo la manta, se deslizó en el interior de su vientre húmedo y ardiente y, abrazándola, le dijo:

—Te quiero. Una noche, después de que te haya entregado también a los criados, te haré azotar hasta que sangres.

El sol había disipado la niebla y entraba en la habitación. Pero no se despertaron hasta que sonó la señal para el almuerzo.

O no sabía qué hacer. Su amante estaba a su lado, tan cerca; tan amorosamente abandonado como en la cama de la habitación de techo bajo en la que dormía con ella, casi todas las noches, desde que vivían juntos. Era una cama grande, con columnas, a la inglesa, de caoba, pero sin dosel y con las columnas de la cabecera más altas que las de los Pies. Él dormía siempre a su izquierda y cuando se despertaba, aunque fuera en plena noche, siempre alargaba la mano hacia las piernas de ella. Por eso ella dormía siempre con camisón y, si alguna vez usaba pijama, no se ponía el pantalón. El hizo lo mismo. Ella tomó aquella mano y la besó, sin atreverse a preguntarle nada. Pero él habló. Le dijo, sujetándola por el collar, pasando los dedos entre la piel y la tira de cuero, que en lo sucesivo se proponía compartirla con todos los afiliados a la sociedad del castillo, como había hecho la víspera. Que dependía de él y sólo de él, aunque recibiera órdenes de otros y aunque él no estuviera presente, pues, por principio, él participaba en todo aquello que se le exigiera o se le infligiera y que era él quien la poseía y la gozaba a través de aquellos a cuyas manos era entregada, por haber sido él quien la había entregado. Ella debía someterse a ellos y acogerlos con el mismo respeto con que le acogía a él como otras tantas imágenes suyas. Así, él la poseería como un dios posee a sus criaturas cuando se apodera de ellas bajo la máscara de un monstruo, de un ave, del espíritu invisible o del éxtasis. Él no quería separarse de ella. Y cuanto más la entregaba, más suya la sentía. El hecho de que la entregara era para él una prueba, como debía serlo también para ella, de que ella le pertenecía; nadie puede dar lo que no le pertenece. Y él la daba para recobrarla enriquecida a sus ojos, como un objeto de uso corriente que hubiera servido para un culto divino que lo hubiera consagrado. Hacía tiempo que deseaba prostituirla y ahora comprobaba con satisfacción que el placer que ello le procuraba era más grande de lo que suponía y lo ligaba a ella todavía más, como había de ligarla a él cuanto más humillada y mortificada se viera. Y, amándolo como lo amaba, ella no podía sino amar todo aquello que viniese de él. O lo escuchaba temblando de felicidad y, puesto que él la amaba, consentía en todo. Él debió adivinarlo, porque entonces dijo:

—Porque te es fácil consentir quiero de ti algo que te será imposible, por más que tú lo aceptes, por más que ahora digas que sí y por muy capaz que te sientas de someterte. No podrás dejar de rebelarte. Obtendremos tu sumisión a pesar tuyo, no sólo por el incomparable placer que yo o los otros encontremos en ello, sino también para que tú te des cuenta de lo que hemos hecho de ti.

O iba a responder que era su esclava y que llevaba su esclavitud con alegría, pero él la atajó:

—Ayer te dijeron que, mientras estuvieras en este castillo, no deberías mirar a la cara a los hombres ni hablarles. Tampoco a mí podrás mirarme. Y tendrás que callar y obedecer. Te quiero. Levántate. No volverás a abrir la boca en presencia de un hombre más que para gritar o acariciar.

O se levantó. René permaneció echado en la cama. Ella se bañó y se peinó, el agua tibia la hizo estremecerse cuando sumergió su carne tumefacta y se secó sin frotar, para no avivar la quemazón. Se pintó los labios, los ojos no, se empolvó y, todavía desnuda pero con los ojos bajos, volvió a la celda. René miraba a Jeanne, que había entrado y estaba de pie junto a la cabecera de la cama, también ella con los ojos bajos, y muda. Le ordenó que vistiera a O. Jeanne cogió el corsé del sostén verde, la enagua blanca, el vestido, las sandalias y, después de abrochar el delantero del corsé, empezó a tirar de los cordones para ceñirlo. El corsé era largo y rígido, como en los tiempos del talle de avispa y estaba provisto de unas bolsas en las que descansaban los senos. A medida que se ceñía el corsé, los senos subían y ofrecían la punta. Al mismo tiempo, el talle se estrechaba, lo cual hacía salir el vientre y arquear las caderas. Lo curioso es que aquella armadura era muy cómoda y, en cierta medida, descansada. Permitía mantenerse erguida, pero, sin saber por qué, como no fuera por el contraste, acentuaba la libertad de movimientos o, mejor dicho, la disponibilidad, de las partes que no comprimía. La ancha falda y el corpiño, con escote en forma de trapecio, desde la nuca hasta la punta de los senos y a todo lo ancho de éstos, daban la sensación a quien tos llevaba de ser menos una protección que un medio de provocación, de presentación. Cuando Jeanne anudó los cordones, O extendió sobre la cama el vestido que era de una sola pieza, con la enagua cosida a la falda y el corpiño cruzado en el delantero y anudado a la espalda, de manera que podía adaptarse a la cintura por muy ceñido que estuviera el corsé. Jeanne lo había apretado mucho y O, por la puerta abierta, se veía en el espejo del baño, esbelta y perdida entre los pliegues del vestido que se hinchaba sobre sus caderas como si llevara miriñaque. Las dos mujeres estaban de pie una al lado de la otra. Jeanne alargó el brazo para arreglar un pliegue de la manga del vestido verde y sus senos se movieron bajo el encaje que ribeteaba el escote, unos senos de pezón largo y oscura aureola. Llevaba un vestido de faya amarilla. René, acercándose a las dos mujeres, dijo a O:

—Mira. —Y a Jeanne—: Levanta esa falda.

Con las dos manos, ella levantó la seda crujiente y el lino de la enagua y descubrió un vientre dorado, suaves muslos y rodillas y un cerrado triángulo negro. René extendió una mano y se puso a palparlo lentamente, mientras con la otra hacía salir la punta de un seno.

—Es para que veas —dijo a O.

O lo veía. Veía su rostro irónico pero atento, sus ojos que aspiraban la boca entreabierta de Jeanne y la garganta ceñida por la banda de cuero. ¿Qué placer podía brindarle ella que no le diera también aquella mujer u otra cualquiera?

— ¿No se te había ocurrido? —le preguntó él.

No; no se le había ocurrido. O estaba apoyada en la pared, entre las dos puertas, rígida y con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. No hacía falta ordenarle que callara. ¿Cómo iba a decir algo? Tal vez su desesperación le conmovió. Él dejó a Jeanne y la tomó entre sus brazos y le dijo que era su amor y su vida y que la quería. La mano con la que le acariciaba la garganta estaba húmeda y olía a Jeanne. ¿Y después? La desesperación que sentía se desvaneció: él la quería, sí, la quería. Era muy dueño de solazarse con Jeanne o con cualquier otra; la quería.

—Te quiero —le decía ella al oído—, te quiero —tan bajo que apenas la oía—. Te quiero.

Él no la dejó hasta verla tranquila y con la mirada transparente, feliz.

Jeanne tomó a O de la mano y la condujo hacia el pasillo. Sus sandalias volvieron a resonar sobre las baldosas y, sentado en la banqueta situada entre las dos puertas, volvieron a encontrar a un criado. Vestía como Pierre, pero no era él. Era un hombre alto, enjuto, de pelo negro. Echó a andar delante de ellas y las llevó a una antecámara en la que delante de una puerta de hierro forjado que se recortaba sobre unos cortinajes verdes, esperaban otros dos criados con unos perros blancos con manchas rojizas tendidos a sus pies.

—La clausura —murmuró Jeanne.

El criado que iba delante la oyó y volvió la cabeza. O vio con estupor que Jeanne palidecía, soltaba su mano, soltaba también la falda que levantaba ligeramente con la otra mano y caía de rodillas sobre las losas negras, porque la antecámara estaba pavimentada con losas de mármol negro. Los dos criados que estaban cerca de la verja se echaron a reír. Uno de ellos se adelantó hacia O, le rogó que lo siguiera, abrió una puerta situada frente a la que acababan de cruzar y se fue. Ella oyó risas, unos pasos y cerrarse la puerta a su espalda. Nunca se enteró de lo que había sucedido, si Jeanne fue castigada por hablar, ni cómo, o si se limitó a ceder a un capricho del criado o si, al arrodillarse, obedecía a una regla o si quiso moverle a la benevolencia y lo logró. Sólo comprobó, durante su primera estancia en el castillo, que duró dos semanas, que, si bien la regla del silencio era absoluta, solía ser quebrantada tanto durante las idas y venidas como durante las comidas, especialmente de día, cuando estaban solas con los criados, como si el traje les diera una seguridad que por la noche la desnudez, las cadenas y la presencia de los amos les arrebatában. Advirtió también que, si el menor gesto que pudiera parecer una insinuación hacia uno de los amos era inconcebible,

con los criados era distinto. Éstos nunca daban una orden, pero la cortesía de sus ruegos era tan implacable como una conminación. Aparentemente, estaban obligados a castigar las infracciones a la regla de inmediato, cuando eran ellos sus únicos testigos. En tres ocasiones, una vez en el corredor que conducía al ala roja y las otras dos, en el refectorio donde acababan de hacerla entrar, O vio cómo eran arrojadas al suelo y azotadas unas muchachas a las que habían sorprendido hablando. De manera que también podían azotarlas durante el día, a pesar de lo que le dijeron la primera noche, como si lo que ocurriera con los criados no contara y pudiera dejarse a la discreción de éstos. La luz del día daba al atuendo de los criados un aspecto extraño y amenazador. Algunos llevaban medias negras y, en lugar de librea roja y gorguera blanca, una fina camisa de seda roja de mangas anchas recogidas en los puños. Fue uno de éstos el que al octavo día, a mediodía, látigo en mano, hizo levantar de su taburete a una opulenta Magdalena rubia, blanca y sonrosada, que estaba junto a O y que le había dicho sonriendo unas palabras, tan aprisa que O no las comprendió. Antes de que el hombre pudiera tocarla, ella se había arrodillado y sus blancas manos rozaron el pene bajo la seda negra, lo extrajeron y se lo llevó a los labios entreabiertos. Aquella vez no fue azotada. Y como en aquel instante él era el único guardián que había en el refectorio y aceptaba la caricia con los ojos cerrados, las demás se pusieron a hablar. De manera que se podía sobornar a los criados. Pero, ¿para qué? La regla que más difícil le resultaba a O obedecer y que, en realidad, nunca llegó a acatar, era la de no mirar a los hombres a la cara, puesto que había que observarla también frente a los criados. O se sentía en constante peligro, pues la devoraba la curiosidad por los rostros, y fue azotada por unos y otros, aunque no todas las veces que ellos la sorprendieron (pues se tomaban ciertas libertades con la consigna y quizá les gustaba ejercer aquella fascinación y no querían privarse, por un rigor excesivo, de aquellas miradas que no se apartaban de sus ojos y de su boca más que para posarse en su miembro viril, sus manos, el látigo y vuelta a empezar), sino sólo cuando deseaban humillarla. Aunque, por muy cruelmente que la trataran cuando se decidían a ello, O nunca tuvo el valor, o la cobardía, de echarse a sus pies y, si algunas veces los toleró, nunca los solicitó. La regla del silencio, por el contrario, salvo con su amante, le resultaba tan fácil que no la quebrantó ni una sola vez y si alguna de las demás, aprovechando algún descuido de sus guardianes, le dirigía la palabra, ella contestaba por señas. Generalmente, era durante las comidas, que eran servidas en la sala en la que la habían hecho entrar cuando el criado alto que las acompañaba se volvió hacia Jeanne. Las paredes eran negras, el enlosado negro, la mesa, de grueso cristal y muy larga, negra también y las muchachas se sentaban en taburetes redondos tapizados de cuero negro. Para sentarse, tenían que levantar la falda y así O, al sentir bajo los muslos el cuero frío y liso, recordaba el momento en que su amante la obligó a quitarse las medias y el slip y sentarse sin prendas interiores en el asiento del coche. Y, a la inversa, cuando salió del castillo y, vestida como todo el mundo, pero con las caderas desnudas bajo su traje de chaqueta o su vestido corriente, tenía que levantarse la falda y la combinación cuando se sentaba al lado de su amante o de otro, en un coche o en algún café, le parecía que volvía al

castillo, con los senos desnudos sobre el corselete de seda, aquellas manos y bocas a las que todo les estaba permitido y el terrible silencio. Pero nada la ayudaba tanto como el silencio, excepto las cadenas. Las cadenas y el silencio, que hubieran debido atarla al fondo de sí misma, ahogarla, estrangularla, por el contrario, la liberaban. ¿Qué hubiera sido de ella de haber podido hablar, de haber podido elegir cuando su amante la prostituía? Es cierto, hablaba durante el suplicio; pero, ¿se puede llamar palabras a lo que no son sino quejas y gritos? Y muchas veces la hacían callar amordazándola. Bajo las miradas, las manos, los miembros que la ultrajaban, bajo los látigos que la desgarraban, ella se perdía en una delirante ausencia de sí misma que la entregaba al amor y acaso la acercaba a la muerte. Ella era otra persona cualquiera, una de las otras muchachas, abiertas y forzadas como ella y a las que ella veía abrir y forzar, porque lo veía y hasta tenía que ayudar. En su segundo día, no habían transcurrido todavía veinticuatro horas desde su llegada, después del almuerzo fue conducida a la biblioteca, para que sirviera el café y alimentara el fuego. La acompañaba Jeanne a la que había traído el criado de pelo negro y otra muchacha llamada Monique. El criado se quedó en la habitación, de pie, cerca del poste al que O fuera atada la noche anterior. Todavía no había nadie más en la biblioteca. Los ventanales estaban orientados a Poniente y el sol de otoño que declinaba lentamente en un cielo sereno, casi limpio de nubes, iluminaba sobre una cómoda un enorme ramo de crisantemos color de azufre que olían a tierra y a hojas secas.

— ¿La marcó Pierre anoche? —preguntó el criado a O.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—En tal caso, debe mostrar las señales —dijo el hombre—. Haga el favor de subirse el vestido.

Esperó a que ella se arrollara la falda por detrás, como le había enseñado Jeanne la víspera y que ésta la ayudara a sujetarla. Después le dijo que encendiera el fuego. El dorso de O hasta la cintura, sus muslos y sus finas piernas quedaron encuadrados entre los pliegues de seda verde y lino blanco. Las cinco marcas eran negras. El fuego estaba preparado en el hogar y O no tuvo más que arrimar una cerilla a la paja amontonada bajo las teas, las cuales se inflamaron. Pronto prendieron las ramas de manzano y, finalmente, los leños de roble que ardían con llamas altas, crepitantes y claras, casi invisibles con la luz del día, pero olorosas. Entró otro criado que, encima de la consola de la que habían quitado la lámpara, dejó una bandeja con las tazas y el café y se fue. O se acercó a la consola y Monique y Jeanne se quedaron de pie una a cada lado de la chimenea. En aquel momento, entraron dos hombres y el primer criado se fue también. O, por la voz, creyó reconocer a uno de los que la habían forzado la víspera, el que había pedido que se hiciera más fácil el acceso de su dorso. Ella lo miraba con disimulo mientras vertía el café en las tacitas negras y doradas que Monique presentaba con el azúcar. Conque era aquel muchacho esbelto, tan joven, rubio que parecía un inglés. El joven volvió a hablar y O ya estuvo segura. El otro también era rubio, pero ancho y fornido. Estaban sentados en las butacas de cuero, con los pies hacia el fuego, fumando tranquilamente y leyendo el periódico sin hacer el menor caso de las mujeres,

como si estuvieran solos. De vez en cuando, se oía crujir el papel y caer alguna brasa. De vez en cuando, O echaba un leño al fuego. Estaba sentada en el suelo, sobre un almohadón y, frente a ella también en el suelo, estaban Monique y Jeanne. Sus faldas, extendidas, se entremezclaban. La de Monique era granate. De repente, pero no antes de una hora el joven rubio llamó a Jeanne y a Monique. Les dijo que acercaran el taburete (el mismo sobre el que la víspera pusieran a O boca abajo). Monique no esperó más órdenes, se arrodilló, aplastó el pecho sobre la piel que tapizaba el taburete y se agarró a él con ambas manos. Cuando el joven ordenó a Jeanne que levantara la falda roja, Monique no se movió. Entonces, Jeanne, y así se lo ordenó él en los términos más brutales, tuvo que desabrocharle el traje y tomar con ambas manos aquella espada de carne que tan cruelmente transpasara a O, por lo menos una vez. Se hinchó y se puso rígida en la palma que la oprimía y O vio aquellas mismas manos, las manos pequeñas de Jeanne, abrir los mulos de Monique en cuyo interior, lentamente y a pequeñas sacudidas que la hacían gemir, penetraba el muchacho. El otro hombre, que miraba sin decir palabra, hizo a O una seña para que se acercara y, sin dejar de mirar, la tumbó boca abajo sobre uno de los brazos de su butaca —su falda, levantada hasta la cintura, dejaba al descubierto toda la mitad inferior de su cuerpo— y le introdujo la mano en el vientre. Así la encontró René cuando abrió la puerta un minuto después.

—No se muevan, por favor —dijo y se sentó junto a la chimenea, en el almohadón que antes ocupara O. La miraba atentamente y sonreía cada vez que aquella mano se movía, hurgando más y más profundamente, a la vez en su vientre y detrás y arrancándole gemidos incontenibles. Monique se había levantado ya hacía un rato y Jeanne atizaba el fuego en lugar de O. Sirvió a René, que le besó la mano, un vaso de whisky que él bebió sin apartar la mirada de O. El que la sujetaba dijo entonces:

— ¿Es suya?

—Sí —respondió René.

—Jacques tiene razón —comentó el otro—. Es muy estrecha. Habrá que ensancharla.

—Pero no demasiado —dijo Jacques.

—Como usted disponga —dijo René, levantándose—. Es más entendido que yo. —Y tocó el timbre.

Desde entonces, y durante ocho días, desde el anochecer en que terminaba su servicio en la biblioteca y las ocho o las diez de la noche, en que era conducida de nuevo allí —aunque no a diario— encadenada y desnuda bajo su capa roja, O llevó inserta entre las nalgas una barra de ebonita en forma de pene sujeta por tres cadenas que pendían de un cinturón de cuero que le rodeaba las caderas, de manera que el movimiento de los músculos interiores no pudiera expulsarla. Una de las cadenas seguía el surco de su dorso y las otras dos, el de las ingles, dejando libre el acceso a su vientre. René había llamado para pedir el cofre en el que se guardaban, en un

compartimiento, las cadenas y los cinturones y, en otro, las barras de ebonita de distinto espesor. Todas se ensanchaban en la base, para impedir que acabaran de penetrar en el cuerpo, lo cual entrañaba el peligro de que volviera a cerrarse el anillo de carne que debían distender. Cada día, Jacques, que la hacía arrodillarse, o mejor prosternarse, para que Jeanne, Monique u otra de las chicas le colocara la barra, la elegía más gruesa. Durante la cena, que las muchachas tomaban juntas en el mismo refectorio, después del baño, desnudas y maquilladas, O la llevaba todavía y, a la vista de las cadenas y del cinturón, todos podían advertirlo. El encargado de quitársela era Pierre cuando iba a encadenarla a la pared si nadie la solicitaba o a sujetarle las manos a la espalda si tenía que llevarla a la biblioteca. Rara fue la noche en que nadie quiso utilizar aquella vía que tan rápidamente iba haciéndose más accesible, aunque siempre más estrecha que la otra. Al cabo de ocho días, ya no fue necesario el aparato y su amante le dijo a O que estaba muy contento de que estuviera abierta doble-mente y que él cuidaría de que permaneciera así. Al mismo tiempo, le previno de que él se marchaba y que durante los siete últimos días que pasaría en el castillo antes de que él volviera a buscarla para llevarla a París no lo vería.

—Pero te quiero —le dijo—. Te quiero. No me olvides.

¡Ah! ¿Y cómo iba ella a olvidarlo? Él era la mano que le vendaba los ojos, el látigo de Pierre, la cadena de la cabecera de su cama, el desconocido que le mordía el vientre y todas las voces que le daban órdenes eran su voz. ¿Se cansaba? No. A fuerza de ser ultrajada, podía parecer que había de acostumbrarse a los ultrajes; a fuerza de ser acariciada, a las caricias, y a los latigazos, a fuerza de ser azotada. Una horrible saciedad del dolor y de la voluptuosidad hubiera debido empujarla poco a poco hacia las riberas de la insensibilidad, próximas al sueño o al sonambulismo. Todo lo contrario. El corselete que la mantenía erguida, las cadenas que la sometían, el silencio, su refugio, seguramente contribuían a ello, como también el espectáculo constante de muchachas entregadas como ella, e incluso cuando no eran entregadas, de su cuerpo constantemente accesible. El espectáculo también y la conciencia de su propio cuerpo. Todos los días, mancillada por así decirlo ritualmente de saliva y de esperma, de sudor mezclado con su propio sudor, se sentía literalmente receptáculo de las impurezas, la cloaca de la que hablan las Escrituras. Y, no obstante, las partes de su cuerpo más ofendidas, dotadas ahora de mayor sensibilidad, le parecían embellecidas y hasta ennoblecidas: su boca recibiendo miembros anónimos, las puntas de sus senos que manos extrañas rozaban constantemente y, entre sus muslos abiertos, los caminos de su vientre, rutas holladas a placer. Asombra que, al ser prostituida, ganara en dignidad y, sin embargo, así era. Una dignidad que parecía iluminarla desde dentro y en su porte se veía la calma, en su rostro la serenidad y la imperceptible sonrisa interior que se adivina en los ojos de las reclusas.

Cuando René le dijo que la dejaba, era ya de noche. O estaba desnuda en su celda, esperando que fueran a buscarla para llevarla al refectorio. Su amante vestía su traje de ciudad. Cuando la abrazó, el *tweed* de su americana, le rascó la punta de los senos. La besó, la tendió en la cama, se

tendió a su lado y, lenta y Suavemente la poseyó, yendo y viniendo en las dos vías que se le ofrecían, para derramarse finalmente en su boca que después volvió a besar.

—Antes de partir, quisiera hacerte azotar. Y esta vez quiero preguntártelo. ¿Aceptas? —Ella aceptó—. Te quiero —repitió él—. Llama a Pierre.

Ella tocó el timbre. Pierre le encadenó las manos sobre la cabeza. Cuando estuvo encadenada, su amante volvió a besarla, de pie encima de la cama, le repitió que la quería, luego bajó de la cama e hizo una seña a Pierre. La miró debatirse en vano, oyó cómo sus gemidos se convertían en gritos. Cuando se le saltaron las lágrimas, despidió a Pierre. Ella aún tuvo fuerzas para decir que lo quería. Entonces él besó su rostro empapado y su boca jadeante, la desató, la acostó y se fue.

Decir que, en el mismo instante en que su amante se fue, O empezó a esperarle es decir poco: desde aquel momento ella no fue más que espera y noche. Durante el día, era como una figura pintada de piel suave y boca dócil que se mantenía constantemente con la vista baja. Fue sólo entonces cuando observó estrictamente la regla. Encendía y alimentaba el fuego, preparaba y servía el café, escanciaba los licores, encendía cigarrillos, arreglaba las flores y doblaba los periódicos como una jovencita bien educada en el salón de sus padres, tan límpida con su gran escote, su gargantilla de cuero, su corselete ceñido y sus pulseras de prisionera que era suficiente que los hombres a los que servía le ordenaran que se quedara a su lado cuando violaban a alguna otra muchacha para querer violarla a ella también. Seguramente por eso la maltrataban más que antes. ¿Había cometido alguna falta o la había dejado allí su amante precisamente para que aquellos a quienes la prestaba dispusieran de ella con mayor libertad? Dos días después de su marcha, al anochecer, cuando después de quitarse la ropa, miraba en el espejo del cuarto de baño las señales de la fusta de Pierre que iban borrándose de sus muslos, entró Pierre. Faltaban aún dos horas para la cena. Le dijo que aquella noche no cenaría en el comedor y le ordenó que se preparara, señalándole el asiento a la turca en el que ella tuvo que ponerse en cuclillas, tal como Jeanne le dijo que debería hacer delante de Pierre. Mientras estuvo en él, el criado no dejó de mirarla. Ella lo veía en el espejo y se veía también a sí misma, sin poder retener el líquido que salía de su cuerpo. El hombre esperó mientras ella se bañaba y maquillaba. Iba a sacar las chinelas y la capa roja cuando él la detuvo con un ademán y, atándole las manos a la espalda, le dijo que no hacía falta y que le esperara un instante. Ella se sentó al borde de la cama. Fuera, había tormenta con viento frío y lluvia y el álamo que crecía junto a la ventana se inclinaba a impulsos de sus ráfagas. De vez en cuando, las hojas pálidas y mojadas azotaban los cristales. Era ya noche cerrada a pesar de que aún no habían dado las siete; pero el otoño estaba ya muy avanzado y los días eran cortos. Pierre volvió a entrar trayendo en la mano la venda con que le taparon los ojos la primera noche. Traía también una cadena que tintineaba, parecida a la de la pared. Le pareció a O que vacilaba, dudando entre qué ponerle primero si la venda o las cadenas. Ella miraba la lluvia, indiferente a lo que quisieran de ella, pensando únicamente que René había dicho que volvería,

que tendría que esperar aún cinco días y cinco noches y que no sabía dónde estaba ni si estaba solo y, si no lo estaba, con quién. Pero él volvería, Pierre había dejado la cadena encima de la cama y, sin distraer a O de sus ensueños, le vendó los ojos. La venda era de terciopelo negro, guateada sobre las órbitas y se ajustaba perfectamente a los pómulos: imposible abrir los párpados ni atisbar nada. Bendita noche, parecida a su propia noche; nunca la acogió O con tanta alegría. Benditas cadenas que la liberaban de sí misma. Pierre enganchó la cadena al anillo del collar y le rogó que le acompañara. Ella se levantó, sintió que tiraban de ella hacia delante y empezó a andar. Sus pies descalzos se helaron sobre las baldosas y comprendió que avanzaban por el corredor del ala roja. Después, el suelo se hizo más áspero aunque no menos frío: seguramente, losas de piedra, gres o granito. El criado la mandó pararse dos veces y ella oyó girar una llave en una cerradura que se abría y volvía a cerrarse.

—Cuidado con los escalones —dijo Pierre.

Ella empezó a bajar una escalera, tropezó y Pierre la sostuvo entre sus brazos. Nunca la había tocado más que para encadenarla o azotarla, pero ahora la tendía sobre los fríos escalones a los que ella se asía como podía con las manos atadas para no resbalar, mientras él le tomaba los senos. Su boca iba de uno a otro y ella sentía el peso de su cuerpo que se apoyaba en ella y luego se erguía lentamente. No la levantó del suelo hasta que estuvo satisfecho. Húmeda y temblando de frío, ella acabó de bajar la escalera y oyó que se abría otra puerta por la que entró y entonces sintió bajo los pies una gruesa alfombra. Un tirón en la cadena y las manos de Pierre le soltaron las manos y le quitaron la venda: estaba en una habitación redonda, abovedada, muy pequeña y muy baja. Las paredes y la bóveda eran de piedra sin revestimiento alguno, con las juntas al descubierto. La cadena que llevaba sujeta al cuello estaba enganchada a una anilla clavada en la pared a un metro de altura, frente a la puerta y no le permitía dar más que dos pasos hacia delante. No había cama ni nada que se le pareciera, ni manta, sólo tres o cuatro almohadones estilo marroquí pero estaban fuera de su alcance y era evidente que no estaban destinados a ella. A su alcance, por el contrario, había un hueco en la pared del que salía la escasa luz que iluminaba la pieza y en el que alguien había dispuesto una bandeja de madera con agua, fruta y pan. El calor de los radiadores empotrados en la base de las paredes, a modo de zócalo, no bastaba para disipar el olor a tierra y humedad, olor de las antiguas prisiones y de las mazmorras de los castillos. En aquella cálida penumbra a la que no llegaba ruido alguno, O pronto perdió la noción del tiempo. No había día ni noche y nunca se apagaba la luz. Pierre o cualquier otro criado traían más agua, pan y fruta cuando se terminaba lo que había en la bandeja y la llevaban a que se bañara a un reducto contiguo. Ella nunca vio a los hombres que entraban, porque previamente un criado le vendaba los ojos y no le quitaba la venda hasta que ellos se habían ido. También perdió la cuenta de sus visitantes y ni sus suaves manos ni sus labios que acariciaban a ciegas supieron nunca a quién tocaban. A veces eran varios, pero casi siempre uno sólo. Antes de que se acercaran a ella, tenía que arrodillarse de cara a la pared, la anilla del collar enganchada al mismo pitón que sujetaba la cadena para que la

azotara. Apoyaba la palma de las manos en la pared y con el dorso protegía su rostro para que la piedra no la arañara; pero no podía evitar las desolladuras en las rodillas y los senos. También perdió la cuenta de los suplicios y de sus gritos, ahogados por la bóveda. Esperaba. De pronto, el tiempo dejó de estar inmóvil. En su noche de terciopelo, alguien desenganchaba la cadena. Había esperado tres meses, tres días, diez días o diez años. Sintió que la envolvían en una tela gruesa y que alguien la levantaba en brazos. Se encontró en su celda, acostada bajo la manta negra, era poco después de mediodía, tenía los ojos abiertos, las manos libres y René, sentado a su lado, le acariciaba el cabello.

—Tienes que vestirte —le dijo—. Nos vamos.

Ella tomó su último baño y él le cepilló el pelo y le sostuvo la polvera y el lápiz de los labios. Cuando volvió a la celda, encima de la cama encontró su traje de chaqueta, su blusa, su combinación, sus medias, su bolso y sus guantes. Estaba hasta el abrigo que se ponía sobre el traje de chaqueta cuando empezaba a hacer frío y un pañuelo de seda para el cuello; pero ni slip ni liguero. Ella se vistió lentamente, enrollándose las medias encima de las rodillas y no se puso la chaqueta porque en la celda hacía mucho calor. En aquel momento, entró el hombre que la primera noche le explicara lo que allí se le exigiría. Le quitó la gargantilla y las pulseras que desde hacía dos semanas la mantenían cautiva. ¿Se sentía libre? ¿O le parecía que le faltaba algo? No dijo nada, casi sin atreverse a pasarse las manos por las muñecas ni por el cuello. Luego, el hombre le rogó que entre las sortijas, todas parecidas, que le presentaba en una arqueta de madera, eligiera la que mejor se adaptara al dedo anular de su mano izquierda. Eran unas extrañas sortijas de hierro forradas de oro en su interior, con un abultado sello en el que, incrustado en oro, se veía el dibujo de una especie de rueda de tres radios, en forma de espiral, parecida a la rueda solar de los celtas. La segunda que se probó, forzándola un poco, se ajustaba perfectamente. Le pesaba y el oro brillaba veladamente entre el gris mate del hierro pulido. ¿Por qué el hierro, por qué el oro y aquel signo que ella no comprendía? No le era posible hablar en aquella habitación tapizada de rojo, en la que de la pared colgaba todavía la cadena a la cabecera de la cama, en la que estaba todavía la manta negra, arrugada en el suelo, en la que en cualquier momento podía entrar Pierre, el criado, absurdo con su uniforme de opereta, a la luz brumosa de noviembre. Se engañaba; Pierre no entró. René le hizo ponerse la chaqueta y los guantes cuyas manoplas le cubrían las bocamangas. Ella recogió el pañuelo, el bolso y el abrigo que se llevó colgado del brazo. Los tacones de sus zapatos hacían menos ruido en las baldosas que las chinelas. Las puertas estaban cerradas, la antecámara, vacía. O así la mano de su amante. El desconocido que les acompañaba abrió las verjas de lo que Jeanne dijo era la clausura y que ahora no guardaban criados ni perros. Apartó uno de los cortinajes de terciopelo verde y ellos salieron. La cortina volvió a cerrarse. Oyeron el chasquido de la verja. Estaban solos en otra antecámara que salía al parque. No tenían más que bajar la escalinata ante la que esperaba el coche. Ella se sentó al lado de su amante que empuñó el volante y arrancó. Salieron del parque por la verja abierta de par en par y, después de recorrer unos centenares de me-

tros, él paró para darle un beso. Estaban a la entrada de un pueblo pequeño y apacible que luego cruzaron. O pudo leer el nombre del lugar en un indicador: Roissy.

II - Sir Stephen



El apartamento que ocupaba O estaba en la isla de San Luis, en el último piso de una vieja casa orientada al Sur, mirando al Sena. Las habitaciones eran abuhardilladas, amplias y bajas, y las de la fachada, que eran dos, tenían balcones practicados en el tejado. Una era el dormitorio de O y la otra, en la que del suelo al techo, unas estanterías de libros enmarcaban la chimenea, hacía las veces de salón, de despacho y hasta de dormitorio, si era preciso: tenía un gran diván frente a sus dos balcones y, delante de la chimenea, una gran mesa antigua. Aquí se comía también cuando el comedorcito, tapizado de sarga verde oscuro y con ventanas a un patio interior, resultaba realmente demasiado pequeño para el número de comensales. Había otra habitación, también con ventanas al patio, que René utilizaba como vestidor. O compartía con él el cuarto de baño, amarillo. La cocina, amarilla también, era minúscula. Una asistenta iba todos los días a hacer la limpieza. Las habitaciones que daban al Patio estaban pavimentadas con baldosas rojas hexagonales, como las que se encuentran, a partir del segundo piso, en las escaleras de los viejos edificios de París. Al verlas, O tuvo un sobresalto: eran iguales a las de los corredores de Roissy. Su habitación era pequeña, las cortinas de cretona rosa y negra estaban

corridas, el fuego brillaba tras la tela metálica del guardafuegos, la cama estaba preparada.

—Te he comprado un camisón de nilón —dijo René—. No tenías ninguno.

Un camisón de nilón blanco, plisado, ceñido y fino como las vestiduras de las estatuillas egipcias y casi transparente estaba dispuesto al borde de la cama, en el lado de O. Se ajustaba a la cintura con una fina tira que se anudaba sobre unos frunces elásticos y el punto de nilón era tan fino que los senos se transparentaban color de rosa. Todo, salvo las cortinas, el panel tapizado de la misma tela contra el que se apoyaba la cabecera de la cama y los dos silloncitos bajos, recubiertos también de la misma cretona, todo era blanco: las paredes, la colcha guateada extendida sobre la cama con columnas de caoba y las pieles de oso del suelo. O, sentada junto al fuego, con su camisón blanco, escuchaba a su amante. Él empezó diciendo que no debía pensar que ya estaba libre. Salvo, naturalmente, si había dejado de amarlo y lo abandonaba de inmediato. Pero, si le amaba, no era libre de nada. Ella lo escuchaba sin decir palabra, pensando que estaba contenta de que él quisiera demostrarse a sí mismo, el cómo no importaba, que ella le pertenecía y pensando también que era muy ingenuo al no darse cuenta de que su sumisión a él estaba por encima, de toda prueba. Pero tal vez sí que lo advertía y sí quería recalcarlo era porque ello le daba gusto. Ella miraba el fuego mientras él hablaba, pero no a él, pues no se atrevía a encontrarse con su mirada. Él paseaba por la habitación. De pronto, le dijo que, para escucharle, debía separar las rodillas y abrir los brazos; y es que ella estaba sentada con las rodillas juntas y abrazándose. Entonces levantó el borde del camisón y se sentó sobre sus talones, como las carmelitas o las japonesas, y esperó. Entre los muslos sentía el agudo cosquilleo de la piel blanca que cubría el suelo. Él insistió: no había abierto las piernas lo suficiente. La palabra «abre» y la expresión «abre las piernas» adquirirían en la boca de su amante tanta turbación y fuerza que ella las oía siempre con una especie de prosternación interior, de rendida sumisión, como si hubiera hablado un dios y no él. Quedó, pues, inmóvil y sus manos, con las palmas hacia arriba, descansaban a cada lado de sus rodillas entre las que la tela del camisón extendida alrededor de ella, volvía a formar sus pliegues. Lo que su amante quería de ella era muy simple: que estuviera accesible de un modo constante e inmediato. No le bastaba saber que lo estaba; quería que lo estuviera sin el menor obstáculo y que tanto su actitud como su manera de vestir así lo advirtieran a los iniciados. Esto quería decir, prosiguió él, dos cosas: la primera, que ella sabía ya, puesto que se lo habían explicado la noche de su llegada al castillo: nunca debía cruzar las piernas y debía mantener siempre los labios entreabiertos. Seguramente, ella creía que esto no tenía importancia (y así lo creía, en efecto); sin embargo, pronto descubriría que, para observar esta disciplina, tenía que poner una atención constante que le recordaría, en el secreto compartido entre ellos dos y acaso alguna otra persona, pero durante sus ocupaciones ordinarias y entre todos aquellos ajenos a tal secreto, le recordaría la realidad de su condición. En cuanto a su ropa, debería elegirla o, en caso necesario, inventarla de manera que hubiera necesidad de repetir aquel semidesnudamiento a que la había sometido en el coche que los

llevaba a Roissy. Al día siguiente, ella escogería en sus armarios y cajones los vestidos y la ropa interior y descartaría absolutamente todos los slips y los sujetadores parecidos a aquél cuyos tirantes había tenido que cortar él para quitárselo, las combinaciones cuyo cuerpo le cubriera los senos, las blusas y los vestidos que no se abrochasen por delante y las faldas que fueran demasiado estrechas para que pudiera levantarlas con un solo movimiento. Que encargara otros sujetadores, otras blusas y otros vestidos. Hasta entonces, ¿tendría que ir con los senos desnudos bajo la blusa o el jersey? Pues bien, que fuera. Si alguien lo notaba, ella podría explicarlo como mejor le pareciera o no dar ninguna explicación, era asunto suyo. En cuanto a las demás cosas que debía decirle, prefería esperar unos días y deseaba que, para oírlas, ella estuviera vestida como él quería. En el cajoncito del escritorio, encontraría todo el dinero que necesitara. Cuando él acabó de hablar, ella murmuró «te quiero» sin el menor gesto. Fue él quien echó más leña al fuego y encendió la lámpara de la mesita de noche, que era de opalina rosa. Entonces dijo a O que se acostara y lo esperase, que dormiría con ella. Cuando él volvió a entrar en la habitación, O alargó la mano para apagar la luz. Era la mano izquierda y lo último que vio antes de que se hiciera la oscuridad fue el brillo apagado de su sor tija de hierro. Estaba recostada a medias, de lado, y en aquel mismo instante su amante la llamaba por su nombre en voz baja y, tomándola por el vientre, la atraía hacia sí.

Al día siguiente, O, sola, en bata, acababa de almorzar en el comedor verde —René se había ido temprano y no volvería hasta la noche, para llevarla a cenar—, cuando sonó el teléfono. El aparato estaba en el dormitorio, a la cabecera de la cama, al lado de la lámpara. O se sentó en el suelo y descolgó. Era René, que quería saber si la asistenta se había marchado. Sí, acababa de irse, después de servir el desayuno, y no volvería hasta el día siguiente por la mañana.

— ¿Has empezado ya a escoger la ropa? —preguntó René.

—Ahora iba a hacerlo —respondió ella—. Pero me he levantado tarde, me he bañado y no he estado lista hasta mediodía.

— ¿Estás vestida?

—No. Estoy en camisón y bata.

—Deja el teléfono y quítate la bata y el camisón.

O le obedeció, tan nerviosa que el aparato resbaló de la cama donde lo había dejado y cayó sobre la alfombra blanca. Temió que se hubiera cortado la comunicación. No; no se había cortado.

— ¿Estás desnuda? —preguntó René.

—Sí —contestó ella—; pero, ¿desde dónde me llamas?

Él no contestó a su pregunta y se limitó a añadir:

— ¿Llevas el anillo?

Ella lo llevaba. Entonces él le dijo que permaneciera como estaba hasta que él volviera y que así preparase la maleta con la ropa que tenía que desechar. Luego, colgó. Era más de la una y hacía buen tiempo. Un rayo de sol iluminaba, sobre la alfombra, el camisón blanco y la bata de pana verde pálido como las cáscaras de las almendras tiernas que O había dejado caer. Los recogió y los llevó al cuarto de baño, para guardarlas en el armario. Al pasar, uno de los espejos adosados a una puerta y que, con un lienzo de pared y otra puerta igualmente recubierta de espejo, formaba un gran espejo de tres cuerpos, le devolvió bruscamente su imagen: no llevaba nada más que sus chinelas de piel verdes como la bata —apenas más oscuras que las que se ponía en Roissy— y la sortija. No llevaba collar ni pulseras de piel, estaba sola, sin más espectadores que ella misma. Y, sin embargo, nunca se sintió más sometida a una voluntad que no era la suya, más esclava ni más feliz de serlo. Cada vez que se agachaba para abrir un cajón, veía tremolar levemente sus senos. Tardó casi dos horas en disponer sobre la cama toda la ropa que después debería meter en la maleta. Con los slips, por descontado, hizo un pequeño montón al lado de una de las columnas. Sostenes no podría aprovechar ni uno solo: todos se cruzaban en la espalda y se abrochaban en los lados. De todos modos, ideó la forma en que podría manjar hacer el mismo modelo, poniendo el cierre delante, bajo el surco que formaban los senos. Los ligeros tampoco ofrecían dificultades, pero ella se resistía a desechar el ceñidor de satén brocado rosa con cordones en la espalda tan parecido al corselete que llevaba en Roissy. Lo dejó aparte, encima de la cómoda. Que decidiera René. Y que decidiera también lo que tenía que hacer con los jerseys, todos cerrados a ras de cuello y que se ponían por la cabeza. Pero podía subírselos, para descubrir los senos. También las combinaciones quedaron amontonadas encima de la cama. En el cajón de la cómoda no guardó más que una enagua bajera de faya negra con un volante plisado y pequeñas puntillas de Valenciennes que llevaba debajo de una falda a pliegues *soleil* de una lana negra tan fina que se transparentaba. Necesitaría más enaguas bajas, claras y cortas. Comprendió que tendría que renunciar a llevar vestidos estrechos o bien elegir modelos que se abrocharan de arriba abajo y encargar ropa interior que se abriera al mismo tiempo que el vestido. Lo de las enaguas era fácil de arreglar y lo de los vestidos, también, pero, ¿qué diría su lencera sobre la ropa interior abierta? Le explicaría que quería un forro de quita y pon porque era muy friolera. Y lo era realmente. De pronto, se preguntó cómo iba a soportar el frío de la calle en invierno, tan desabrigada. Cuando hubo terminado y de su vestuario no decidió conservar más que los vestidos camiseros, todos abrochados por delante, la falda negra, los abrigos, naturalmente, y el traje de chaquet que traía puestos a su regreso de Roissy, fue a preparar el té. En la cocina, subió el termostato de la calefacción; la asistenta no había llenado el cesto del salón con leños para la chimenea y O sabía que a su amante le gustaría encontrarla junto al fuego cuando volviera por la noche. Llenó el cesto con leños de los que guardaba en el cofre del pasillo, lo llevó al salón y encendió

el fuego. Y así, acurrucada en un butacón, con la bandeja del té a su lado, esperó su vuelta, pero esta vez le esperaba, tal como él le había ordenado, desnuda.

La primera dificultad que se le presentó a O fue en su trabajo. Dificultad es mucho decir. Asombro sería la palabra más apropiada. O trabajaba en el servicio de moda de una agencia fotográfica. Lo cual quiere decir que, en el estudio, tenía que retratar a las mujeres más exóticas y más atractivas que elegían los modistas para presentar sus modelos, en sesiones de varias horas. Causó extrañeza que O prolongara sus vacaciones hasta tan entrado el otoño y que se ausentara precisamente en la época de mayor actividad, cuando iba a salir la nueva moda. Pero esto era lo de menos. Mayor asombro causó que hubiera cambiado tanto. A primera vista, no se sabía en qué había cambiado, pero se la notaba distinta y cuanto más se la observaba, más evidente se hacía el cambio. Caminaba más erguida, tenía la mirada más clara y lo que más llamaba la atención era la perfección de su inmovilidad y la armonía de sus ademanes. Siempre había vestido con sobriedad, como visten las mujeres que trabajan cuando su trabajo se parece al de los hombres; pero por más que tratara de disimular, dado que las otras muchachas, que constituían el objeto de su trabajo, tenían por ocupación y por vocación el atuendo, no tardaron en advertir lo que a otros ojos hubiera pasado inadvertido. Los jerseys que O llevaba directamente sobre la piel, bajo los que se dibujaba con suavidad el contorno de los senos —finalmente, René había autorizado los jerseys— y las faldas plisadas que se arremolinaban con facilidad, llegaron a adquirir la apariencia de un discreto uniforme.

—Un estilo muy de niña —le dijo un día con aire burlón una maniquí rubia de ojos verdes que tenía los pómulos salientes y la piel oscura de los eslavos—. Pero hace mal en usar ligas redondas. Se estropeará las piernas.

Y es que O, sin darse cuenta, se había sentado, dando una rápida media vuelta, en el brazo de una butaca de cuero y la falda se le había subido. La muchacha vio fugazmente la piel desnuda del muslo encima de la media enrollada que terminaba más allá de la rodilla. O la vio sonreír de un modo extraño y se preguntó qué habría pensado o tal vez comprendido.

Se estiró las medias, una tras otra, para tensarlas más aún, lo cual era más difícil que con un ligero normal y respondió a Jacqueline, como justificándose:

—Es práctico.

— ¿Práctico para qué?

—No me gustan los ligeros —respondió O.

Pero Jacqueline no la escuchaba. Estaba mirando la sortija de hierro.

En varios días, O hizo de Jacqueline una cincuentena de clisés. No se parecían a los que había hecho hasta entonces. Y es que, tal vez, nunca había tenido semejante modelo. Lo cierto es que nunca había sabido sacar de un rostro o de un cuerpo un significado tan conmovedor. Y, en realidad, no se trataba más que de dar mayor realce a las sedas, las pieles y los encajes con aquella súbita hermosura de hada sorprendida ante el espejo que adquiriría Jacqueline tanto con la blusa más sencilla como con el más suntuoso abrigo de visón. Tenía el cabello corto, rubio y espeso, ligeramente ondulado. A la menor indicación, inclinaba ligeramente la cabeza hacia el hombro izquierdo y apoyaba la mejilla en el cuello levantado de su abrigo de piel, si llevaba abrigo de piel. O la retrató una vez en esta actitud, sonriente y dulce, con el cabello ligeramente levantado como por el viento y su delicado pómulo acariado por el visón azul, gris y suave como la ceniza reciente de la leña. Tenía los labios entreabiertos y entornaba los ojos. Bajo el brillo de agua de la foto, parecía una belleza ahogada, plácida, feliz y pálida, muy pálida. O mandó hacer la prueba en un tono gris muy tenue. Pero había hecho de Jacqueline otra foto que la trastornaba más aún: a contraluz, con los hombros desnudos, un velo negro, de malla grande ciñéndole la cabeza y la cara con un *aigrette* doble que la coronaba como un humo impalpable; llevaba un inmenso vestido de grueso brocado de seda, rojo como un vestido de novia de la Edad Media, que le llegaba hasta los pies, de amplia falda, ceñido a la cintura y cuyo armazón le realzaba el pecho. Era lo que los modistas llaman un vestido de gala, algo que nadie lleva nunca. Las sandalias, de tacón muy alto, también eran de seda roja. Y mientras Jacqueline estuvo delante de O con aquel vestido, aquellas sandalias y aquel velo que era como la premonición de una máscara, O completaba mentalmente el modelo: tan poco era lo que hacía falta —el talle más ceñido, los senos más descubiertos— y sería igual al vestido que llevaba Jeanne en Roissy, la seda gruesa, lisa, crujiente, la seda que levantas con la mano cuando te dicen... Y Jacqueline la levantaba, para bajar de la plataforma en la que había estado posando durante un cuarto de hora. El mismo murmullo, el mismo crujido de hojas secas. ¿Que nadie lleva esos vestidos de gala? Ah, sí. Y Jacqueline también llevaba al cuello una gargantilla de oro y pulseras de oro en las muñecas. O pensó que estaría más hermosa con gargantilla y pulseras de cuero. Y aquel día hizo algo que no había hecho nunca: siguió a Jacqueline al vestuario contiguo al estudio en el que las modelos se maquillaban y dejaban la ropa cuando salían. Se quedó apoyada en el quicio de la puerta, con los ojos fijos en el espejo del tocador ante el que se había sentado Jacqueline, todavía con el vestido rojo. El espejo era tan grande —ocupaba toda la pared del fondo y el tocador era una simple placa de vidrio negro— que O veía en él a un tiempo a Jacqueline, a sí misma y a la encargada del vestuario que estaba quitándole los *aigrettes* y el velo de tul. Jacqueline se desabrochó ella misma el collar, con sus brazos desnudos levantados como dos alas; el sudor brillaba levemente en sus axilas depiladas (¿«por qué? —se dijo O—; qué lástima, con lo rubia que es») y O percibió su olor acre y fino, un poco vegetal y se preguntó qué perfume debería usar Jacqueline, qué perfume habría que hacer usar a Jacqueline. Jacqueline se quitó después las pulseras y las dejó encima del cristal, en el que tintinearón como cadenas. Tenía el cabello tan rubio que su piel parecía más oscura, mate y dorada como la arena al retirarse la marea. En la foto,

la seda roja sería negra. En aquel momento, las gruesas cejas de Jacqueline que ella no maquillaba sino a regañadientes, se alzaron y O tropezó en el espejo con su mirada, tan franca e inmóvil que, sin poder apartar la suya, se sintió enrojecer lentamente. Esto fue todo.

—Excúseme —dijo Jacqueline—. Tengo que cambiarme.

—Perdón —murmuró O cerrando la puerta.

Al día siguiente, se llevó a su casa las pruebas de los clisés que había sacado la víspera, sin saber si quería o no enseñárselos a su amante, con el que debía cenar fuera. Mientras se maquillaba, delante del tocador de su cuarto, las miraba y se interrumpía para seguir con el dedo, sobre la foto, la línea de una ceja o de una sonrisa. Pero al oír el ruido de la llave en la cerradura de la puerta de entrada, las guardó en el cajón.

Hacía dos semanas que O estaba completamente equipada y aún no se había acostumbrado a estarlo cuando, una tarde, al volver del estudio, encontró una nota de su amante en la que él le rogaba que estuviera arreglada a las ocho para salir a cenar con él y con un amigo. Un coche iría a recogerla y el chofer subiría a buscarla. En la posdata puntualizaba que debía llevar la chaqueta de piel y vestirse totalmente de negro (totalmente subrayado) y maquillarse y perfumarse como en Roissy. Eran las seis. Totalmente de negro y para cenar. Era diciembre y hacía frío, de manera que tendría que ponerse medias de nilón negras, guantes negros, la falda plisada en abanico y un jersey grueso bordado de lentejuelas o el justillo de faya. Optó por el justillo que era respunteado y se abrochaba desde el cuello al talle, ceñido como los severos jubones masculinos del siglo xvi y, al llevar el sostén incorporado, le dibujaba perfectamente el busto. Estaba forrado de faya y el faldón le llegaba a la cadera. Sólo lo animaban unos grandes broches dorados, parecidos a esos grandes corchetes que llevan las botas de nieve de los niños y que chasquean al abrirse y cerrarse sobre las grandes anillas planas. A O le resultaba extraño, una vez hubo preparado la ropa sobre la cama a cuyo pie dejó los zapatos de ante negro, con fino tacón de aguja, verse, sola y libre, esmerándose en arreglarse y perfumarse como en Roissy. Los cosméticos que tenía en su casa no eran los que se utilizaban allí. En el cajón del tocador encontró colorete —nunca se lo ponía— que ahora utilizó para teñirse la areola de los senos. Apenas se veía el color en el momento de aplicarlo, pero después se oscurecía. Le pareció que se había puesto demasiado, se lo quitó un poco con alcohol —costaba trabajo quitarlo— y volvió a empezar. Un rosa peonía oscuro le iluminó la punta de los senos. En vano trató de teñir del mismo color los labios ocultos por el vello de su pubis; en ellos no se marcaba. Por fin, entre los lápices de labios, encontró un rojo permanente que no le gustaba usar porque era demasiado seco e indeleble. Para aquello iría bien. Se arregló el cabello, la cara y se perfumó. René le había regalado, en un vaporizador que lo proyectaba en espesa bruma, un perfume cuyo nombre ella ignoraba y que olía a bosque seco y a planta de marisma, áspero y silvestre. Sobre la piel, la bruma se diluía y deslizaba, sobre el vello de las axilas y del vientre, se fijaba en finas gotas minúsculas. En

Roissy había aprendido O la lentitud: se perfumó tres veces dejando secar el perfume cada vez. Primero se puso las medias y los zapatos de tacón alto, después la enagua, la falda y, por último, el jubón. Se calzó los guantes y cogió el bolso. Dentro del bolso llevaba la polvera, la barra de labios, un peine, la llave y mil francos. Con los guantes puestos, sacó del armario la chaqueta de piel y miró la hora en el reloj de la mesita de noche: eran las ocho menos cuarto. Se sentó en el borde de la cama y, con los ojos fijos en el despertador, esperó inmóvil a que sonara el timbre. Cuando al fin lo oyó y se levantó para salir, en el espejo del tocador, antes de apagar la luz, vio su mirada audaz, dulce y dócil.

Cuando empujó la puerta del pequeño restaurante italiano en el que el coche la dejó, la primera persona a la que vio en el bar fue René. Él le sonrió con ternura, le tomó una mano y, volviéndose hacia una especie de atleta de pelo gris, le presentó, en inglés, a Sir Stephen H. Le ofrecieron un taburete situado entre los dos y, cuando iba a sentarse, René le dijo en voz baja que procurase no arrugarse la falda. Él la ayudó a deslizarse sobre el taburete cuyo frío cuero sintió ella en la piel y, entre los muslos, el borde metálico, pues no se atrevía a sentarse más que a medias, por temor a ceder a la tentación de cruzar las piernas si se sentaba del todo. En derredor suyo se extendía su falda. El tacón derecho se enganchó en uno de los barrotes del taburete y la punta del pie izquierdo se apoyaba en el suelo. El inglés, que se había inclinado ante ella sin decir palabra, no le quitaba la vista de encima. Ella observó que le miraba las rodillas, las manos y por último los labios, pero tan tranquilamente y con una atención tan marcada y precisa que O tuvo la impresión de que era sopesada y juzgada como el instrumento que ella sabía que era y, como obligada por aquella mirada y casi a pesar suyo, se quitó los guantes: sabía que él hablaría cuando ella tuviera las manos desnudas —porque sus manos eran especiales, parecían más de muchacho que de mujer y porque en el anular de la izquierda llevaba la sortija de acero con la triple espiral de oro—. Pero no; no dijo nada. Sólo sonrió: había visto la sortija. René bebía un Martini y Sir Stephen, whisky. Él terminó lentamente su whisky y esperó a que René se bebiera su segundo Martini y O, el zumo de pomelo que René había pedido para ella mientras le explicaba que, si ella no tenía inconveniente, podrían cenar en el comedor del sótano que era más pequeño y más tranquilo que el situado en la planta baja, a continuación del bar.

—Desde luego —dijo O, cogiendo el bolso y los guantes que dejara en la barra.

Entonces, para ayudarla a bajar del taburete, Sir Stephen le tendió la mano derecha en la que ella puso la suya y las primeras palabras que le dirigió fueron para comentar que sus manos parecían hechas para llevar hierro, que los hierros le sentaban muy bien. Pero se lo dijo en inglés, lo cual daba lugar a un ligero equívoco, ya que tanto podía referirse al metal como, lo que era más probable, a las cadenas. En el comedor del sótano, que era una simple bodega encalada, pero fresca y alegre, no había, efectivamente, más que cuatro mesas de las que sólo una estaba ocupada por unos

clientes que ya acababan de cenar. En las paredes estaba pintado un mapa gastronómico y turístico de Italia con colores suaves como los de los helados de vainilla, fresa o caramelo. Ello hizo pensar a O que de postre pediría helado, con almendra picada y nata. Se sentía feliz y ligera. La rodilla de René rozaba su rodilla debajo de la mesa y, cuando hablaba, ella sabía que hablaba para ella. Él también le miraba los labios. Le permitieron tomar el helado, pero no café. Sir Stephen los invitó a los dos a tomar café en su casa. Habían cenado muy frugalmente y O observó que casi no habían bebido ni la habían dejado beber: media botella de Chianti para los tres. Terminaron muy pronto: eran apenas las nueve.

—He despedido al chofer —dijo Sir Stephen—• ¿Quieres conducir tú, René? Lo más práctico será ir directamente a mi casa.

René se sentó al volante, O lo hizo a su lado y Sir Stephen se instaló al lado de ella. El coche era un «Buick» grande y en el asiento delantero cabían los tres con holgura.

Después del Alma, el Cours-la-Reine aparecía claro con los árboles sin hojas y la plaza de la Concordia centelleante y seca bajo el cielo sombrío de las horas en las que se acumula la nieve sin decidirse a caer. O oyó un leve chasquido y sintió que por las piernas le subía aire caliente: Sir Stephen había puesto la calefacción. René siguió un trecho por la orilla derecha del Sena y, al llegar al Pont-Royal, torció hacia la orilla izquierda. Entre sus dogales de piedra, el agua quieta parecía también de piedra y negra. O pensó entonces en las hematites oscuras. Cuando tenía quince años, su mejor amiga, que tenía treinta y de la que estaba enamorada, llevaba en un anillo una hematite rodeada de pequeños diamantes. A O le hubiera gustado tener un collar de aquellas piedras negras, pero sin diamantes, una gargantilla. Pero, ¿cambiaría los collares que ahora le daban —no, no se los daban— por el collar de hematites, por las hematites del sueño? Recordó la mísera habitación a la que la llevara Marion, detrás del cruce de Turbigo y cómo ella había deshecho, ella y no Marion, sus largas trenzas de colegiala, cuando Marion la desnudó y la echó sobre la cama de hierro. Era bonita Marion cuando la acariciaba y es verdad que los ojos pueden parecer estrellas; los suyos parecían estrellas azules y titilantes. René paró el coche. O no reconoció la calle estrecha, una de las que enlazan transversalmente la calle de la Université con la de Lille.

El apartamento de Sir Stephen estaba al fondo de un patio, en el ala de un antiguo edificio, con las habitaciones dispuestas en crujía. La última era también la más grande y la más sedante con sus muebles de caoba de estilo inglés y sus sedas pálidas, amarillas y grises.

—No voy a pedirle que se ocupe del fuego —dijo Sir Stephen a O—; pero ese canapé es para usted. Siéntese, por favor. René preparará el café. Sólo deseo pedirle que me escuche. —El gran canapé de damasco claro estaba perpendicular a la chimenea, frente a las ventanas que daban a un jardín y de espaldas a otras que se abrían al patio. O se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo del sofá. Al volverse, vio que su amante y su anfitrión esperaban de pie que ella obedeciera la invitación de Sir Stephen. Dejó el

bolso al lado de la chaqueta y se quitó los guantes. ¿Cuándo aprendería, si lo aprendía alguna vez, a levantarse la falda en el momento de sentarse con el suficiente disimulo para que nadie lo notara y hasta ella misma pudiera olvidar su desnudez y su sumisión? Desde luego, no mientras su amante y aquel desconocido la miraran en silencio, como hacían en aquel momento. Ella cedió al fin, Sir Stephen avivó el fuego y René, súbitamente, se situó detrás del sofá y, asiendo a O por la garganta y los cabellos, la obligó a echar la cabeza hacia atrás y la besó en la boca, tan larga y profundamente que ella perdió el aliento y sintió que el vientre le ardía, si fuera a derretirse. No la soltó más que para decirle que la quería y volvió a besarla. Las P nos de O, reposaban con las palmas hacia arriba, sobre la tela negra de su vestido que se extendía en forma de corola a su alrededor. Sir Stephen se acercó a ellos y cuando René la dejó por fin y ella abrió los ojos se encontró con la mirada fija y gris del inglés Aunque aturdida y jadeante de felicidad, pudo darse cuenta de que él la admiraba y deseaba. ¿Quién hubiera podido resistir a su boca húmeda y entreabierto a sus labios hinchados, a su garganta blanca sobre el cuello negro de su jubón y a sus ojos, grandes claros y francos? Pero lo único que se permitió Sir Stephen fue acariciarle suavemente las cejas y los labios con la yema del dedo. Luego, se sentó frente a ella al otro lado de la chimenea y, cuando René se hubo sentado a su vez en una butaca, empezó a hablar.

—Tengo entendido que René no le ha hablado nunca de su familia. De todos modos, tal vez sepa ya que su madre, antes de casarse con su padre, había estado casada con un inglés que ya tenía un hijo de un matrimonio anterior. Yo soy ese hijo y fui educado por ella hasta el día en que abandonó a mi padre. No tengo, pues, ningún parentesco con René y sin embargo, en cierto modo, somos hermanos Que René la ama lo sé. Lo habría descubierto aunque él no me lo hubiera dicho e incluso sin que él hubiera hecho un solo movimiento. Basta con ver cómo la mira. Sé también que usted ha estado en Roissy y supongo que volverá allí algún día. En principio, la sortija que lleva me da derecho a disponer de usted, como lo da a todo aquel que conoce su significado. Pero en estos casos no se trata más que de una relación pasajera y lo que nosotros esperamos de usted es más fuerte. Digo nosotros porque hablo también en nombre de René. Si, en cierto modo, somos hermanos, yo soy el mayor. Tengo diez años más que él. Entre nosotros existe una libertad tan antigua y absoluta que hace que todo lo que me pertenece sea suyo y lo que le pertenece a él sea también mío. ¿Consiente usted en participar en esta relación? Yo se lo ruego y le pido su consentimiento que la comprometerá más que su sumisión que ya sé que es segura. Antes de contestarme, piense que yo sólo soy, que no puedo ser, sino otra forma de su amante: que siempre tendrá un solo dueño. Más temible, lo concedo, que los hombres a los que fue entregada en Roissy, porque yo estaré ahí todos los días y, además, me gustan la costumbre y el rito. (*And, besides, I am fond of habits and rites...*)

La voz pausada y serena de Sir Stephen resonaba en un silencio absoluto. Las mismas llamas de la chimenea alumbraban sin ruido. O estaba clavada al sofá como una mariposa traspasada por un alfiler, un largo alfiler de palabras y de miradas que taladraba su cuerpo y apretaba sus nalgas,

desnudas y atentas contra la seda tibia del sofá. No sabía dónde tenía los senos, ni la nuca, ni las manos. Pero no podía dudar que los hábitos y ritos de que le hablaban tendrían por objeto la posesión, entre otras partes de su cuerpo, de sus largos muslos ocultos bajo la falda negra y abiertos ya de antemano. Los dos hombres estaban sentados frente a ella. René fumaba, pero había encendido a su lado una de esas lámparas de capuchón negro que devoran el humo y el aire, purificado ya por el fuego de leña, tenía el aroma fresco de la noche.

— ¿Me contesta ya o quiere saber más? —preguntó Sir Stephen.

—Si aceptas, yo mismo te explicaré las preferencias de Sir Stephen.

—Las exigencias —rectificó éste.

O se decía que lo más difícil no era aceptar y comprendía que ni uno ni otro habían pensado ni un momento, como tampoco ella, que pudiera negarse. Lo más difícil era hablar. Le ardían los labios, tenía la boca seca, le faltaba la saliva, una angustia de miedo y deseo le atenazaba la garganta y sus manos, que ahora volvía a sentir, estaban frías y húmedas. Si, por lo menos, hubiera podido cerrar los ojos. Pero no. Dos miradas a las que no podía, ni quería, escapar, perseguían la suya. La empujaban hacia algo que creía haber dejado para mucho tiempo, tal vez para siempre, en Roissy. Y es que, desde su regreso, René no la había tomado más que con caricias y el símbolo de su pertenencia a todos los que conocieran el secreto de su sortija no había tenido consecuencias; o no encontró a nadie que lo conociera o, si alguien lo conoció, calló. La única persona de quien sospechaba era Jacqueline (y, si Jacqueline había estado en Roissy, ¿por qué no llevaba ella también la sortija? ¿Y qué derecho le daba a Jacqueline, si algún derecho le daba, la participación en aquel secreto?). Para hablar, ¿tendría que moverse? Por su propia voluntad, no podía; una orden la hubiera hecho levantarse al instante, pero esta vez no querían que obedeciese, sino que se adelantase a la orden, que se constituyese en esclava y se entregase. A esto llamaban ellos su consentimiento. Recordó que nunca dijo a René más que «te quiero» y «soy tuya». Al parecer, ahora querían que hablase y aceptara explícitamente lo que hasta entonces aceptara sólo en silencio. Al fin se incorporó y, como si lo que iba a decir la ahogara, desabrochó los corchetes de su jubón hasta el busto. Luego, se levantó. Le temblaban las rodillas y las manos.

—Soy tuya —dijo al fin a René—. Seré lo que tú quieras que sea.

—No; nuestra —repuso él—. Repite conmigo: soy vuestra y seré siempre lo que vosotros queráis que sea.

Los ojos grises y duros de Sir Stephen no se apartaban de ella, ni los de René, en los que se perdía, mientras iba repitiendo las frases que él le dictaba y poniéndolas en primera persona, como en un ejercicio gramatical.

—Nos reconoces a mí y a Sir Stephen el derecho... —decía René.

Y O repetía, todo lo claramente que podía: s

—Reconozco a ti y Sir Stephen el derecho...

El derecho de disponer de su cuerpo a su antojo, en cualquier lugar y forma que ellos desearan, el derecho a tenerla encadenada, el derecho a azotarla como a una esclava o como a una condenada por la más mínima falta o porque ellos quisieran, el derecho a no escuchar sus súplicas ni sus gritos, si la hacían gritar.

—Me parece que es aquí y ahora cuando Sir Stephen desea recibirte, entregada por mí y por ti misma —dijo René— y cuando yo he de enumerarte sus exigencias.

O, mientras escuchaba a su amante, recordaba las palabras que él le dijera en Roissy: eran casi las mismas. Pero entonces las escuchó abrazada a él, protegida por un aire de irrealidad que les daba carácter de sueño, por la sensación de que existía en otra vida o, tal vez, que no existía. Sueño o pesadilla, muros de prisión, trajes de gala, encapuchados, todo la alejaba de su propia vida, incluso el no saber cuánto duraría. Allí se sentía como en plena noche, en medio de un sueño que uno reconoce y que se repite: segura de que existe y segura de que ha de acabar y deseando que acabe porque temes no poder resistirlo y que continúe porque deseas conocer el final. Pues bien, el final había llegado cuando ya no lo esperaba y bajo la forma más inesperada (suponiendo, como se decía ahora, que aquél fuera el final, que detrás de él no se ocultara otro y otro más). Este desenlace de ahora consistía en traerla del recuerdo al presente y en que cosas que no tenían realidad más que en un círculo cerrado, en un universo aparte, iban a contaminar de pronto todas las situaciones y todos los hábitos de su vida cotidiana y, sobre ella y en ella, ya no iban a reducirse a simples señales o símbolos —las caderas desnudas, los cuerpos abiertos por delante, la sortija de hierro— sino que le impondrían un cumplimiento. Era verdad que René nunca la había golpeado y la única diferencia en sus relaciones entre la época de antes de Roissy y el tiempo transcurrido desde que ella volviera de allí era que ahora él se servía de su dorso y de su boca además de su vientre. Ella nunca supo si los latigazos que había recibido en Roissy con los ojos vendados o de flagelantes encapuchados, en alguna ocasión le fueron dados por él, pero le parecía que no. Seguramente, el placer que él obtenía ante el espectáculo de su cuerpo encadenado y entregado, debatiéndose en vano y al oír sus gritos era tan vivo que no consentía en privarse de la menor parte de él prestando sus propias manos, porque su intervención activa le hubiera distraído. Y ahora lo confesaba así, ya que, cariñosa, suavemente, sin moverse de la butaca en la que estaba hundido, con una pierna encima de la otra, le decía lo feliz que se sentía al entregarla, a inducirla a entregarse a las órdenes y a la voluntad de Sir Stephen. Cuando Sir Stephen deseara que pasara la noche, o aunque sólo fuera una hora, en su casa, o que le acompañara a algún restaurante o espectáculo de París o de fuera de París, la llamaría por teléfono y le enviaría el coche, a menos que fuera a buscarla el propio René. En aquel momento, ella tenía la palabra. ¿Consentía? Pero ella no podía hablar. La

voluntad que le pedían que expresara era la voluntad de abandonarse, de aceptar por anticipado cosas a las que ella sin duda deseaba decir que sí, pero a las que su cuerpo se negaba; por lo menos, en lo relativo al látigo. Pues, por lo demás, si tenía que ser sincera consigo misma, se sentía demasiado turbada por el deseo que leía en los ojos de Sir Stephen para engañarse y, por más que temblara, o tal vez precisamente por temblar, sabía que ella esperaba con más impaciencia que él el momento en el que él posara su mano, o quizá sus labios, en ella. Seguramente, de ella dependía adelantar este momento. Cualquiera que fuera su valor o el deseo que sintiera, llegado el momento de responder, desfalleció de tal modo que cayó al suelo con la falda extendida en derredor, y Sir Stephen comentó con voz sorda en el silencio que el miedo también le sentaba bien. No se lo dijo a ella, sino a René. A O le pareció que hacía un esfuerzo para no avanzar hacia ella y lo lamentó. Sin embargo, ella no lo miraba, tenía los ojos fijos en René, temerosa de que él adivinara en los suyos algo que tal vez pudiera considerar una traición. Y no lo era, pues si hubiera tenido que elegir entre su deseo de ser poseída por Sir Stephen y su amor por René, no hubiera vacilado ni un segundo; en realidad, si cedía a aquel deseo era porque René se lo permitía y, en cierto modo, le hacía entender que se lo ordenaba. Sin embargo, le quedaba la duda de si no se enfadaría al verse obedecido tan aprisa. A la menor señal que él le hiciera, aquel deseo se borraría. Pero él no le hizo señal alguna y se contentó con pedirle, por tercera vez, una respuesta.

—Consiento en todo lo que queráis —balbuceó ella. Luego, mirándose las manos que reposaban entre sus rodillas, agregó en un susurro—. Quisiera saber si voy a ser azotada...

Durante mucho rato, tanto que tuvo tiempo de repetirse mentalmente la frase veinte veces, nadie respondió. Luego, la voz de Sir Stephen dijo lentamente:

—De vez en cuando.

O oyó crujir una cerilla y tintineo de vasos: seguramente, uno de los dos se servía más whisky. René la dejaba indefensa. René callaba.

—Aunque ahora consienta —dijo ella—, aunque ahora lo prometa, no podré soportarlo.

—No le pedimos si no que se preste a ello y consienta de antemano en que todas sus súplicas y sus gritos sean en vano —dijo Sir Stephen.

— ¡ Oh, por favor, todavía no! —dijo O al ver que Sir Stephen se levantaba.

René también se puso en pie, se inclinó hacia ella y la tomó por los hombros.

—Responde ya, ¿aceptas?

Ella dijo al fin que aceptaba. Él la levantó suavemente y, sentado en el sofá, la obligó a arrodillarse a su lado, de cara al sofá, con los brazos extendidos, los ojos cerrados y la cabeza y el busto descansando en el

asiento. Entonces recordó una imagen que había visto hacía años, una curiosa estampa que representaba a una mujer arrodillada, como ahora estaba ella, delante de un sillón, en una habitación de suelo embaldosado. En un rincón, jugaban un perro y un niño. La mujer tenía las faldas levantadas y un hombre que estaba de pie a su lado levantaba un puñado de varas. Todos iban vestidos con trajes de finales del siglo xvi y el grabado tenía un título que le pareció indignante: El correctivo familiar. René le sujetaba las muñecas con una mano y con la otra le levantó la falda, tanto, que ella sintió que la gasa plisada le rozaba la mejilla. Le acarició la parte baja del talle e hizo observar a Sir Stephen los hoyos que se dibujaban en su carne y la suavidad del surco que dividía sus muslos. Luego, apoyó la mano en la cintura para obligarla a ofrecerse mejor y le ordenó que separara un poco más las rodillas. Ella obedeció sin decir palabra. El que René hiciera los honores de su cuerpo, los comentarios de Sir Stephen, la brutalidad de los términos que utilizaban los dos hombres le provocaron un acceso de vergüenza tan violenta e inesperada que se desvaneció el deseo que sentía de ser poseída por Sir Stephen y se puso a esperar el látigo como una liberación, el dolor y los gritos, como una justificación. Pero las manos de Sir Stephen le abrieron el vientre, forzaron su dorso, entrando y saliendo, acariciándola hasta hacerla gemir, humillada por su gemido y derrotada.

—Te dejo con Sir Stephen —le dijo entonces René—. Quédate como estás. Él te enviará a casa cuando quiera.

¿Cuántas veces no estuvo ella en Roissy, de rodillas, en actitud parecida, ofrecida a cualquiera? Pero entonces estaba atada por los brazaletes que le mantenían las manos unidas, feliz prisionera a la que todo se le imponía, a la que nunca se le pedía nada. Aquí, si permanecía semidesnuda era por su propia voluntad, pues un solo movimiento, el que haría para ponerse de pie, bastaría para cubrirla. Su promesa la ataba tanto como las pulseras de cuero y las cadenas. ¿Era sólo su promesa? Y, por humillada que estuviera, o precisamente porque estaba humillada, ¿no resultaba también dulce pensar que era su humillación, su obediencia, su docilidad, lo que hacía que no tuviera precio? René se fue y Sir Stephen lo acompañó hasta la puerta. Ella se quedó sola, quieta, sintiéndose más expuesta en la soledad que cuando ellos estaban allí. La seda gris y amarilla del sofá estaba lisa bajo su falda; a través de sus medias de nilón, sentía en las rodillas la lana mullida de la alfombra y, en el muslo izquierdo, el calor de la chimenea en la que Sir Stephen había puesto tres leños que ardían ruidosamente. Encima de una cómoda había un reloj de pared antiguo con un tictac tan leve que sólo se oía cuando todo quedaba en silencio. O lo escuchaba atentamente, mientras pensaba en lo absurdo que era, en aquel salón civilizado y discreto, permanecer en la postura en que ella estaba. A través de las persianas cerradas, se oía el murmullo amodorrado de París pasada la medianoche. Al día siguiente por la mañana, a la luz del día, ¿reconocería ella el lugar del sofá en el que ahora apoyaba la cabeza? ¿Volvería alguna vez a aquel salón, de día, para ser tratada de aquel modo? Sir Stephen tardaba y O que, con tanto abandono esperaba la venia de los desconocidos de Roissy, sentía un nudo en la garganta al pensar que dentro de un minuto o de diez él volvería a tocarla. Pero no sucedió como ella imaginaba. Le oyó abrir la puerta y cruzar la habitación. Permaneció un rato de pie, de espaldas al fuego, contemplándola y, luego,

en voz muy baja, le dijo que se levantara y se sentara. Ella le obedeció, sorprendida y hasta molesta. Él le ofreció amablemente un whisky y Un cigarrillo que ella rehusó. Entonces advirtió ella que se había puesto una bata, una bata muy severa, de buriel gris, del mismo gris que sus cabellos. Tenía las manos largas y enjutas y las uñas planas, cortas y muy blancas. Sorprendió la mirada de O y ella enrojeció: eran aquellas manos, duras e insistentes, las que se habían apoderado de su cuerpo, y ahora las temía y las esperaba. Pero él no se acercaba.

—Quisiera que se desnudara —dijo—. Pero, primero, quítese sólo la blusa, sin levantarse.

O desabrochó los grandes corchetes dorados y se despojó del justillo negro que dejó en un extremo del sofá, junto a la chaqueta, los guantes y el bolso.

—Acariciéese un poco la punta de los senos —dijo entonces Sir Stephen, y añadió—: tendrá que usar un maquillaje más oscuro, ése es demasiado claro.

O, estupefacta, se frotó con la yema de los dedos los pezones, los cuales se endurecieron e irguieron. Luego, los cubrió con la palma de la mano.

— ¡Ah, no! —exclamó Sir Stephen.

Ella retiró sus manos y se apoyó en el respaldo del sofá. Sus senos eran muy abultados para su talle tan fino y cayeron suavemente hacia sus axilas. Tenía la nuca apoyada en el sofá y las manos a lo largo del cuerpo. ¿Por qué Sir Stephen no acercaba a ella su boca, por qué no ponía la mano en los pezones que él había deseado ver erguirse y que ella sentía estremecerse, por más inmóvil que se mantuviera, sólo con respirar? Él se acercó, se sentó en el brazo del sofá y no la tocó. Estaba fumando y, a un movimiento de su mano, que O nunca supo si había sido involuntario, un poco de ceniza casi caliente fue a caerle entre los senos. Ella tuvo la sensación de que quería insultarla, con su desdén, con su silencio, con su atención impersonal. Sin embargo, él la había deseado poco antes, la deseaba todavía, ella lo veía tenso bajo la fina tela de la bata. ¿Por qué no la tomaba, aunque fuera para herirla? O se odiaba a sí misma por aquel deseo y odiaba a Sir Stephen por su forma de dominarse. Ella quería que él la amara, ésta es la verdad: que estuviera impaciente por tocar sus labios y penetrar en su cuerpo, que la maltratara incluso, pero que, en su presencia, no fuera capaz de conservar la calma ni de dominar el deseo. En Roissy le era indiferente que los que se servían de ella sintieran algo: eran los instrumentos por los que su amante se complacía en ella, los que hacían de ella lo que él quería que fuese, pulida, lisa y suave como una piedra. Sus manos y sus órdenes eran las manos y las órdenes de él. Allí no. René la había entregado a Sir Stephen, pero era evidente que quería compartirla con él, no para obtener algo más de ella ni por la satisfacción de entregarla, sino para compartir con Sir Stephen lo que en aquellos momentos más amaba él, al igual que en otro tiempo habían compartido seguramente un viaje, un barco o un caballo. Hoy, aquella oferta tenía un significado mayor en relación con Sir Stephen que en relación con ella. Lo que cada uno buscaría en ella sería la marca del otro, la huella del paso del otro. Hacía un

momento, cuando ella estaba arrodillada junto a René y Sir Stephen le abría los muslos con las dos manos, René le había explicado por qué el dorso de O era tan accesible y por qué él se alegró de que se lo hubieran preparado así. Pensó que a Sir Stephen le gustaría tener constantemente a su disposición la vía que más le agradaba. Incluso le dijo que, si quería, podría hacer de ella uso exclusivo.

— ¡Ah, encantado! —exclamó Sir Stephen, pero añadió que, a pesar de todo, existía el peligro de que desgarrase a O.

—O es tuya —respondió René, inclinándose sobre ella para besarle las manos.

La sola idea de que René pudiera tener intención de privarse de alguna parte de su cuerpo trastornó a O. Veía en ello la señal de que su amante quería más a Sir Stephen que a ella. Y por más que él le había repetido que amaba en ella el objeto en que la había convertido, la libertad de disponer de ella como quisiera, como se dispone de un mueble que a veces tanto agrada regalar como conservar, ella comprendía que no había acabado de creerle. Y veía otra prueba de eso que no podía llamar de otro modo que deferencia para con Sir Stephen en que René, que tanto se complacía al verla bajo el cuerpo o los golpes de otros, que con tanta ternura y reconocimiento veía abrirse su boca para gemir o gritar y cerrarse sus ojos inundados de lágrimas, se hubiera ido, después de asegurarse, mostrándosela y entreabriéndola como se entreabre la boca de un caballo para que se vea que es joven, de que Sir Stephen la encontraba lo bastante bonita y lo bastante cómoda para él y estaba dispuesto a aceptarla. Esta conducta, quizás ultrajante, en nada cambiaba el amor que O sentía por René. Estaba contenta de contar para él lo suficiente como para que él se complaciera en ultrajarla, al igual que los creyentes dan gracias a Dios cuando los doblega. Pero en Sir Stephen adivinaba una voluntad firme y glacial que el deseo no haría flaquear y ante la cual ella no contaba para nada, por conmovedora y sumisa que se mostrara. ¿Por qué, si no, iba ella a tener tanto miedo? El látigo que los criados de Roissy llevaban a la cintura, las cadenas que tenía que llevar casi constantemente, le parecían ahora menos temibles que la tranquilidad con que Sir Stephen le miraba los senos sin tocarlos. Ella sabía lo frágiles que resultaban, entre sus hombros delgados y su esbelto talle, precisamente a causa de su turgencia. No podía impedir que temblaran. Para ello hubiera tenido que dejar de respirar. Esperar que aquella fragilidad desarmara a Sir Stephen era inútil; ella sabía que sería al contrario, que su dulzura incitaba a la brutalidad tanto como a la caricia, al arañazo tanto como al beso. Tuvo una momentánea ilusión: con el dedo medio de la mano derecha, con la que sostenía el cigarrillo, Sir Stephen le rozó el pezón que al instante obedeció y se puso más rígido. O no dudaba que aquello era para Sir Stephen como un juego y nada más o, si acaso, una comprobación, como se comprueba la respuesta o la buena marcha de un mecanismo. Sin moverse del brazo del sofá, Sir Stephen le dijo entonces que se quitara la falda. Los corchetes obedecían mal a los dedos húmedos de O, que no consiguió desabrochar su enagua defaya negra sino al segundo intento. Cuando estuvo desnuda, sus sandalias de charol negro y sus medias de nilón negras también, enrolladas encima de sus rodillas, acentuaban la esbeltez de sus piernas y la blancura de sus muslos. Sir Stephen, que también se había levantado, la tomó por el vientre

con una mano y la empujó hacia el sofá. La hizo arrodillarse, con la espalda apoyada en el sofá y, para que ella se apoyara en él más con los hombros que con la cintura, le obligó a abrir los muslos. Sus manos descansaban sobre sus tobillos, su vientre estaba entreabierto y, encima de sus senos distendidos, su garganta echada hacia atrás. No se atrevía a mirar Sir Stephen a la cara, pero veía sus manos desatar el cinturón de la bata. Él puso una pierna a cada lado de O, que seguía arrodillada y, tomándola por la nuca, se introdujo en su boca. Lo que él buscaba no era la caricia de sus labios sino el fondo de su garganta. Hurgó en ella largo rato y O sentía dilatarse y endurecerse aquella mordaza de carne que la asfixiaba y cuyos golpes repetidos le arrancaban lágrimas. Para penetrar mejor, Sir Stephen había acabado por arrodillarse en el sofá, con una pierna a cada lado de su cara, descansando de vez en cuando las posaderas en el pecho de O, quien sentía que su vientre, inútil y despreciado, le ardía. Mientras Sir Stephen se complació en ella, no terminó su placer. Luego se retiró en silencio y se puso en pie, sin cerrarse la bata.

—Eres fácil, O —le dijo—. Quieres a René, pero eres fácil. ¿Se da cuenta René de que te gustan todos los hombres que te desean y que, al enviarte a Roissy y entregarte a otros, te da la coartada para justificar tu propia facilidad?

—Amo a René —respondió O.

—Amas a René, pero yo te gusto, entre otros —insistió Sir Stephen.

Sí, le gustaba; pero, ¿cambiaría René cuando se enterase? Ella no pudo sino callar y bajar los ojos. Mirar a Sir Stephen hubiera sido una confesión. Sir Stephen se inclinó entonces sobre ella y, tomándola por los hombros, la hizo deslizarse sobre la alfombra. O se encontró tendida de espaldas, con las piernas en alto y dobladas sobre el cuerpo. Sir Stephen, que se había sentado en el sofá, en el lugar en el que hacía un instante estaba apoyada ella, le cogió la rodilla derecha y la atrajo hacia sí. Como ella estaba de cara a la chimenea, la luz del fuego, muy próximo, iluminaba violentamente el doble surco de su vientre y de su dorso. Sin soltarla, Sir Stephen le ordenó bruscamente que se acariciara sin juntar las piernas. Ella, impresionada, alargó dócilmente la mano derecha hacia su vientre y bajo sus dedos, sintió, ya libre del vello que la protegía, ardiente ya, la arista de carne en la que convergían los frágiles labios de su vientre. Pero entonces dejó caer la mano y balbuceó:

—No puedo.

No podía, en efecto. Nunca se había acariciado más que furtivamente en la oscuridad, en su cama tibia, cuando dormía sola, sin buscar nunca el placer hasta el final. Pero, a veces, lo sentía más tarde, en sueños y se despertaba desilusionada de que hubiera sido tan vivo y tan fugaz al mismo tiempo. La mirada de Sir Stephen insistía. Ella no pudo sostenerla y, después de repetir, «no pudo», cerró los ojos. Lo que ella volvía a ver sin poder ahuyentarlo y le producía la misma náusea que cada vez que lo presenciaba

cuando tenía quince años, era la imagen de Marion tumbada en la butaca de cuero de una habitación de hotel, con una pierna sobre uno de los brazos de la butaca y la cabeza apoyada en el otro, acariciándose delante de ella y gimiendo. Marion le dijo que un día, cuando estaba acariciándose así en su despacho, la sorprendió el jefe de su departamento. O recordaba el despacho de Marion, una habitación desnuda, con las paredes verde pálido, con luz del norte filtrándose a través de unos cristales polvorientos. No había más que una butaca destinada a las visitas, colocada frente a la mesa.

— ¿Echaste a correr? —le preguntó O.

—No —respondió Marion—. El me pidió que volviera a empezar, pero cerró la puerta con llave, me quitó el slip y volvió la butaca hacia la ventana.

O se sintió admirada ante el valor de Marion, y también horrorizada y se negó ferozmente a acariciarse delante de Marión y juró que nunca, nunca se acariciaría delante de nadie. Marion se echó a reír y le dijo:

—Ya verás cuando te lo pida tu amante.

René nunca se lo pidió. ¿Lo hubiera obedecido? Ah, seguramente, pero con qué terror de ver asomar a los ojos de René el mismo asco que había sentido ella delante de Marion. Lo cual era absurdo. Y más absurdo todavía con Sir Stephen. ¿Qué le importaba a ella el asco de Sir Stephen? No; no podía. Por tercera vez, murmuró:

—No puedo.

Aunque lo dijo muy bajo, él lo oyó, la soltó, se levantó, se cerró la bata y ordenó a O que se pusiera en pie.

— ¿Es ésa tu obediencia? —preguntó. Luego, con la mano izquierda le sujetó las muñecas y con la derecha la abofeteó. Ella se tambaleó y hubiera caído al suelo de no sostenerla él.

—Ponte de rodillas para escucharme —le dijo—. Me parece que René te ha educado muy mal.

—Yo obedezco siempre a René —balbuceó ella.

—Tú confundes el amor con la obediencia. A mí me obedecerás sin amarme y sin que yo te ame.

Entonces ella sintió una extraña sublevación y en silencio, en su interior, negó las palabras que estaba oyendo, renegó de sus promesas de sumisión y de esclavitud, de su consentimiento, de su propio deseo, de su desnudez, de su sudor, del temblor de sus piernas y del cerco de sus ojos. Ella se debatió, apretando los dientes con rabia cuando, después de obligarla a doblarse, prosternada, con los codos en el suelo y la cabeza entre los brazos, la levantó por las caderas y la forzó por detrás para desgarrarla, como René había dicho que la desgarraría. La primera vez, ella no gritó. Él repitió el acto con mayor brutalidad y entonces ella gritó. Y, cada vez que él se retiraba y volvía, es decir, cada vez que él decidía hacerla gritar, ella gritaba. Gritaba

tanto de rabia como de dolor, y él no se engañaba. Cuando hubo terminado y, después de hacerla levantarse, iba a despedirse de ella, le dijo que lo que él había derramado en ella iría saliendo poco a poco, mezclado con la sangre de la herida que le había abierto y que aquella herida la quemaría hasta que su dorso se hubiera hecho a él, mientras tuviera que forzarlo. No iba a privarse de aquella vía que René le reservaba y ella no debía esperar que tuviera contemplaciones. Le recordó que había consentido en ser esclava de René y suya, pero dijo también que no creía que ella supiera a lo que se había comprometido. Cuando se enterara, ya sería demasiado tarde para escapar. O, mientras le escuchaba, se decía que acaso fuera también demasiado tarde para él. Iba a tardar tanto en reducirla que al fin acabaría por enamorarse de su obra. Porque toda su resistencia interior y aquella tímida negativa que se atrevía a manifestar no tenía más motivo que éste: ella quería existir para Sir Stephen, por poco que fuera, como existía para René, y que él sintiera por ella algo más que deseo. Y no porque le quisiera, sino porque se había dado cuenta de que René amaba a Sir Stephen con ese apasionamiento de los muchachos por el hermano mayor y estaba segura de que, para dar satisfacción a Sir Stephen, estaría dispuesto a sacrificarla a ella. Intuía que calcaría su actitud sobre la de él y que si Sir Stephen le demostraba desprecio, René, aunque la amara, sería contaminado por aquel desprecio como nunca lo estuviera, ni por asomo, por la actitud de los hombres de Roissy. Y es que, en Roissy, él era su dueño y la actitud de los demás dependía de la suya. Ahora el dueño no era él, sino todo lo contrario. Sir Stephen era el dueño de René, sin que éste acabara de advertirlo. Es decir, que René lo admiraba y quería imitarlo a rivalizar con él. Por eso lo compartía todo con él y por eso le había entregado a O. Esta vez, era evidente que había sido entregada definitivamente. René seguiría amándola en la medida en que a Sir Stephen le pareciera que merecía la pena y en la medida en que él la amara a su vez. Ahora estaba claro que Sir Stephen sería su dueño y, a pesar de lo que pudiera creer René, su único dueño, en la misma relación que existe entre amo y esclavo. Ella no esperaba compasión pero, ¿no podría llegar a arrancarle un poco de amor? Recostado en el gran butacón que ocupaba junto al fuego antes de que se fuera René, la dejó desnuda, de pie delante de él, después de ordenarle que esperase sus órdenes. Ella esperó sin decir palabra. Luego, él se levantó y le dijo que lo siguiera. Aún desnuda, con sus sandalias de tacón alto y sus medias negras, ella subió detrás de él la escalera que partía del descansillo de la planta baja y entró en una pequeña habitación, tan pequeña que no había sitio más que para una cama en un rincón y un tocador y una silla entre la cama y la ventana. Aquella pequeña habitación se abría a otra habitación mayor que era la de Sir Stephen y las dos comunicaban con el mismo cuarto de baño. O se lavó y se secó —la toalla se manchó un poco de rosa—, se quitó las sandalias y las medias y se acostó entre las sábanas frías. Las cortinas de la ventana estaban descorridas, pero, fuera, la oscuridad era total. Antes de cerrar la puerta de comunicación, estando O ya en la cama, Sir Stephen se acercó a ella y le besó la punta de los dedos, como hizo en el bar cuando ella bajó del taburete y él le hizo aquel cumplido sobre su anillo de hierro. De modo que había hundido en ella las manos y el pene, le había lastimado la boca y la espalda y no se dignaba

posar sus labios más que sobre la punta de sus dedos. O estuvo llorando y no se durmió hasta el amanecer.

Al día siguiente, poco antes de mediodía, el chofer de Sir Stephen llevó a O a su casa. Se despertó a las diez; una vieja mulata le preparó el baño y le dio su ropa, pero con excepción de su chaqueta, sus guantes y su bolso, los cuales ella encontró sobre el sofá del salón cuando bajó. El salón estaba vacío y las persianas y las cortinas, abiertas. Frente al sofá, se veía un jardín estrecho y verde como un acuario, lleno únicamente de hiedra, acebo y bonetero. Cuando se ponía la chaqueta, la mulata le dijo que Sir Stephen había salido y le había dejado una carta. En el sobre, sólo su inicial. En el pliego, dos líneas: «René ha llamado para decir que irá a recogerte al estudio a las seis»; y, por firma, una S. Posdata: «La fusta es para tu próxima visita.» O miró en derredor. Encima de la mesa, colocada entre las dos butacas en las que se habían sentado Sir Stephen y René, al lado de un florero de rosas amarillas, había una larga y fina fusta de cuero. La criada la esperaba en la puerta. O se guardó la carta en el bolsillo y salió.

De manera que René había llamado a Sir Stephen y no a ella. Una vez en casa, después de quitarse la ropa y almorzar, envuelta en su bata, aún tuvo tiempo de maquillarse y peinarse cuidadosa mente y vestirse para ir al estudio, donde debía estar a las tres. El teléfono no sonó. René no llamaba. ¿Por qué? ¿Qué le habría dicho Sir Stephen? ¿En qué términos habían hablado de ella? Recordó las palabras con que con tanta naturalidad habían comentado delante de ella la comodidad de su cuerpo con relación a las exigencias del de ellos. Tal vez fuera que ella no estaba acostumbrada a aquel vocabulario, en inglés; pero los únicos términos franceses que le parecían equivalentes eran de una bajeza absoluta. Aunque, si ella había pasado por tan tas manos como las prostitutas de los burdeles, ¿por qué iban a tratarla de otro modo?

«Te quiero, René, te quiero —repetía en voz baja en la soledad de su habitación—. Te quiero, haz de mí lo que tú quieras, pero no me dejes, Dios mío, no me dejes.»

¿Quién se apiada del que espera? Se le reconoce fácilmente: por su mansedumbre, por su mirada atenta, pero, con una atención falsa, atentos a otra cosa que lo que están mirando: a la ausencia. Durante tres horas, en el estudio en el que aquella tarde posaba con sombreros una maniquí pelirroja y llenita a la que O no conocía, estuvo ausente, ensimismada, martirizada por la prisa y por la angustia. Llevaba blusa y enagua de seda roja, falda escocesa y chaqueta de ante. El rojo de la blusa, bajo su chaqueta entreabierta, hacía todavía más pálida su cara y la maniquí pelirroja le dijo que tenía un aire fatal. «¿Fatal para quién?», se preguntó O. Dos años atrás, antes de conocer y amar a René, se hubiera jurado fatal para Sir Stephen. Ya verá. Pero su amor por René y el amor de René por ella le habían quitado todas sus armas y, lejos de darle nuevas pruebas de su poder, le habían arrebatado las que tenía. Antes era indiferente y veleidosa, le divertía tentar con una palabra o con un ademán a los hombres que estaban enamorados de ella, pero sin concederles nada, entregándose por capricho, una vez, una sola,

para recompensarles y también para inflamar más aún y hacer más cruel una pasión que ella no compartía. Estaba segura de que la amaban. Uno trató de suicidarse; cuando volvió de la clínica, curado, ella fue a su casa, se desnudó delante de él y, prohibiéndole que la tocara, se tendió en su diván. Lívido de deseo y de sufrimiento, él la contempló durante dos horas en silencio, petrificado por la palabra dada. Ella no quiso volver a verlo. Y no es que tomara a la ligera el deseo que inspiraba. Lo comprendía o creía comprenderlo tanto mejor por cuanto que ella sentía un deseo análogo (así lo creía) por sus amigas o por mujeres desconocidas. Unas cedían y ella las llevaba a hoteles discretos, de pasillos estrechos y tabiques transparentes a todos los ruidos; otras la rechazaban con horror. Pero lo que ella creía ser deseo no era más que afán de conquista, y sus modales de chico malo, ni el hecho de que hubiera tenido varias amantes — si se les puede llamar amantes—, ni su dureza, ni su valentía le sirvieron de nada cuando conoció a René. En ocho días conoció el miedo, así como también la seguridad, la angustia y también la felicidad. René se lanzó sobre ella como un pirata sobre una cautiva y ella se dejó cautivar con deleite, sintiendo en las muñecas, en los tobillos, en todos sus miembros, en lo más íntimo de su corazón y de su cuerpo unos lazos más invisibles que los más finos cabellos, pero más fuertes que los cables con que los liliputienses ataran a Gulliver, que su amante ataba y desataba con una mirada. ¿Que no era libre? Ah, gracias a Dios, no lo era. Pero se sentía ligera, una diosa sobre las nubes, un pez en el agua, colmada de felicidad. Colmada porque aquellos finos cabellos, aquellos cables que René sostenía en la mano era el único sistema por el que circulaba su flujo vital. De manera que cuando René la soltaba —o ella imaginaba que la soltaba—, cuando parecía ausente o se alejaba con un aire que a O le parecía de indiferencia, o cuando pasaba varios días sin verla y sin contestar a sus cartas y ella creía que no quería volver a verla o que ya no la amaba, le parecía que se ahogaba. La hierba se tornaba negra, el día ya no era el día ni la noche la noche, sino máquinas infernales que hacían alternar la luz y la oscuridad para mortificarla. El agua clara le daba náuseas. Se sentía estatua de ceniza, acre, inútil y condenada como las estatuas de sal de Gomorra. Porque era culpable. Aquellos que aman a Dios y a los que Dios abandona en la oscuridad son culpables porque han sido abandonados. Buscan sus faltas en su memoria. Ella buscaba las suyas. No encontraba más que insignificantes complacencias, más de disposición que de obra, por los deseos que despertaba en los demás hombres a los que no prestaba atención sino en la medida en que la felicidad que le daba el amor de René, la certeza de pertenecer a René, la colmaba, y en el abandono en el que ella se entregaba a él, la hacía invulnerable, irresponsable y a todos sus actos, intrascendentes. Pero, ¿qué actos? Porque no se reprochaba sino pensamientos y tentaciones fugaces. Sin embargo, seguro que era culpable y que, sin querer, René la castigaba por una falta que no conocía (puesto que era interior) pero que Sir Stephen había descubierto al instante: la facilidad. O se alegraba de que René la hiciera azotar y la prostituyera porque su apasionada sumisión daba a su amante la prueba de su entrega, pero también porque el dolor y la vejación del látigo y el ultraje que le infligían los que la forzaban al placer cuando la poseían y gozaban sin tener en cuenta si ella gozaba o no, le parecían el medio de conseguir la redención de su falta.

Hubo abrazos que le parecieron inmundos, manos que fueron sobre sus senos un insulto insoportable, bocas que aspiraron sus labios y su lengua como flácidas e innobles sanguijuelas, y lenguas y miembros, bestias viscosas que al acariciarse en su boca cerrada, en el surco apretado con todas sus fuerzas de su vientre y de su dorso, la tensaban de rebeldía hasta que el látigo la reducía, pero a los que al fin se abría con un asco y un servilismo abominables. Pero, ¿y si, a pesar de todo, Sir Stephen tenía razón? ¿Y si su envilecimiento le fuera grato? Entonces, cuanto mayor fuera su baja-za, más misericordioso sería René al consentir en hacer de O el instrumento de su placer. Cuando era niña, leyó, en letras rojas sobre la pared blanca de una habitación en la que se alojó durante dos meses en el País de Gales, un texto bíblico de los que suelen inscribir los protestantes en sus casas: «Es terrible caer entre las manos del Dios vivo.» «No —se decía ella ahora—, no es verdad. Lo terrible es ser rechazado por las manos del Dios vivo.» Cada vez que René demoraba la hora de verla, como había hecho aquel día, y tardaba —porque ya habían pasado las seis, y las seis y media—, O se sentía acosada por la locura y la desesperación, y en vano. La locura para nada y la desesperación para nada. Nada era cierto. René llegaba, estaba a su lado, no había cambiado, la quería, pero le habían entretenido un consejo de administración o un trabajo suplementario y no había podido avisarla. O salía entonces bruscamente de su cámara asfixiante. Sin embargo, cada uno de aquellos accesos de terror dejaba en su interior un sordo presentimiento, un aviso de desgracia: porque también podía olvidar advertirla si lo que le retenía era una partida de golf o de bridge o tal vez otra cara, porque él quería a O, pero era libre porque estaba seguro de ella y podía sentirse ligero, ligero. ¿No llegaría un día de muerte y cenizas, en el que la locura resultaría realidad y la cámara de gas no volvería a abrirse? Ah, que dure el milagro, que no pierda la gracia, ¡René, no me dejes! O no veía, se negaba a ver cada día más allá del día siguiente o el otro, cada semana más allá de la semana siguiente. Y cada noche pasada con René era para siempre.

René llegó por fin a las siete, tan contento de volver a verla que la abrazó delante del electricista que estaba reparando un foco, de la modelo pelirroja que salía del vestuario y de Jacqueline, a la que nadie esperaba y que había entrado bruscamente pisándole los talones.

—Es encantador —dijo Jacqueline a O—. Pasaba por aquí y entré a buscar mis últimos clisés, pero ya veo que no es el momento. Me voy.

—Por favor, señorita —dijo René sin soltar a O, a la que abrazaba por la cintura—, no se vaya.

O hizo las presentaciones. La modelo pelirroja, ofendida, volvió a entrar en el vestuario y el electricista fingía estar ocupado. O miraba a Jacqueline y sentía que René seguía la dirección de su mirada. Jacqueline llevaba un conjunto de esquí de los que únicamente llevan las estrellas que no esquían. El jersey negro dibujaba sus senos pequeños y muy separados y el pantalón, sus piernas largas de doncella de las nieves. En ella todo sugería la nieve: el reflejo azulado de su chaqueta de foca gris era la nieve en la sombra y la

luz escarchada de sus cabellos y sus cejas, la nieve al sol. Llevaba los labios pintados de un rojo que tiraba a capuchina y, cuando levantó la mirada hacia O sonriendo, O se dijo que era imposible resistirse al deseo de beber en aquellas aguas verdes y movedizas bajo las cejas de escarcha y arrancarle el jersey para posar las manos sobre sus senos demasiado pequeños. Y es que, apenas había vuelto a ver a René cuando, con la seguridad que le daba su presencia, ya había recobrado el gusto por los demás, por sí misma y por el mundo. Salieron los tres juntos. En la rue Royale, la nieve que había estado cayendo a grandes copos durante dos horas, ya no volaba más que en pequeñas motas que les picoteaban la cara. La sal esparcida en la acera crujía bajo las suelas de sus zapatos y descomponía la nieve. O sintió cómo el hálito helado que despedía le subía por las piernas y penetraba en sus muslos desnudos.

O tenía una idea muy concreta de lo que buscaba en las muchachas. No era que tratara de rivalizar con los hombres ni compensar, con una conducta masculina, una inferioridad de sexo que ella no sentía en modo alguno. Ciertamente que, a los veinte años, cuando hacía la corte a las más bonitas de sus compañeras, se sorprendía a sí misma quitándose la boina para saludarla, haciéndose a un lado para dejarla pasar o dándole la mano para bajar del taxi. Tampoco podía sufrir no pagar cuando salían juntas a merendar. Le besaba la mano y, si se terciaba, también la boca, en la calle, si ello era posible. Pero eran modales que asumía más para dar escándalo que por convicción. Por el contrario, el deseo que sentía de aquellos suaves labios pintados que cedían bajo los suyos, del brillo de esmalte o de nácar de los ojos que se entornan en la penumbra de los divanes, a las cinco de la tarde, con las cortinas corridas y la lámpara de la chimenea encendida, de las voces que dicen: otra vez, por favor, otra vez... del persistente aroma marino que le quedaba en los dedos, aquel deseo era real y profundo. Y no menos viva era la satisfacción que le producía la caza. Probablemente, no por la caza en sí, por apasionante o divertida que fuera, sino por la perfecta libertad que le hacía sentir. Ella y ella sola era quien tomaba la iniciativa (cosa que nunca hacía con los hombres, a no ser veladamente). Suyas eran las palabras, ella daba las citas, ella era la primera en besar. Y, desde que tuvo amantes, no toleraba que la muchacha a la que acariciaba la acariciase a su vez. Tenía prisa por ver a su amiga desnuda, pero a ella le parecía inútil desnudarse. A veces, buscaba pretextos para evitarlo: decía que tenía frío o que estaba en un día malo. Además, pocas eran las mujeres en las que no encontraba alguna gracia. Recordaba que, recién salida del liceo, quiso seducir a una muchacha fea y antipática que siempre estaba de mal humor, sólo porque tenía una gran mata de pelo rubio matizado en luces y sombras que caía en mechadas mal cortadas sobre una piel apagada, aunque fina y mate. Pero la muchacha la echó y si un día el placer iluminó aquel rostro ingrato, O no lo vio. Porque a O le encantaba ver extenderse sobre los rostros ese hálito que los hace tan tersos y jóvenes, con una juventud intemporal que no los devuelve a la infancia, pero que hincha los labios, agranda los ojos como un maquillaje y pone destellos y transparencia en las pupilas. Había en aquel sentimiento más admiración que amor propio, pues no era su obra lo que la conmovía. En Roissy, sintió la misma turbación ante el rostro transfigurado de una muchacha poseída por un desconocido.

La desnudez, el abandono de los cuerpos la trastornaban y le parecía que sus amigas le hacían un regalo al que ella nunca podía corresponder, cada vez que consentían aunque no fuera más que a mostrarse desnudas en una habitación cerrada. Y es que la desnudez de las vacaciones, al sol, en la playa, la dejaba insensible, no porque fuera pública, sino porque, al ser pública e incompleta, en cierto modo, quedaba protegida. La belleza de las otras mujeres que, con una generosidad constante, ella se sentía inclinada a considerar superior a la suya, no obstante, la tranquilizaba sobre su propia belleza, en la que, al verse reflejada de modo inesperado en algún espejo, veía como una réplica de la de ellas. El poder que reconocía a sus amigas sobre ella era, al mismo tiempo, garantía del poder que ella ejercía sobre los hombres. Y le parecía natural que, lo que ella pedía a las mujeres (y casi nunca les concedía) se lo pidieran a ella los hombres con tanto ardor. De este modo, era cómplice de unas y de otros y ganaba en ambos tableros. Pero había partidas difíciles. Que O estaba enamorada de Jacqueline ni más ni menos que lo había estado de otras muchas, y admitiendo que la palabra enamorada fuera la adecuada (lo cual era mucho decir), era indudable. Pero, ¿por qué no lo demostraba?

Cuando brotaron los retoños en los álamos de los muelles y el día, más remiso en morir, permitió a los enamorados sentarse en los parques a la salida de los despachos, O se sintió por fin con valor suficiente para afrontar a Jacqueline. En invierno le parecía demasiado remota y triunfante bajo sus pieles, irisada, inaccesible. Y lo sabía. La primavera la reducía a los trajes de chaqueta, los tacones bajos y los jerseys. Por fin, con su melena corta y recta, se parecía a las colegialas insolentes de dieciséis años que O, colegiala también, agarraba por las muñecas y empujaba hacia cualquier vestuario vacío, contra los abrigos. Los abrigos se caían de las perchas y O se retorció de risa. Llevaban blusas de uniforme de algodón crudo, con las iniciales rojas bordadas en el pecho. Con tres años de intervalo y a tres kilómetros de distancia, en otro liceo, Jacqueline había llevado las mismas blusas. O se enteró por casualidad un día en que Jacqueline posó con ropa de casa y comentó suspirando que si en el liceo hubieran tenido delantales tan bonitos como aquéllos, hubiera sido más feliz. O también si hubieran llevado las de reglamento sin nada debajo.

— ¿Cómo sin nada? —preguntó O.

—Pues sin vestido, caramba —dijo Jacqueline.

Al oírlo, O enrojeció. No se acostumbraba a ir desnuda bajo el vestido. Se sentía tan desnuda como aquella italiana de Verona que fue a ofrecerse al jefe de los sitiadores para liberar a su ciudad: desnuda bajo un manto que no había más que entreabrir. Le parecía que era también para redimir algo, como la italiana, pero, ¿el qué? ¡Qué segura de sí estaba Jacqueline! Ella no tenía nada que redimir. No necesitaba tranquilizarse, le bastaba un espejo. O la miraba con humildad y pensaba que, para no quedar mal, no se le podían ofrecer más que magnolias, pues sus pétalos gruesos y mates viran lentamente al bistro cuando se marchitan; o camelias, pues, a veces, en sus pétalos de cera, un matiz rosado se mezcla a su blancura. A medida que se

alejaba el invierno, el leve bronceado que doraba el cutis de Jacqueline, se borraba como el recuerdo de la nieve. Muy pronto no iba a necesitar más que camelias. Pero O temía que se burlara de ella con estas flores de melodrama. Un día le llevó un gran ramo de jacintos azules, con un olor como el de las tuberosas, que marea: oleoso, violento, tenaz, precisamente el olor que deberían tener las camelias y no tienen. Jacqueline hundió entre las flores rígidas y frescas su nariz de mongol y sus labios desde hacía quince días pintados color de rosa en lugar de rojo.

— ¿Son para mí? —preguntó como hacen las mujeres a las que todo el mundo está siempre regalando cosas. Después dio las gracias y preguntó si René iría a recoger a O. Sí; iría, dijo O. Iría, se repitió y por él levantaría Jacqueline durante un segundo sus ojos semejantes a agua fría que no miraban de frente. A ella no haría falta enseñarle nada: ni a callar, ni a dejar las manos abiertas y los brazos caídos a lo largo del cuerpo, ni a echar hacia atrás la cabeza. O se moría de ganas de agarrarla por la nuca, de tirar de aquellos cabellos tan claros y reseguir, por lo menos con el dedo la línea de sus cejas. Pero René lo deseaba también. Ella sabía bien por qué había perdido su intrepidez, por qué deseaba a Jacqueline desde hacía dos meses sin haberse permitido confesarlo ni con un gesto y por qué trataba de explicar su reserva con fútiles pretextos. No era porque Jacqueline fuera intangible. El obstáculo no estaba en Jacqueline, estaba en el mismo corazón de O y nunca había experimentado algo parecido. Y es que René la dejaba libre y ella detestaba su libertad. Su libertad era peor que cualquier cadena. Sin necesidad de decir una sola palabra, en más de diez ocasiones hubiera podido coger a Jacqueline por los hombros y clavarla a la pared, como se clava a una mariposa con un alfiler. Jacqueline no se hubiera movido, seguramente ni hubiera sonreído. Pero O ahora era como esas fieras salvajes que, cautivas, sirven de señuelo al cazador o que cazan por él y no atacan más que por orden suya. Y era ella la que, a veces, pálida y temblorosa, se apoyaba en la pared, clavada por su obstinado silencio y feliz de callar. Esperaba más que un permiso, pues el permiso lo tenía ya. Esperaba una orden. Y la orden no le vino de René, sino de Sir Stephen.

A medida que pasaban los meses, desde que René la había entregado a Sir

Stephen, O iba dándose cuenta con espanto de la creciente importancia que adquiriría éste a los ojos de su amante. Aunque, por otra parte, pensaba que podía estar equivocada al imaginar una progresión en unos sentimientos cuando la progresión no estaba sino en la revelación de tales sentimientos. Lo cierto es que, últimamente, René sólo pasaba con ella las noches que seguían a las veladas en las que Sir Stephen la mandaba a buscar (Sir Stephen no la retenía hasta la mañana más que cuando René estaba fuera de París). O había observado también que cuando él se quedaba en una de aquellas veladas, no la tocaba más que para ofrecerla mejor a Sir Stephen sujetarla si ella se debatía. Aunque rara vez se quedaba y, cuando lo hacía, era por expresa invitación de Sir Stephen. Entonces permanecía vestido, como la primera vez, silencioso, fumando un cigarrillo tras otro, echando leña al fuego y sirviendo de beber a Sir Stephen, pero él no bebía. O sentía que la vigilaba como el domador

vigila al animal que ha domado, para ver si le hacía quedar bien por su perfecta obediencia o, mejor, como un guardia de corps ante un príncipe o un gángster ante el jefe de la banda vigilaría a la prostituta que le ha traído de la calle. La prueba de que con ello cedía a una vocación de sirviente o de acólito es que escrutaba más el rostro de Sir Stephen que el de ella. Ante sus ojos O se sentía despojada hasta de la voluptuosidad en la que se bañaban sus rasgos: y él rendía por ella homenaje de admiración y hasta de gratitud a Sir Stephen que la había hecho nacer, feliz de que consintiera en gozar de algo que él le había dado. Desde luego, todo hubiera sido más fácil si a Sir Stephen le hubieran gustado los hombres y O estaba segura de que René, a quien tampoco le gustaban, hubiera accedido apasionadamente a cualquier exigencia de Sir Stephen. Pero a Sir Stephen no le gustaban más que las mujeres. Ella comprendía que, bajo las especies de su cuerpo, ellos dos alcanzaban algo más misterioso y, tal vez, más intenso que una relación amorosa, una unión cuya concepción le era penosa, pero cuya realidad y cuya fuerza no podía negar. Sin embargo, ¿por qué aquella partición era, en cierto modo, abstracta? En Roissy, O había pertenecido en el mismo instante y en el mismo lugar a René y a otros hombres. ¿Por qué en presencia de Sir Stephen René se abstenía no sólo de tomarla, sino incluso de darle órdenes? (Nunca hacía más que transmitir las de Sir Stephen.) Ella se lo preguntó, aunque de antemano conocía la respuesta:

—Por respeto —dijo René.

—Pero yo soy tuya —protestó O.

—Tú eres de Sir Stephen *ante todo*.

Y era cierto, por lo menos en el sentido de que la preferencia que daba René a su amigo para disponer de ella era total y los menores deseos de Sir Stephen eran antepuestos a las decisiones de René o a sus propias peticiones. Si René decidía que irían los dos a cenar y al teatro y Sir Stephen lo llamaba una hora antes para reclamar a O, René iba a buscarla al estudio según lo convenido, aunque para acompañarla hasta la puerta de Sir Stephen y dejarla allí. Una vez, una sola vez, O pidió a René que rogara a Sir Stephen que cambiara de día, pues ella deseaba acompañarlo a una fiesta a la que habían de ir los dos juntos. René se negó.

—Pobrecita, ¿todavía no has comprendido que no eres dueña de ti misma y que ya no soy yo quien dispone de ti?

No sólo se negó, sino que informó a Sir Stephen de la petición de O y, delante de ella, le rogó que la castigara con tal crueldad que ella no se atreviera siquiera a imaginar que podía rehuir sus órdenes.

—Desde luego —respondió Sir Stephen.

Estaban en la pequeña habitación ovalada con suelo de marquetería cuyo único mueble era una mesa negra con incrustaciones de nácar y que

comunicaba con el salón amarillo y gris. René no se quedó más que los tres minutos necesarios para traicionar a O y escuchar la respuesta de Sir Stephen. Luego, saludó a éste con la mano, sonrió a O y se fue. Por la ventana, ella lo vio cruzar el patio. Él no se volvió. Se oyó el chasquido de la portezuela del coche, y el zumbido del motor. En un espejito empotrado en la pared, O veía su propia imagen: estaba blanca de desesperación y de miedo. Cuando pasó junto a Sir Stephen que, después de abrir la puerta del salón, se hizo a un lado, ella lo miró maquinalmente: estaba tan pálido como ella. Súbitamente, como en un relámpago, tuvo la certeza, que se disipó inmediatamente, de que él la amaba. Aunque no lo creía y se burlaba de sí misma por haberlo pensado, sintió cierto consuelo y se desnudó dócilmente a un ademán de él. Entonces, por primera vez desde que la mandaba a buscar dos o tres veces por semana y se servía de ella con lentitud, haciéndola esperar desnuda hasta una hora antes de acercarse a ella, oyendo sus súplicas sin responderle jamás, porque a veces ella le suplicaba y repetía los mismos ruegos en los mismos momentos, como en un ritual, de manera que ella sabía cuándo su boca tenía que acariciarle y cuándo, arrodillada y con la cara hundida en la seda del sofá, no tenía que ofrecerle más que el dorso en el que él penetraba ya sin lastimarla, por lo mucho que se había abierto a él, por primera vez y a pesar del miedo que la descomponía —o tal vez a causa de aquel miedo, a pesar de la desesperación en la que la había sumido la traición de René, o tal vez también a causa de esta desesperación—, por primera vez, se abandonó a él por completo. Y por primera vez, tan dulces era sus ojos y tan sumisos cuando se cruzaron con los claros y ardientes de Sir Stephen, éste, bruscamente, se puso a hablarle en francés.

—O voy a amordazarte porque quisiera azotarte hasta hacerte sangrar —le dijo—. ¿Me lo permites?

—Soy suya.

Estaba de pie en el centro del salón y sus brazos levantados y juntos, sujetos por los brazaletes de Roissy a una cadena que colgaba de una anilla del techo en el lugar que antes ocupaba una lámpara, hacían salir sus senos. Sir Stephen los acarició, los besó, después le besó la boca, una vez, diez. (Nunca la había besado.) Y cuando le puso la mordaza que le llenó la boca de sabor a tela mojada y le empujó la lengua hacia la garganta y que sus dientes casi no podían morder, él la cogió suavemente por el pelo. Ella se balanceó sobre sus pies descalzos, suspendida de la cadena.

—Perdóname, O —murmuró.

Nunca le había pedido perdón. Luego, la soltó y empezó a azotarla.

Cuando, después de medianoche, René llegó a casa de O, después de haber asistido sólo a la fiesta a la que tenían que haber ido juntos, la encontró acostada, tiritando con su camisón de nilón blanco. Sir Stephen la acompañó y la acostó él mismo y volvió a besarla. Ella se lo dijo. Le dijo también que no deseaba volver a desobedecer a Sir Stephen,

comprendiendo que René sacaría de ello la conclusión de que le era necesario, y grato, ser azotada, lo al era verdad (pero no era la única razón). Lo que ella comprendía también era que René necesitaba que ella fuera azotada. A él le horrorizaba golpearla, hasta el extremo de que nunca pudo decidirse a hacerlo; pero le gustaba verla debatirse y oírle gritar. Sir Stephen había utilizado una vez la fusta delante de él. René dobló a O sobre la mesa y la mantuvo inmóvil. La falda le resbaló y él volvió a subírsela. Y tal vez necesitaba más aún pensar que mientras no estaba con ella, mientras él paseaba o trabajaba, O se retorció, gemía y lloraba bajo el látigo, pidiendo clemencia sin obtenerla, y sabía que aquel dolor y aquella humillación le eran infligidos por voluntad del amante al que ella amaba y para su satisfacción. En Roissy, él la hacía azotar por los criados. En Sir Stephen, encontró al amo severo que él no sabía ser. El que el hombre al que más admiraba en el mundo se complaciera en ella y se tomara la molestia de ponérsela dócil, acrecentaba la pasión que René sentía por ella y así lo comprendía O. Todas las bocas que habían mordido su boca, todas las manos que le habían asido los senos y el vientre, todos los miembros que habían penetrado en ella y que habían demostrado que estaba prostituida, al mismo tiempo, en cierto modo, también la habían consagrado. Pero, a los ojos de René, esto no era nada comparado con la prueba que aportaba Sir Stephen. Cada vez que ella salía de sus brazos, René buscaba en ella la marca de un dios. O sabía que si, hacía unas horas, la había delatado, fue para provocar un nuevo y más cruel castigo que la dejara señalada. Ella sabía también que si bien las razones que pudieran existir para provocarlo podían desaparecer, Sir Stephen no se volvería atrás. Tanto peor. (Tanto mejor, pensaba ella.) René, conmovido, miró largamente su cuerpo esbelto con gruesas marcas violáceas, como cuerdas, cruzándole los hombros, la espalda, las nalgas, el vientre y los senos, moteadas de alguna que otra gota de sangre.

— ¡Ah, cómo te quiero! —murmuró.

Se desnudó con las manos temblorosas, apagó la luz y se tendió al lado de O. Ella estuvo gimiendo en la oscuridad mientras él la poseía.

Las señales del cuerpo de O tardaron más de un mes en borrarse. Y, allí donde la piel se había desgarrado, le quedó una línea más clara, como una vieja cicatriz. Pero, aunque hubiera podido olvidarlo, la actitud de René y Sir Stephen se lo hubiera recordado. René tenía una llave de su apartamento, desde luego. No se le había ocurrido darle otra a Sir Stephen, probablemente porque, hasta entonces, éste nunca expresó el deseo de ir a casa de O. Pero el que aquella noche la hubiera acompañado personalmente, hizo comprender a René que, tal vez, aquella puerta que únicamente podía abrir O y él podía ser considerada por Sir Stephen como un obstáculo, una barrera o una limitación impuesta por René y que era ridículo darle a O si no le daba también la libertad de entrar en su casa en cualquier momento. En resumidas cuentas, mandó hacer una llave, se la entregó a Sir Stephen y no dijo nada a O hasta que éste la hubo aceptado. A ella ni se le ocurrió protestar y pronto advirtió que, en aquella espera en que vivía, hallaba una

incomprensible serenidad. Esperó mucho tiempo, preguntándose si la sorprendería en plena noche, si aprovecharía alguna ausencia de René, si iría solo y hasta si iría. No se atrevía a hablar de ello con René. Una mañana en que por casualidad la asistenta no estaba y ella se había levantado más temprano que de costumbre y a las diez, ya vestida, se disponía a salir, oyó girar una llave en la cerradura.

—René —gritó, corriendo hacia la puerta. Porque algunas veces René se presentaba así y ella creyó que tenía que ser él. Pero era Sir Stephen, quien le dijo sonriendo:

—Bien, llamemos a René.

Pero René tenía una cita de negocios y no podría estar allí antes de una hora. O, con el corazón saltándole en el pecho (y ella se preguntaba por qué), vio cómo Sir Stephen colgaba el aparato. Él la hizo sentarse en la cama, le tomó la cabeza entre las manos, le entreabrió la boca y la besó. Ella se ahogaba de tal modo que hubiera caído al suelo si él no la hubiese sostenido. Pero la sostuvo, y la enderezó. O no comprendía por qué sentía aquella angustia en la garganta; porque, ¿qué podía temer de Sir Stephen que no hubiera sufrido ya? Él le pidió que se desnudara y la miró en silencio mientras lo obedecía. ¿Acaso no estaba acostumbrada a permanecer desnuda ante su mirada, a su silencio y a esperar sus decisiones? Tuvo que reconocer que si la trastornaban el lugar y la hora y el que en aquella habitación nunca se hubiera desnudado más que para René, el motivo de su trastorno seguía siendo el mismo: la desposesión de sí misma en que se hallaba. La única diferencia estaba en que tal desposesión le era más evidente porque no se manifestaba en un lugar al que, en cierto modo, ella se trasladara para sufrirla, ni durante la noche, lo que le daba carácter de sueño o de clandestinidad en relación con las horas del día, como su estancia en Roissy en relación con su vida con René. La luz de la mañana de mayo hacía público lo clandestino: a partir de ahora, la realidad de la noche y la realidad del día serían la misma. A partir de ahora: por fin, pensaba O. De ahí nacía, sin duda, la extraña sensación de seguridad mezclada de espanto a la que sentía que se abandonaba y que había sentido sin comprender. A partir de ahora, no habría hiato, tiempo muerto, remisión. Aquél al que se espera, porque se le espera, ya está presente, ya se muestra dueño y señor. Sir Stephen era un dueño más exigente, pero también más seguro que René. Y por muy apasionadamente que O amara a René y él a ella, existía entre los dos cierta igualdad (aunque no fuera más que la de la edad) que anulaba en ella el sentimiento de obediencia, la sensación de sumisión. Lo que él le pedía, ella lo deseaba inmediatamente sólo porque él se lo pedía. Pero parecía que, en relación con Sir Stephen, él le había contagiado su propia admiración, su propio respeto. Ella obedecía las órdenes de Sir Stephen porque eran órdenes, agradecida de que se las diera. Tanto si él le hablaba en inglés como en francés y la tuteaba o no, ella no lo llamaba más que Sir Stephen, como una desconocida o una criada. Se decía que la palabra más apropiada sería la de «Señor» si se hubiera atrevido a pronunciarla, como la más apropiada para ella era la de «esclava». Se decía también que todo estaba bien, puesto que René se sentía feliz de amar en ella a la esclava de Sir Stephen. De modo que,

después de dejar sus ropas al pie de la cama y ponerse nuevamente sus chinelas de tacón alto, se quedó esperando, con la vista baja, delante de Sir Stephen, que estaba apoyado en la ventana. El sol de la mañana atravesaba los visillos de muselina moteada. Ella lo sentía tibio en la cadera. O no buscaba una pose, sino que estaba pensando muy aprisa y se decía que hubiera tenido que perfumarse más y que no se había maquillado la punta de los senos y que era una suerte que tuviera las chinelas puestas, porque el esmalte de las uñas empezaba a saltarse. De pronto, se dio cuenta que lo que estaba esperando en aquel silencio y con aquella luz, sin confesárselo, era que Sir Stephen le ordenara ponerse de rodillas ante él, le desabrochara y le acariciara. Al pensarlo, se puso colorada y se llamó ridícula por enrojecer de aquel modo. ¡Tanto pudor en una prostituta! En aquel momento, Sir Stephen le dijo que se sentara delante del tocador y lo escuchase. El tocador no era tal tocador, sino una mesita baja sobre la que estaban dispuestos frascos y cepillos y, a su lado, un gran espejo Restauración en el que O podía verse entera, sentada en un sillón bajo. Sir Stephen, mientras hablaba, iba y venía detrás de ella. Su imagen cruzaba el espejo de vez en cuando, detrás de él. Pero era un reflejo lejano, porque el espejo tenía un azogue verdoso y un poco turbio. O, con las manos abiertas y las rodillas separadas, hubiera deseado aprisionar aquella imagen y detenerla, para poder responder más fácilmente. Y es que Sir Stephen, en un inglés preciso, le hacía preguntas y más preguntas, las que menos esperaba O. Pero, apenas empezó a hablar, se interrumpió para obligarla a tenderse en el sillón, con la pierna izquierda descansando en el brazo del sillón y la otra doblada hacia atrás. O, a plena luz se ofreció entonces en el espejo, a su mirada y a la de Sir Stephen abierta como si un amante invisible acabara de retirarse de ella. Sir Stephen reanudó su interrogatorio, con una firmeza de juez y una habilidad de confesor. O no le veía hablar, pero se veía responder. Después de su regreso de Roissy, ¿se había entregado a algún otro hombre además de René y él? No. ¿Había deseado entregarse a otros que hubiera conocido? No. ¿Se acariciaba por la noche cuando estaba sola? No. ¿Tenía amigas por las que se dejaba acariciar o a las que ella acariciaba? No (el tono era más vacilante). ¿Y amigas a las que deseaba? Pues Jacqueline, pero, amiga, era mucho decir. Camarada sería más adecuado, o compañera. Sir Stephen le preguntó entonces si tenía fotos de Jacqueline y la ayudó a levantarse, para ir a buscarlas. Y en el salón los encontró René, que entraba sin aliento, después de subir cuatro pisos corriendo: O, de pie delante de la mesa grande sobre la que brillaban, en blanco y negro, como charcos en la noche, las fotos de Jacqueline. Sir Stephen, sentado a medias en la mesa, iba tomándolas una a una, a medida que O se las pasaba, y volvía a dejarla. Con la otra mano, sujetaba a O por el vientre. Desde aquel momento, Sir Stephen, que había saludado a René sin soltarla —incluso sintió que hundía su mano más profundamente— no volvió a dirigirle la palabra y sólo habló con René. El motivo le pareció evidente: Estando René presente, el acuerdo entre Sir Stephen y él se establecía a propósito de ella, pero independientemente de ella; ella no era su ocasión ni su objeto, no había necesidad de seguir preguntándole ni de que ella respondiera, lo que ella tenía que hacer y hasta lo que tenía que ser se decidía sin consultarle. Eran casi las doce. El sol que daba de lleno en la mesa rizaba el borde de las fotos. O deseaba apartarlas y alisarlas

para que no se estropearan. Pero estaba insegura de sus movimientos y a punto de gemir, de lo que le quemaba la mano de Sir Stephen. No consiguió moverlas, gimió efectivamente y se encontró tendida de espaldas encima de la mesa, entre las fotos, con las piernas colgando donde la había lanzado Sir Stephen al apartarse bruscamente de ella. Los pies no le llegaban al suelo y una de sus chinelas resbaló y cayó sin ruido en la alfombra blanca. El sol le daba en la cara. Cerró los ojos.

Mucho después se acordaría de que, allí tendida, asistió al diálogo que mantuvieron Sir Stephen y René como si no la afectara y, al mismo tiempo, como si se tratara de un hecho ya vivido. Y, verdaderamente, ella había vivido ya una escena análoga, ya que la primera vez que René la llevó a casa de Sir Stephen hablaron de ella de la misma forma. Pero, aquella vez, Sir Stephen era un desconocido y, de los dos, René fue el que más habló. Desde entonces, Sir Stephen la había sometido a todas sus fantasías, la había moldeado a su antojo, había exigido y obtenido de ella las más denigrantes vejaciones. Ella no podía darle ya nada que él no poseyera ya. Por lo menos, así lo creía ella. Él, que solía guardar silencio delante de ella, era el que hablaba y sus palabras, así como las respuestas de René, indicaban que había reanudado una conversación mantenida con frecuencia y cuyo tema era ella. Se trataba de cómo sacar de ella el mejor partido y comunicarse lo que cada cual había descubierto en ella. Sir Stephen afirmó que O resultaba infinitamente conmovedora con el cuerpo marcado, cualesquiera que fuesen las marcas, porque, si más no, éstas impedían que disimulara e indicaban que con ella todo estaba permitido. Porque una cosa era saberlo y, otra, ver la prueba palpable. Tenía razón René, dijo Sir Stephen, al desear que fuera azotada. Decidieron que en lo sucesivo lo sería, no ya por el placer que pudieran producir sus gritos y sus lágrimas, sino para que tuviera siempre alguna señal. O los escuchaba, tendida todavía encima de la mesa y ardiendo, inmóvil. Le parecía que, por una extraña sustitución, Sir Stephen hablaba por ella y en su lugar, como si él hubiera estado en su propio cuerpo y sentido la inquietud, la angustia, la vergüenza y también el secreto orgullo y el placer desgarrador que ella sentía, especialmente cuando estaba sola entre la gente, en la calle, en un autobús o en el estudio entre los electricistas y las maniqués, cuando se decía que si a cualquiera de aquellas personas le ocurría un accidente y había que tenderla en el suelo o llamar a un médico, aunque estuviera desmayada y desnuda, seguiría guardando su secreto; pero ella no. Porque su secreto no dependía sólo de su silencio, no dependía de ella sola. Aunque lo deseara, ella no podía permitirse el menor capricho, y a esto se refería una de las preguntas de Sir Stephen sin delatarse inmediatamente, no podía permitirse las cosas más inocentes, como jugar al tenis o nadar. Le resultaba grato que ello le estuviera vedado materialmente, como las rejas del convento impiden materialmente a las enclaustradas ser dueñas de sí mismas y escapar. Por esta misma causa, ¿cómo exponerse a que Jacqueline la rechazara al tener que explicarle, si no toda la verdad, por lo menos, parte de la verdad?

El rayo de sol se había desplazado de su rostro. Tenía los hombros pegados a las fotos sobre las que estaba tumbada. Sintió en la rodilla la

tela áspera de la chaqueta de Sir Stephen que se había acercado a ella. René y él la tomaron por una mano cada uno y la pusieron de pie. René recogió la chinela. Había que vestirse. Durante el almuerzo, en Saint-Cloud, a orillas del Sena, cuando se quedaron solos, Sir Stephen volvió a interrogarla. Al pie de un seto de alheñas que delimitaba la explanada umbría en la que se agrupaban las mesas del restaurante cubiertas con manteles blancos, había un arriate de peonías granate recién abiertas. O tardó mucho rato en calentar, con sus muslos desnudos, la silla de hierro en la que se había sentado, obediente, levantando la falda, antes de que Sir Stephen se lo ordenara. Se oía el rumor del agua contra las barcas amarradas a una plataforma de planchas, al extremo de la explanada. Sir Stephen estaba frente a O, que hablaba despacio, decidida a no decir una sola palabra que no fuera cierta. Lo que Sir Stephen quería saber era por qué le gustaba Jacqueline. ¡Ah, no era difícil! Era demasiado hermosa para O, como esas muñecas, tan grandes como ellos, que se da a los niños pobres y que ellos nunca se atreven a tocar. Al mismo tiempo, ella sabía muy bien que si no le hablaba, si no se acercaba a ella era porque, en realidad, no lo deseaba. Entonces, levantó la mirada, la posó en las peonías y advirtió que Sir Stephen le miraba atentamente los labios. ¿La escuchaba o sólo estaba atento al sonido de su voz y al movimiento de sus labios? Ella calló bruscamente y la mirada de Sir Stephen se cruzó con la suya. Lo que leyó en ella estaba ahora tan claro y fue también tan claro para él que ella había sabido interpretarlo, que ella palideció a su vez. Si la quería, ¿le perdonaría que lo hubiera advertido? Ella no podía desviar la mirada, ni sonreír, ni hablar. Si la quería, ¿habría cambiado algo? Aunque la hubieran amenazado de muerte, ella no hubiera podido hacer ni un movimiento y, de haber querido escapar, sus piernas no la hubieran sostenido. Sin duda, él nunca querría de ella nada más que la sumisión a su deseo, mientras le durase el deseo. Pero, ¿bastaba el deseo para explicar que, desde el día en que René se la entregó, la reclamara con más frecuencia cada vez y la retuviera por más tiempo y, en ocasiones, por su sola presencia, sin pedirle nada? Él estaba mudo e inmóvil como ella; en la mesa contigua, unos hombres de negocios hablaban y bebían un café tan negro y fuerte que el aroma llegaba hasta ellos dos; dos norteamericanas, cuidadas y despectivas, encendían cigarrillos entre plato y plato; la grava crujía bajo las pisadas de los camareros. Uno de ellos se adelantó para llenar la copa de Sir Stephen, vacía en sus tres cuartas partes. Pero, ¿por qué servir de beber a una estatua, a un sonámbulo? El hombre no insistió. O advirtió con deleite que si la mirada gris y ardiente se apartaba de sus ojos era para posarse en sus manos, en sus senos y volver a sus ojos. Al, fin, vio nacer la sombra de una sonrisa a la que se atrevió a responder. Pero decir una sola palabra, imposible. Si apenas respiraba.

—O... —dijo Sir Stephen.

—Sí... —respondió O débilmente.

—O, lo que tengo que decirle lo he decidido ya con René. Pero quisiera...
—Se interrumpió. O nunca supo si fue porque ella había cerrado los ojos de la emoción o porque también a él le faltaba el aliento. Él esperó a que el

camarero retirase los platos y diese a O la carta para que ella eligiera el postre. O se la entregó a Sir Stephen. ¿Un suflé? Sí, un suflé. Son veinte minutos. Bien, veinte minutos. El camarero se fue—. Necesitaré más de veinte minutos —dijo Sir Stephen.

Y siguió hablando con voz neutra. Lo que le dijo pronto convenció a O de que, por lo menos, una cosa era segura: que, aunque la quisiera, nada cambiaría, a no ser que ella contara como cambio aquel extraño respeto con el que ahora le decía: «Me harías muy feliz si consintieras...», en lugar de rogarle simplemente que accediera a sus peticiones. Así se lo dijo y él así lo reconoció.

—De todos modos, contéstame —le dijo.

—Haré lo que usted quiera —respondió O. Y el eco de sus palabras la hizo estremecerse. «Haré lo que tú quieras», decía a René—. René... —murmuró entonces.

Sir Stephen la oyó.

—René sabe ya lo que quiero de ti. Escucha...

Le hablaba en inglés, pero con una voz baja y sorda que no podía oírse desde las mesas vecinas. Cuando los camareros se acercaban, él se interrumpía a media frase para continuarla cuando se alejaban. Lo que decía parecía insólito en aquel lugar público y apacible y, sin embargo, lo más insólito era que él pudiera decirlo y O escucharlo con tanta naturalidad. Ante todo, él le recordó que la primera noche en que ella estuvo en su casa él le dio una orden que ella no obedeció y le hizo observar que, aunque entonces la abofeteó, nunca le había repetido la orden. ¿Le concedería en lo sucesivo lo que entonces le negó? O comprendió que no sólo tenía que acceder, sino que era preciso afirmar explícitamente que ella estaba dispuesta a acariciarse cada vez que él se lo pidiera. Así se lo dijo y pensó en el salón amarillo y gris, la marcha de René, su rebelión de la primera noche, el fuego que brillaba entre sus rodillas separadas mientras ella yacía desnuda sobre la alfombra. Aquella noche, en aquel mismo salón... Pero no; Sir Stephen no concretaba. Seguía hablando. Le hizo observar también que René nunca la había poseído en su presencia (ni ningún otro hombre) como la había poseído él (y, en Roissy, otros muchos) en presencia de René. No debía deducir de ello que sólo René le infligiría la humillación de obligarla a entregarse a un hombre que no la amaba —y tal vez de gozar con ello— delante de un hombre que la amaba. (Insistía en ello con tanta brutalidad: muy pronto, ella abriría su vientre, su dorso y su boca a aquellos de sus amigos que la solicitaran, que O se preguntó si aquella brutalidad no estaría dirigida contra sí mismo tanto como contra ella y no retuvo más que el final de la frase: un hombre que la amaba. ¿Qué más confesión quería?) Además, él mismo la llevaría a Roissy durante el verano. ¿Nunca se había extrañado del aislamiento en que la mantenían, primero René y luego él? Los veía siempre solos, ya fuera juntos o por separado. Cuando Sir Stephen daba una fiesta en su casa, no la invitaba. Nunca almorzó ni cenó en su casa de la calle Poitiers. Y René tampoco le había presentado a sus

amigos, aparte Sir Stephen. Seguramente seguiría manteniéndola apartada, pues Sir Stephen detentaba ahora el privilegio de disponer de ella. Pero que no creyera que por ser de él iba a dejar de ser propiedad privada; todo lo contrario. (Lo que más trastornaba a O era pensar que Sir Stephen iba a ser para ella lo mismo que era René, exactamente.) La sortija de hierro que llevaba en la mano izquierda — ¿y no se acordaba de que se la habían elegido tan ajustada que tuvo que hacer un esfuerzo para ponérsela y no podía quitársela?— era la señal de que era esclava, pero esclava común. La casualidad quiso que desde el otoño no hubiera conocido a afiliados a Roissy que reparasen en sus hierros o que se dieran por enterados. La palabra hierros utilizada en plural, en la que había creído ver un doble sentido cuando Sir Stephen le dijo que le sentaban bien los hierros, no era un equívoco, sino una fórmula de reconocimiento. Sir Stephen no tenía necesidad de utilizar la segunda fórmula, a saber: de quién eran los hierros que ella llevaba. Pero si hoy le hicieran a O la pregunta, ¿qué respondería? O titubeó:

—De René y de usted —dijo.

—No —rectificó Sir Stephen—. Míos ante todo. René desea que, en primer lugar, dependas de mí.

O lo sabía. ¿Por qué disimulaba? Dentro de algún tiempo y, desde luego, antes de que volviera a Roissy, tendría que aceptar una marca definitiva que, aunque no la dispensaría de ser esclava común, la designaría como esclava particular, de él, y comparadas con ella, las huellas que dejaban en su cuerpo el látigo y la fusta parecerían discretas y triviales. (Pero, ¿qué marca? ¿En qué consistiría? ¿Qué la haría definitiva? O, aterrada, fascinada, se moría de ganas de saber, saber en seguida. Pero, evidentemente, Sir Stephen no iba a decírselo todavía. Y era cierto que tendría que aceptar, consentir en el verdadero sentido de la palabra, pues nada le sería infligido por la fuerza, ella tenía que consentir en todo. Podía negarse. En su esclavitud no la retenía nada más que su amor y su propia esclavitud. ¿Quién le impedía marcharse?) De todos modos, antes de que le fuera impuesta la marca, incluso antes de que Sir Stephen adquiriera el hábito de azotarla, según lo convenido con René, de manera que las marcas estuvieran siempre visibles en su cuerpo, le darían un respiro: el tiempo necesario para conseguir que Jacqueline cediera a sus deseos. A esto, estupefacta, O levantó la cabeza y miró a Sir Stephen. ¿Por qué? ¿Por qué Jacqueline? Y, si Jacqueline interesaba a Sir Stephen, ¿por qué era en relación con O?

—Existen dos motivos —dijo Sir Stephen—. El primero, y el menos importante, es que quiero verte abrazar y acariciar a una mujer.

—Pero, aun admitiendo que me acepte, ¿cómo voy a conseguir que se avenga a que usted esté presente? —exclamó O.

—Eso poco importa —dijo Sir Stephen—. Recurriendo a una trampa, si es necesario. Y espero que obtengas mucho más, porque el segundo motivo por el que deseo que la hagas tuya es que tendrás que llevarla a Roissy.

O dejó la taza de café temblando de tal modo, que tiró sobre el mantel el resto del café con el poso y el azúcar. Como una adivina, veía en la oscura mancha que iba agrandándose imágenes insoportables: los ojos helados de Jacqueline ante Pierre, el criado, sus caderas, sin duda tan doradas como sus senos y que O no había visto, expuestas entre el terciopelo rojo de su vestido, lágrimas en la pelusa de sus mejillas, y su boca pintada abierta y gritando y su flequillo recto como paja segada sobre su frente. No; era imposible. Jacqueline no.

—No puede ser —dijo.

—Sí —replicó Sir Stephen—. ¿Cómo crees que se recluta a las muchachas para Roissy? Una vez la hayas llevado allí, no tendrás que volver a preocuparte. Además, si ella quiere, podrá marcharse. Vamos.

Se levantó bruscamente, dejando sobre la mesa el dinero de la cuenta. O le siguió hasta el coche, subió y se sentó. Apenas entraron en el Bosque, él dio una vuelta para estacionarse en una pequeña avenida lateral y la tomó entre sus brazos.

III – Anne-Marie y las Anillas



O, para darse a sí misma una excusa, creía o quería creer que Jacqueline se mostraría arisca. Pronto pudo desengañarse. Los aires pudorosos que afec-

taba Jacqueline, cerrando la puerta del vestidor cada vez que se cambiaba, tenían precisamente la finalidad de azuzar a O, de fomentar en ella el deseo de forzar una puerta que, abierta de par en par, no se decidía a cruzar. Que la decisión de O viniera de una autoridad exterior a ella y no fuera resultado de esta estrategia elemental era algo que Jacqueline estaba a mil leguas de imaginar. Al principio, aquello divertía a O. Sentía un sorprendente placer, mientras ayudaba a Jacqueline a arreglarse el pelo, por ejemplo, cuando Jacqueline se quitaba el traje con el que había posado y se ponía el jersey de cuello alto y el collar de turquesas parecidas a sus ojos, al pensar que aquella misma noche Sir Stephen conocería cada gesto de Jacqueline, si había permitido que O asiera sus senos pequeños y separados a través del jersey negro, si sus pestañas más claras que su piel se habían bajado sobre sus mejillas, si había gemido. Cuando O la besaba se ponía flácida, permanecía inmóvil entre sus brazos, se dejaba entreabrir la boca y tirar del pelo hacia atrás. O tenía que procurar apoyarla siempre en el marco de una puerta o contra una mesa y sujetarla por los hombros, pues, de otro modo, hubiera caído al suelo, con los ojos cerrados, sin proferir ni una queja. En cuanto O la soltaba, se volvía otra vez de escarcha y de hielo, risueña y distante y decía:

—Me has manchado de rojo —y se limpiaba los labios.

Ésta era la desconocida a la que O gustaba de traicionar, atisbando atentamente —para no olvidar nada, decirlo todo— el lento rubor de sus mejillas y aspirando el olor a salvia de su sudor. No se puede decir que Jacqueline desconfiara ni se defendiera. Cuando cedía a los besos de O —y todavía no le había concedido sino besos que se dejaba robar, pero que no devolvía—, se convertía bruscamente en otra persona, por espacio de diez segundos o cinco minutos. Durante el resto del tiempo, se mostraba a un tiempo provocativa y huidiza, con una increíble habilidad para la finta, arreglándose siempre impecablemente para no dar pie a un solo gesto, ni a una palabra, ni siquiera a una mirada que permitiera asociar a esta triunfadora con la derrotada ni suponer que era tan fácil forzarle la boca. El único indicio por el que podía uno guiarse y tal vez adivinar la turbación bajo el agua clara de su mirada, era la sombra involuntaria de una sonrisa que, en su cara triangular, se parecía a una sonrisa de gato, indecisa, fugaz e inquietante. De todos modos, O no tardó en descubrir que había dos cosas que hacían nacer aquella sonrisa sin que Jacqueline lo advirtiera. Una, los regalos, y la otra, la evidencia del deseo que inspiraba, con la condición, eso sí, de que este deseo procediera de alguien que pudiera serle útil o halagar su vanidad. ¿En qué podía O serle útil? ¿No sería que, excepcionalmente, a Jacqueline le complacía que ella la deseara tanto porque la admiración de O la satisfacía como porque el deseo de una mujer no encierra peligro ni trae consecuencias? De todos modos, O estaba convencida de que si, en lugar de regalar a Jacqueline un broche de nácar o el último pañuelo de Hermes con «Te quiero» estampado en todos los idiomas del mundo, desde el japonés al iroqués, le diera los diez o veinte mil francos que siempre parecía estar necesitando, Jacqueline hubiera encontrado pronto ese tiempo que decía faltarle para ir a almorzar o a mendar a casa de O y hubiera cesado de esquivar sus caricias. Pero no

llegó a demostrarlo. Apenas habló de ello con Sir Stephen cuando René intervino. Las cinco o seis veces que René había ido a buscar a O y Jacqueline estaba allí, habían ido los tres al «Weber» o a cualquiera de los bares ingleses del barrio de la Madeleine. René miraba a Jacqueline con aquella mezcla de interés, seguridad e insolencia con que miraba en Roissy a las muchachas que estaban a su disposición. Pero sobre la brillante y sólida armadura de Jacqueline, la insolencia resbalaba sin hacer mella. Jacqueline ni la notaba. Por una curiosa contradicción, O se sentía ofendida y le parecía insultante para Jacqueline aquella actitud que para consigo misma consideraba justa y natural. ¿Acaso quería asumir la defensa de Jacqueline o deseaba ser ella la única que la poseyera? Hubiera sido difícil decirlo, por cuanto que no la poseía... aún. Pero, si lo consiguió, hay que reconocer que fue gracias a René. En tres ocasiones, al salir del bar en el que había hecho beber a Jacqueline mucho más whisky del que a ella le convenía —se le ponían los pómulos sonrosados y relucientes y la mirada dura—, la acompañó a su casa, antes de ir con O a la de Sir Stephen. Jacqueline vivía en una de esas sombrías pensiones de familia de Passy en las que, en los primeros tiempos de la emigración, se amontonaron los rusos blancos y de las que ya no se movieron. El vestíbulo estaba pintado de símil-roble, los balaustres de la escalera estaban cubiertos de polvo en su parte interior y grandes manchas blancas de rozadura marcaban las moquetas verdes. Cada vez, René —que nunca había cruzado el umbral de la puerta— quería entrar y cada vez Jacqueline le decía que no, muchas gracias, saltaba del coche y cerraba la puerta tras sí como si la persiguiera una lengua de fuego. Y O se decía que, realmente, el fuego la perseguía. Era fantástico que lo adivinara antes de que ella la hubiera puesto en antecedentes. Por lo menos, sabía que tenía que desconfiar de René, por insensible que pareciera ser a la indiferencia que él le demostraba (pero, ¿lo era realmente? Y en cuanto a lo de fingir insensibilidad eran dos, pues él no le iba a la zaga). La única vez que Jacqueline permitió a O entrar en su casa y seguirla hasta su habitación, ésta comprendió por qué a René se le negaba la entrada. ¿Qué hubiera sido de su prestigio, de su leyenda en blanco y negro en las páginas relucientes de las revistas si alguien que no fuera mujer como ella hubiera visto la sórdida madriguera de la que salía todos los días el lustroso animal? La cama no se hacía nunca y la sábana estaba gris y grasienta, porque Jacqueline nunca se acostaba sin untarse de crema y se dormía muy aprisa para pensar en quitársela. En otro tiempo, una cortina debía de disimular el lavabo. Ahora no quedaban más que dos anillas de las que colgaban unos hilos. Nada conservaba su calor, ni la alfombra, ni el papel cuyas flores rosa y gris trepaban como una vegetación enloquecida y petrificada sobre un enrejado blanco. Habría que arrancarlo todo, desnudar las paredes, tirar las alfombras y rascar el techo. Pero, ante todo, quitar las rayas de mugre del lavabo, limpiar y ordenar los frascos de des-maquillador y los tarros de crema, quitar el polvo de la polvera, del tocador, tirar los algodones sucios, abrir las ventanas. Pero, erguida, limpia y oliendo a limón y a flores silvestres, impecable y pulcra, Jacqueline se reía de su cubil. Aunque de lo que no podía ella reírse era de su familia. Fue por el cubil, del que O le habló cándidamente, por lo que René hizo a O la proposición que debía cambiar su vida, pero fue por su familia por lo que Jacqueline la aceptó. La proposición era que Jacqueline fuese a vivir con O. Y es que decir familia es

poco; aquello era una tribu, más aún, una horda. Abuela, tía, madre y hasta una criada, cuatro mujeres entre los cincuenta y los setenta años, pintadas, chillonas, ahogadas de seda negra y de azabache, lagrimeando a las cuatro de la madrugada entre el humo de los cigarrillos, al resplandor rojo de los iconos, cuatro mujeres viviendo siempre entre el tintineo de los vasos de té y el siseo áspero de una lengua que Jacqueline hubiera dado media vida por olvidar. La ponía frenética tener que obedecerlas, tener que oírlas y hasta tener que verlas. Cuando veía a su madre llevarse un terrón de azúcar a la boca antes de beber el té, ella dejaba su propio vaso y se encerraba en su madriguera seca y polvorienta, dejando a las tres, su abuela, su madre y la hermana de su madre, las tres vestidas de negro, con el pelo teñido de negro y las cejas juntas, con los ojos grandes cargados de reproches, en la habitación de su madre que hacía las veces de salón y en la que la criada acababa por reunirse con ellas. Ella huía, cerrando las puertas tras sí y ellas gritaban:

—Choura, Choura, palomita...

Como en las novelas de Tolstói. Porque no se llamaba Jacqueline. Jacqueline era su nombre profesional, un nombre para olvidar su verdadero nombre y, con su verdadero nombre, el gineceo sórdido y tierno, para insertarse en la vida francesa, en un mundo sólido, en el que hay hombres que se casan contigo y que no desaparecen en misteriosas expediciones, como el padre al que ella no llegó a conocer, un marino báltico que se perdió entre los hielos polares. Sólo se parecía a él, se repetía con rabia y placer, a él, de quien había heredado el pelo, los pómulos, la piel trigüeña y los ojos rasgados. Lo único que agradecía a su madre era que le hubiera dado por padre a aquel demonio rubio que la nieve se había tragado, como a otros se los traga la tierra. Pero le reprochaba que lo hubiera olvidado lo suficiente para que, un buen día, naciera de una aventura fugaz, una morena, una hermanastra que fue inscrita como de padre desconocido, que se llamaba Natalie y tenía ahora quince años. A Natalie sólo la veían durante las vacaciones. A su padre, nunca. Pero pagaba la pensión de Natalie en un colegio de los alrededores de París y a su madre le pasaba una mensualidad que permitía vivir mediocrementemente en una ociosidad que, para ellas, era el paraíso, a las tres mujeres y a la criada, y también a Jacqueline, hasta aquel día. Lo que Jacqueline ganaba con su profesión de maniquí y no gastaba en maquillajes, ropa interior, calzado de lujo o trajes de gran modista —a precio de favor, pero, aun así, muy caros—, desaparecía en la bolsa familiar. Desde luego, a Jacqueline no le hubiera costado trabajo encontrar a un protector y ocasiones no le habían faltado. Aceptó a uno o dos amantes, no tanto porque le gustaban —no le desagradaban— como para demostrarse a sí misma que podía inspirar deseo y amor. El único rico de los dos —el segundo—, le regaló una hermosa perla un poco sonrosada, la cual ella llevaba en la mano izquierda. Pero ella no quiso ir a vivir con él y como él se negó a casarse, lo dejó sin gran pesar, contenta de no estar encinta. (Durante varios días, creyó estarlo y vivió en la inquietud.) No; vivir con un hombre era denigrante, era comprometer su futuro, era hacer lo que había hecho su madre con el padre de Natalie. Imposible. Pero con O era distinto. Las apariencias permitirían hacer creer que Jacqueline se instalaba en casa

de una compañera de trabajo y compartía con ella los gastos. O desempeñaría una doble función: para Jacqueline sería el amante que mantiene a la mujer que ama y, de cara a la gente, sería su garantía de moralidad. La presencia de René no era lo bastante oficial para resultar comprometedor. Pero, en el fondo, ¿quién podría decir si no fue precisamente aquella presencia el verdadero móvil de su aceptación? De todos modos, en O, y sólo en ella, recayó la responsabilidad de hablar con la madre de Jacqueline. O nunca se sintió tan vivamente en el papel del traidor, del espía, del enviado de una organización criminal como cuando estuvo frente a aquella mujer que le daba las gracias por su amistad para con su hija. Al mismo tiempo, desde el fondo de su corazón, estaba negando su misión y el motivo de su presencia allí. Sí, Jacqueline iría a su casa, pero O nunca, nunca podría obedecer a Sir Stephen hasta el extremo de entregar a Jacqueline. Y sin embargo... Porque, apenas instalada Jacqueline en casa de O, donde se le dio —a instancias de René— la habitación que éste aparentaba ocupar a veces (aparentaba sólo, pues siempre dormía en la gran cama de O), O, inesperadamente, se sintió acometida por el violento deseo de poseer a Jacqueline costase lo que costase, aunque para ello tuviera que entregarla. Después de todo, se decía, la belleza de Jacqueline bastaba por sí sola para protegerla: « ¿Por qué tengo yo que inmiscuirme? Y, aunque la conviertan en lo que yo me he convertido, ¿es eso tan gran desgracia? » No se atrevía casi a confesarse y, sin embargo, trastornada al imaginar la satisfacción de ver a Jacqueline desnuda e indefensa al lado de ella y como ella.

La semana en la que Jacqueline se mudó, con el permiso de su madre, René se mostró muy atento, y un día sí y otro no invitaba a las dos muchachas a cenar y al cine. Elegía siempre películas policíacas, de traficantes de drogas o de trata de blancas. Se sentaba entre las dos, tomaba suavemente una mano a cada una y no decía palabra. Pero, en las escenas de violencia, O le veía espiar el rostro de Jacqueline, en busca de alguna emoción. En él no se leía más que un poco de repugnancia en el rictus de la boca. Después, las acompañaba a casa y, en el coche descubierto, con los cristales bajados, el viento de la noche y la velocidad agitaban el cabello rubio y espeso de Jacqueline contra sus mejillas duras, su frente pequeña y sus ojos. Ella sacudía la cabeza para echarlo hacia atrás y lo peinaba con la mano como hacen los muchachos. Una vez admitido que vivía en casa de O y que O era la amante de René, Jacqueline parecía encontrar naturales las familiaridades de René. No oponía el menor reparo a que René entrara en su habitación, con el pretexto de buscar algún documento, lo cual no era verdad, y O lo sabía, pues ella misma había vaciado los cajones del gran secreter holandés, con flores de marquetería y tapa forrada de piel, siempre abierta, que tan mal armonizaba con René. ¿Por qué lo tenía? ¿Quién se lo había dado? Su pesada elegancia y sus maderas claras eran el único lujo de la habitación, un tanto sombría, que se abría a un patio, orientada al Norte y cuyas paredes color gris acero y suelo frío encerado ofrecían un fuerte contraste con las alegres piezas que daban al muelle. Tanto mejor. Así Jacqueline no se sentiría a gusto. Así se avendría más fácilmente a compartir con O las dos habitaciones de delante, a dormir con O, como aceptara desde el primer

día compartir el baño, la cocina, los maquillajes, los perfumes y las comidas. Pero O se equivocaba. Jacqueline se aferraba apasionadamente a todo aquello que le pertenecía —a su perla rosa, por ejemplo—, pero demostraba una indiferencia absoluta hacia todo lo que no fuera suyo. Si hubiera vivido en un palacio, no se habría interesado por él más que si le hubieran dicho: este palacio es tuyo y se lo hubieran demostrado con acta notarial. Que el cuarto gris fuera acogedor o no le tenía sin cuidado y no fue por escapar de ella por lo que se decidió a dormir en la cama de O. Tampoco, para demostrar a O un agradecimiento que no sentía y que, no obstante, O le atribuyó, muy contenta de abusar de él, o así lo creía ella. A Jacqueline le gustaba el placer y encontraba práctico y agradable recibirlo de una mujer entre cuyas manos no se arriesgaba a nada.

Cinco días después de deshacer sus maletas, cuyo contenido O le ayudó a guardar en los armarios, alrededor de las diez, cuando René las dejó en casa después de cenar con ellas y se fue —al igual que las otras dos veces—, Jacqueline apareció, desnuda y húmeda todavía del baño, en el vano de la puerta de la habitación de O y le dijo:

— ¿Estás segura de que no vuelve?

Sin esperar su respuesta, se metió en la cama. Se dejó besar y acariciar con los ojos cerrados, sin responder ni con una sola caricia, gimiendo al principio levemente, después más fuerte, más fuerte y, al fin, gritando. Se quedó dormida a la luz de la lámpara rosa, atravesada en la cama, con las rodillas separadas, el busto un poco ladeado y las manos abiertas. Se veía brillar el sudor entre sus senos. O la tapó con la sábana y apagó la luz. Dos horas después, cuando la abrazó otra vez en la oscuridad, Jacqueline la dejó hacer, pero murmuró:

—No me fatigues demasiado, que mañana tengo que madrugar.

Fue por aquel entonces cuando Jacqueline, además de su profesión de maniquí, empezó a ejercer otra profesión no menos irregular pero sí más absorbente: había sido contratada para hacer pequeños papeles en el cine. Era difícil averiguar si estaba orgullosa de ello o no, o si veía en aquello el primer paso de una carrera en la que deseara hacerse célebre. Por la mañana, saltaba de la cama con más rabia que brío, se duchaba, se maquillaba a toda prisa, no aceptaba más que el tazón de café negro que O apenas había tenido tiempo de preparar y se dejaba besar la punta de los dedos, con una sonrisa maquinal y una mirada llena de rencor: O, envuelta en su bata de vicuña blanca, con el pelo cepillado y la cara lavada, tenía el aspecto plácido del que va a volverse a la cama. Pero no era así. O aún no se había atrevido a explicar a Jacqueline por qué. La verdad era que todos los días en que Jacqueline salía de casa a la hora en que los niños van al colegio y los empleados a la oficina, para dirigirse a los estudios de Boulogne donde estaba rodando, O, que antes, efectivamente, se quedaba en casa toda la mañana, se vestía a su vez para salir.

—Os mandaré el coche —había dicho Sir Stephen—. Primero llevará a Jacqueline a Boulogne y después volverá para recogerte a ti.

De manera que todas las mañanas, a la hora en que el sol no iluminaba más que las fachadas del este y las restantes estaban frescas todavía, pero, en los jardines, las sombras empezaban ya a acortarse bajo los árboles, O era conducida a casa de Sir Stephen. En la calle de Poitiers aún no se había terminado la limpieza. Nora, la mulata, llevaba a O a la habitación en la que la primera noche Sir Stephen la dejó llorar y dormir sola, esperaba mientras O dejaba sobre la cama el bolso, los guantes y la ropa, lo guardaba todo en un armario, bajo llave, le daba a O unas chinelas de charol con tacón alto que hacían ruido al andar y la precedía hasta el despacho de Sir Stephen, abriéndole las puertas. O nunca se acostumbró a aquellos preparativos y desnudarse ante aquella vieja paciente y callada, que casi ni la miraba, le resultaba tan penoso como hacerlo bajo la mirada de los criados de Roissy. La vieja mulata andaba sin hacer ruido, con sus zapatillas de fieltro, como una monja. O, mientras la seguía, no podía apartar la mirada de las dos puntas de su delantal y, cada vez que la vieja abría una puerta, en la empuñadura de porcelana, su mano bistre y reseca le parecía tan dura como la madera antigua. Al mismo tiempo, por un sentimiento absolutamente opuesto al miedo que le inspiraba la criada de Sir Stephen —contradicción que O no conseguía explicarse—, O sentía una especie de orgullo de que aquella mujer (¿qué era ella para Sir Stephen y por qué le confiaba él aquel papel de alcahueta que tan mal le iba?) fuera testigo de que ella también —como tantas otras quizás, a las que también ella había conducido, ¿quién sabe?— mereciera ser utilizada por Sir Stephen. Porque Sir Stephen la quería, sin duda, y O comprendía que no estaba lejos el día en que él no se limitaría ya a dejárselo entrever sino que se lo diría, pero también, a medida que crecían su amor y su deseo, él era más exigente. Y así O pasaba con él las mañanas enteras en las que, a veces, apenas la tocaba y sólo quería que le acariciara y que se prestara a lo que él le pedía con una actitud que no cabe definir sino como reconocimiento, mayor todavía cuando la petición tomaba forma de orden. Cada concesión que le hacía era la prenda de que después se le exigiría otra concesión. Y ella las hacía como el que cumple con su deber. Aunque parezca extraño, aquello la complacía. El despacho de Sir Stephen, situado encima del salón amarillo y gris, era más estrecho y más bajo de techo que éste. No había canapé ni diván, sino sólo dos sillones Regencia tapizados de una tela de flores. En ellos se sentaba O algunas veces, pero Sir Stephen prefería tenerla más cerca, al alcance de la mano y, aunque no se ocupara de ella, la obligaba a sentarse en su escritorio, a la izquierda. La mesa estaba colocada en sentido perpendicular a la pared y O podía recostarse en las estanterías llenas de anuarios y diccionarios. El teléfono estaba junto a su muslo izquierdo y cada vez que el timbre sonaba, ella tenía un sobresalto. Era ella quien descolgaba, contestaba, decía: ¿De parte de quién?, repetía en voz alta el nombre que le daban y pasaba la comunicación a Sir Stephen o lo excusaba, según el gesto que él le hiciera. Cuando la vieja Nora anunciaba alguna visita, Sir Stephen la hacía esperar hasta que Nora llevaba a O a la habitación donde ésta se había desnudado y adonde Nora iba a buscarla cuando Sir Stephen tocaba el timbre, después de despedir a su visitante.

Puesto que Nora entraba y salía del despacho varias veces durante la mañana, ya fuera para llevar a Sir Stephen el café o el correo, ya para abrir o cerrar las persianas o vaciar los ceniceros, puesto que ella era la única que podía entrar allí, y además tenía órdenes de no llamar a la puerta y, cuando tenía que decir algo, esperaba siempre en silencio a que Sir Stephen le dirigiera la palabra, sucedió que un día en que O estaba inclinada sobre el escritorio, con la cabeza y los brazos apoyados en el cuero y el dorso expuesto, esperando que Sir Stephen penetrara, entró Nora en el despacho. O levantó la cabeza. Si Nora se hubiera abstenido de mirarla, como hacía siempre, O no se hubiera movido. Pero, esta vez, Nora buscó su mirada. Aquellos ojos negros, brillantes y duros que no dejaban adivinar si eran indiferentes o no, en aquel rostro arrugado e impasible, turbaron a O de tal manera que hizo un movimiento para escapar de Sir Stephen. Él comprendió y con una mano le oprimió la cintura contra la mesa para que no pudiera deslizarse y con la otra la entreabrió. Ella, que siempre se prestaba de buen grado, ahora, a pesar suyo, se sentía rígida y cerrada y Sir Stephen tuvo que forzarla. Y, aun después de que la forzara, ella sentía que el esfínter se cerraba en torno a él y Sir Stephen tuvo que hacer un esfuerzo para penetrar en ella completamente. No se retiró de ella hasta que pudo ir y venir sin dificultad. Después, en el momento de volver a tomarla, dijo a Nora que esperase y que podría llevar a O al vestidor cuando él hubiera terminado con ella. Sin embargo, antes de dejarla marchar, besó a O en la boca con ternura. Aquel beso fue lo que, días después, dio a O valor para decirle que Nora le daba miedo.

—Eso espero —dijo él—. Y cuando lleves mi marca y mis hierros, cosa que espero sea dentro de pocos días, si tú quieres, vas a tener mayor motivo para temerla.

— ¿Por qué? —preguntó O—. ¿Y qué marca y qué hierros? Ya llevo este anillo...

—Eso es cosa de Anne-Marie. Le he prometido llevarte a su casa para que te vea. Iremos después del almuerzo. ¿Querrás? Es una amiga mía. Ya habrás observado que, hasta ahora, no te he presentado a ninguno de mis amigos. Cuando salgas de sus manos, tendrás verdaderos motivos para temer a Nora.

O no se atrevió a insistir. Aquella Anne-Marie con que ahora la amenazaba Sir Stephen la intrigaba más que Nora. De ella le había hablado ya Sir Stephen el día en que almorzaron en Saint-Cloud. Y era verdad que O no conocía a ninguna de las amistades de Sir Stephen. Vivía en París, encerrada en su secreto, como si estuviera encerrada en un prostíbulo. Los únicos que conocían su secreto, René y Sir Stephen, también tenían derecho a su cuerpo. Pensó que la expresión de abrirse a alguien, que quiere decir confiarse, para ella no tenía más que un significado, literal, físico y también absoluto, porque se abría con todas las partes de su cuerpo que podían abrirse. Parecía también que ésta fuera su razón de ser y que Sir Stephen, al igual que René, así lo entendiera, ya que cuando le hablaba de sus amigos, como había hecho en Saint-Cloud, era para decirle que debería estar a la disposición de todos aquellos a quienes la presentara, si la deseaban. Pero para imaginar a Anne-Marie ni lo que Sir Stephen esperaba de ella, O no

tenía pista alguna, ni siquiera su experiencia de Roissy. Sir Stephen le había dicho que quería verla acariciar a una mujer. ¿Sería esto? (Pero puntualizó que se trataba de Jacqueline...) No; no podía ser eso. «Para que te vea», acababa de decir. Efectivamente. Pero, cuando dejó a Anne-Marie, O tampoco sabía más.

Anne-Marie vivía cerca del Observatoire, en un apartamento situado junto a una especie de gran estudio, en el último piso de una casa nueva que dominaba las copas de los árboles. Era una mujer esbelta, de la edad de Sir Stephen, con el cabello negro vetado de gris. Tenía los ojos de un azul tan oscuro que parecían negros. Ofreció a Sir Stephen y a O, en unas tazas muy pequeñas, un café muy cargado, caliente y amargo, que entonó a O. Cuando acabó de beber y se levantó de la butaca para dejar la taza vacía sobre un velador, Anne-Marie la tomó por la muñeca y, volviéndose hacia Sir Stephen, le dijo:

— ¿Permite?

—Se lo ruego —respondió él.

Entonces, Anne-Marie, que hasta aquel momento no había dirigido la palabra a O ni siquiera para saludarla cuando Sir Stephen se la presentó, le dijo suavemente, con una sonrisa tan dulce que daba la impresión de que le ofrecía un regalo:

—Ven que te vea el vientre, pequeña, y las nalgas. Pero será mejor que te desnudes.

Mientras O la obedecía, ella encendió un cigarrillo. Sir Stephen no apartaba los ojos de O. La dejaron de pie, quizá cinco minutos. En la habitación no había espejo, pero O se veía reflejada en un biombo de laca negra.

—Quítate las medias —dijo Anne-Marie de pronto—. ¿Lo ves? No debes llevar esas ligas redondas. Te deformarás los muslos.

Y señaló con el dedo el lugar, encima de la rodilla, en donde O se enrollaba las medias.

— ¿Quién te ha hecho hacer eso?

Antes de que O pudiera responder, Sir Stephen dijo:

—Fue el muchacho que me la dio. Usted ya lo conoce, René. Pero él aceptará su parecer.

—Bien —dijo Anne-Marie—. Te daremos unas medias muy largas y oscuras, O, y un liguero para sujetarlas, pero un liguero con ballenas que te ciña bien el talle.

Cuando Anne-Marie hubo llamado al timbre y una muchacha rubia y silenciosa les llevó unas medias muy finas y negras y un ceñidor de tafetán de nilón, armado de largas ballenas curvadas hacia el interior en la parte del vientre y encima de las caderas, O, siempre de pie y en equilibrio sobre uno

y otro pie, se puso las medias, que le subían hasta la ingle. La muchacha rubia le puso el ceñidor que se cerraba sobre una de las ballenas, en un costado, y que podía ceñirse más o menos por medio de unos cordones situados en la espalda, como los corseletes de Roissy. O se abrochó las ligas, delante y a los lados, y la muchacha le ceñió cuanto pudo. O sentía que la cintura y el vientre se le comprimían bajo la presión de las ballenas que por delante le llegaban casi hasta el pubis que dejaban libre, al igual que las caderas. Por detrás el ceñidor era mucho más corto y dejaba las caderas completamente al descubierto.

—Así estará mucho mejor —dijo Anne-Marie a Sir Stephen—. con la cintura más fina. Además, si no tiene tiempo de hacer que se desnude, ya verá

La muchacha salió y O se acercó a Anne-Marie, que estaba sentada en un sillón bajo, tapizado de terciopelo cereza. Anne-Marie le pasó suavemente la mano por las nalgas y, apoyándola en un taburete parecido al sillón, le levantó y le abrió las piernas y, después de ordenarle que no se moviera, le pellizcó en la vulva. «Así levantan las agallas del pescado en el mercado y los belfos de los caballos en las ferias de ganado», se dijo O. Recordó también que, en su primera noche en Roissy, Pierre, el criado, después de encadenarla, había hecho lo mismo. Después de todo, ella no se pertenecía y lo que menos le pertenecía era esa mitad de su cuerpo que, por así decir, podía ser utilizada independientemente de ella. Porque, cada vez que lo comprobaba, se sentía, no ya sorprendida, sino más convencida de ello, aunque siempre con la misma turbación que la inmovilizaba y la libraba menos a aquel en cuyas manos estaba que a quien la había puesto en aquellas manos, en Roissy, a René y aquí, ¿a quién? ¿A René o a Sir Stephen? ¡Ah, ya no lo sabía! Pero es que tampoco quería saberlo, porque era a Sir Stephen a quien pertenecía desde..., ¿desde cuándo? Anne-Marie la hizo ponerse en pie y volver a vestirse.

—Puede mandármela cuando quiera —dijo a Sir Stephen—. Estaré en Samois — (Samois... O esperaba oír Roissy. Pues, si no se trataba de Roissy, ¿de qué se trataba?)— dentro de dos días. Todo irá bien.

(¿Qué era lo que iría bien?)

—Si le parece bien, dentro de diez días —dijo Sir Stephen—. A primeros de julio.

En el coche que la llevaba a su casa, pues Sir Stephen se había quedado en la de Anne-Marie, O recordó una estatua que había visto en el jardín de Luxemburgo siendo niña: era de una mujer con el talle así ceñido y que parecía más frágil todavía por lo abultado de sus senos y de las caderas. Estaba inclinada hacia delante, para mirarse en un estanque, también de mármol, esculpido a sus pies. Daba la impresión de que el mármol iba a romperse. Si Sir Stephen lo deseaba... A Jacqueline podría decirle que era un capricho de René. O volvió a sentir entonces una preocupación que trataba de rehuir cada vez que volvía de casa de Sir Stephen y que le extrañaba que no fuera más intensa: ¿porqué, desde que Jacqueline vivía

con ella, René procuraba, no ya dejarlas solas, lo cual era comprensible, sino no quedarse él a solas con O? Se acercaba el mes de julio, en que él debía salir de viaje, no podría ir a verla a casa de aquella Anne-Marie adonde la enviaría Sir Stephen, ¿tenía ella que resignarse a no verlo más que las noches en que las invitaba a Jacqueline y a ella, o bien —y ella no sabía qué le resultaba más desconcertante (ya que entre los dos no existían sino aquellas relaciones esencialmente falsas por lo limitadas)— alguna que otra mañana, en casa de Sir Stephen, cuando Nora le hacía entrar en el despacho, después de anunciarle? Sir Stephen le recibía siempre, René siempre besaba a O, le acariciaba la punta de los senos, hacía planes con Sir Stephen para el día siguiente, planes en los que ella no figuraba, y se marchaba. ¿La había entregado a Sir Stephen hasta el extremo de dejar de amarla? ¿Qué pasaría si no la amaba ya? O estaba tan aturdida por el pánico, que, maquinalmente, bajó del coche en el muelle, delante de su casa, en lugar de seguir en él, y echó a correr para parar un taxi. Hay pocos taxis en el muelle de Béthune. O siguió corriendo hasta el bulevar Saint-Germain y aún tuvo que esperar. Sudaba jadeaba porque el ceñidor le cortaba la respiración, cuando, por fin, un taxi dobló la esquina de calle del Cardinal-Lemoine. Le hizo una seña, dio la dirección de la oficina de René y subió, sin saber si René estaría ni si querría recibirla. Nunca había estado allí. No la sorprendió el gran inmueble, situado en una calle perpendicular a los Campos Elíseos, ni los despachos de estilo americano, sino la actitud de René, quien, sin embargo, la recibió inmediatamente. No es que se mostrara agresivo ni con aire de reproche. Ella hubiera preferido sus reproches, pues, al fin y al cabo, él no le había dado permiso para que fuera a molestarle tal vez lo molestaba, y mucho. Despidió a la secretaria y le dijo que no le pasara ninguna visita ni llamada telefónica. Después preguntó a O qué sucedía.

—Tuve miedo de que ya no me amaras —le lijo O.

Él se echó a reír.

— ¿Así de repente?

—Sí, en el coche, al regresar de.»

— ¿Al regresar de dónde?

O guardó silencio.

Él volvió a reír.

— ¡Qué tonta eres! Si ya lo sé. De casa de Anne-Marie. Y dentro de diez días te vas a Samoï. Sir Stephen acaba de llamarme por teléfono.

René estaba sentado en el único sillón confortable de la habitación, situado frente a la mesa, y O se acurrucó entre sus brazos.

—Me es igual lo que hagan conmigo —le dijo—. Pero dime si me amas todavía.

—Te amo, mi vida —dijo René—. Pero quiero que me obedezcas y me obedeces muy mal. ¿Le has dicho a Jacqueline que pertenecías a Sir Stephen o le has hablado de Roissy?

O le aseguró que no. Jacqueline aceptaba sus caricias, pero el día en que supiera que O... René no la dejó terminar, la puso en pie, la apoyó contra el sillón del que acababa de levantarse y le alzó la falda.

— ¡Ah, el ceñidor! —exclamó—. Desde luego, estarás mucho mejor con el talle más fino.

Después la tomó y a O le parecía que hacía tanto tiempo desde la última vez que comprendió que, en el fondo, había dudado de si él la deseaba todavía e, ingenuamente, vio en aquello una prueba de amor.

— ¿Sabes? —le preguntó él a continuación—. Eres una estúpida al no querer hablar con Jacqueline. La necesitamos en Roissy y, en el fondo, sería más cómodo que la llevaras tú. Además, cuando vuelvas de casa de Anne-Marie ya no podrás seguir ocultándole tu verdadera condición.

O le preguntó por qué.

—Ya lo verás. Te quedan todavía cinco días. Porque Sir Stephen tiene la intención de volver a azotarte cinco días antes de enviarte a casa de Anne-Marie y seguramente te quedarán señales. ¿Cómo vas a justificarlas ante Jacqueline?

O no respondió.

Lo que René no sabía es que Jacqueline no se interesaba en O más que por la pasión que O le demostraba y nunca la miraba. Aunque tuviera el cuerpo lleno de marcas de latigazos, le bastaría con no bañarse en presencia de Jacqueline y ponerse un camisón. Jacqueline no veía nada. No había advertido que O no llevaba slip, no se daba cuenta de nada: O no le interesaba.

—Óyeme —insistió René—, le dirás una cosa y se la dirás en seguida: y es que la quiero.

— ¿Es verdad eso? —preguntó O.

—Quiero poseerla —dijo René—, y como tú no puedes o no quieres hacer nada, yo haré lo que tenga que hacerse.

—Ella nunca querrá ir a Roissy —dijo O.

— ¿Que no? Bien, pues la obligaremos.

Aquella noche, cuando Jacqueline se acostó y O apartó la sábana para mirarla a la luz de la lámpara, después de decirle que René la quería, porque se lo dijo, y se lo dijo en seguida, O, que un mes antes, ante la idea de ver aquel cuerpo tan frágil y esbelto castigado por el látigo, aquel vientre estrecho, abierto, la boca tan pura gritando y la pelusa de las mejillas

pegada por las lágrimas, se sintiera horrorizada, repitió la última frase de René y se estremeció de alegría.

Jacqueline se marchó para no volver antes de principios de agosto, si la película se terminaba, por lo que nada retenía a O en París. Se acercaba julio, los jardines estallaban de geranios rojos, todos los toldos orientados al Sur estaban bajados, René suspiraba que tenía que ir a Escocia. Durante un instante, O esperó que la llevara consigo. Pero, además de que nunca la llevaba cuando iba a ver a su familia, sabía que la cedería a Sir Stephen si éste la reclamaba. Sir Stephen dijo que el día en que René tomara el avión para Londres él iría a buscar a O. Ella estaba de vacaciones.

—Iremos a casa de Anne-Marie —le dijo—. Ella te espera. No lleves equipaje. No necesitarás nada.

No la llevó al apartamento del Observatoire, sino a una casa baja situada en el fondo de un gran jardín, en el linde del bosque de Fontainebleau. O llevaba el ceñidor que tan necesario consideraba Anne-Marie y cada día lo apretaba un poco más, ahora casi se le podía abarcar la cintura entre las manos, Anne-Marie estaría contenta. Cuando llegaron, eran las dos de la tarde, la casa dormía y el perro ladró débilmente al oír la campanilla: un gran boyero de Flandes de pelo rugoso que husmeó las rodillas de O, bajo el borde de la falda. Anne-Marie estaba sentada bajo un haya púrpura, al borde del césped que, en un ángulo del jardín, quedaba frente a los balcones de su habitación. No se levantó.

—Aquí está O —dijo Sir Stephen—. Ya sabe lo que hay que hacer. ¿Cuándo estará lista?

Anne-Marie miró a O.

— ¿No le ha dicho nada? Bien, empezaremos en seguida. Habrá que contar diez días. Supongo que deseará ponerle las anillas y las iniciales usted mismo, ¿no? Vuelva dentro de quince días. Después, puede quedar todo listo al cabo de otros quince días.

O quiso decir algo, preguntar.

—Un momento, O —dijo Anne-Marie—. Ve a la habitación de delante y desnúdate. Déjate sólo las sandalias y vuelve.

La habitación estaba vacía, una habitación grande, blanca, con cortinas de lienzo de Jouy color violeta. O dejó el bolso, los guantes y la ropa en una silla baja, al lado de una de las puertas del armario. No había espejo. Volvió a salir lentamente, deslumbrada por el sol hasta llegar a la sombra del haya. Sir Stephen seguía de pie delante de Anne-Marie, con el perro a sus pies. Los cabellos negros y grises de Anne-Marie brillaban como si estuvieran untados de aceite. Vestía de blanco, con cinturón de charol y sandalias también de

charol que dejaban al descubierto las uñas de los pies, pintadas de rojo, como las de las manos.

—O, arrodíllate delante de Sir Stephen —dijo.

O se arrodilló, con los brazos cruzados a la espalda y los senos temblorosos. El perro fue a lanzarse sobre ella,

—Aquí, *Turc*—dijo Anne-Marie—. O, ¿consientes en llevar las anillas y las iniciales con que Sir Stephen desea marcarte, sin saber cómo te serán impuestas?

—Sí —respondió O.

—Entonces acompañaré a Sir Stephen. Quédate donde estás.

Sir Stephen se inclinó y tomó a O por los senos mientras Anne-Marie se levantaba de su tumbona. Le besó los labios y murmuró:

— ¿Eres mía, O, eres realmente mía?

Luego se alejó detrás de Anne-Marie. La verja se cerró. Anne-Marie regresaba. O estaba sentada sobre sus talones, con los brazos descansando en las rodillas, como una estatua egipcia.

Vivían en la casa otras tres muchachas que ocupaban sendas habitaciones del primer piso. A O le dieron un pequeño dormitorio de la planta baja, contiguo al de Anne-Marie. Anne-Marie las llamó al jardín. Las tres iban desnudas, al igual que O. En aquel gineceo cuidadosamente oculto por las altas tapias del jardín y los postigos cerrados a una calle polvorienta, las únicas que iban vestidas eran Anne-Marie y las criadas: una cocinera y dos camareras mayores que Anne-Marie, austeras con sus grandes faldas de alpaca negra y delantales almidonados.

—Se llama O —dijo Anne-Marie, que había vuelto a sentarse—. Acércamela, que la vea mejor.

Dos de las muchachas pusieron en pie a O. Eran morenas, con el pelo tan negro como su vello público, y los pezones largos y casi de color violeta. La tercera era pequeña, llena y pelirroja. En la piel cretácea de su pecho se veía un espantoso entramado de venas verdes. Las dos muchachas empujaron a O hacia Anne-Marie, quien señaló con el dedo las tres rayas negras que le cruzaban la parte delantera de los muslos y las posaderas.

— ¿Quién te ha azotado? —le preguntó—. ¿Sir Stephen?

—Sí —respondió O. — ¿Cuándo y con qué?

—Hace tres días, con una fusta.

—Durante un mes, a partir de mañana, no se te azotará. Pero hoy sí, para señalar el día de tu llegada. En cuanto haya terminado de

examinarte. ¿Sir Stephen nunca te ha azotado el interior de los muslos, con las piernas abiertas? ¿No? Los hombres no entienden. En seguida verás. Enséñame la cintura. ¡Ah, eso está mejor! —Anne-Marie le apretaba la cintura, para afinársela más aún. Después envió a la pelirroja a buscar otro ceñidor y ordenó que se lo pusiera. También era de nilón negro y tan armado de ballenas que parecía un ancho cinturón de cuero. No tenía ligas. Una de las muchachas morenas se lo ató. Anne-Marie le ordenó que lo apretara con todas sus fuerzas.

—Es terrible —dijo O.

—Precisamente —dijo Anne-Marie—. Así estás mucho más bonita; pero no te lo apretabas lo suficiente. Ahora lo llevarás así todos los días. Ahora dime cómo prefería Sir Stephen servirse de ti. Necesito saberlo.

Asía a O por el vientre y O no podía responder. Dos de las muchachas se habían sentado en el suelo. La tercera, una morena, a los pies de la tumbona de Anne-Marie.

—Tumbadla —ordenó Anne-Marie a las muchachas—. Quiero verla bien.

O fue derribada y las dos muchachas la entreabrieron.

—Es evidente —dijo Anne-Marie—. No hace falta que contestes. Es en el dorso donde hay que marcarte. Levántate. Ahora te pondremos las pulseras. Colette, trae la caja. Vamos a echar a suertes quién tiene que azotarte. Colette traerá las fichas. Después iremos a la sala de música.

Colette era la más alta de las dos muchachas morenas. La otra se llamaba Claire y la pequeña pelirroja, Yvonne. O no se había fijado en que todas llevaban, como en Roissy, una gargantilla y pulseras de cuero en las muñecas y también en los tobillos. Cuando Yvonne le hubo puesto las pulseras de su medida, Anne-Marie entregó a O cuatro fichas y le dijo que entregara una a cada una de ellas sin mirar el número que tenían grabado. O distribuyó las fichas. Las tres muchachas las miraron sin decir nada, esperando que hablara Anne-Marie.

—Tengo el dos —dijo Anne-Marie—. ¿Quién tiene el uno?

Lo tenía Colette.

—Llévate a O. Es tuya.

Colette cogió los brazos de O y le unió las muñecas a la espalda con ayuda de las anillas. Luego la empujó ante ella. En el umbral de una puertaventana que se abría a un ala perpendicular a la fachada principal, Yvonne, que las precedía, le quitó las sandalias a O. La puerta-ventana iluminaba una habitación cuyo lecho formaba como una especie de rotonda elevada. La cúpula, apenas esbozada, estaba sostenida al principio del arco por dos estrechas columnas, situadas a dos metros una de otra. El estrado, elevado sobre cuatro escalones, se prolongaba entre las columnas en un saliente redondeado. El suelo de la rotonda, al igual que el del resto de la habitación, estaba cubierto por una alfombra de fieltro rojo. Las paredes eran blancas, las cortinas de las ventanas, rojas, y los divanes

dispuestos en derredor de la rotonda, rojos como la alfombra. En la parte rectangular de la sala, más ancha que profunda, había una chimenea y, frente a la chimenea, un gran aparato de radio con tocadiscos y estanterías de discos a cada lado. Por eso la llamaban la sala de música. Por una puerta situada cerca de la chimenea, comunicaba directamente con la habitación de Anne-Marie. La puerta simétrica era de un armario. No había más muebles que los divanes y el tocadiscos. Mientras Colette hacía sentar a O en el reborde del estrado que en su parte central estaba cortado a pico, pues las escaleras quedaban a derecha e izquierda de las columnas, las otras dos muchachas cerraban la puerta-ventana, después de haber entornado las persianas. O advirtió entonces con sorpresa que la puerta-ventana era doble y Anne-Marie le dijo riendo:

—Es para que no se oigan tus gritos. Las paredes están forradas de corcho. Fuera no se oye nada de lo que pasa aquí. Échate.

La tomó por los hombros, la colocó sobre el fieltro rojo y la echó un poco hacia delante. Las manos de O se aferraban al borde del estrado, donde Yvonne las sujetó a una anilla y sus riñones quedaron en el vacío. Anne-Marie le obligó a doblar las rodillas sobre el pecho y después O sintió que le tensaban las piernas: unas correas enganchadas a los tobillos las sujetaban a las columnas por encima de su cabeza, de tal manera que lo único que se veía de su cuerpo era el surco de su vientre y sus nalgas abiertas. Anne-Marie le acarició el interior de los muslos.

—Es la parte del cuerpo en la que la piel es más fina —dijo—. No hay que estropearla. Ten cuidado, Colette.

Colette estaba encima de ella, con un pie a cada lado de su cintura, y, en el puente que formaban sus piernas morenas, O veía los cordones del látigo que tenía en la mano. A los primeros golpes, que le quemaron en el vientre, O gimió. Colette pasaba de la derecha a la izquierda, se paraba, volvía. O se debatía con todas sus fuerzas, creía que las correas le desgarrarían la piel. No quería suplicar, no quería pedir clemencia. Pero Anne-Marie deseaba dominarla.

—Más aprisa —dijo a Colette— y más fuerte.

O se puso rígida, pero en vano. Al cabo de un minuto, cedía a los gritos y a las lágrimas, mientras Anne-Marie le acariciaba el rostro.

—Un poco más y todo habrá terminado. Sólo cinco minutos. Puedes gritar durante cinco minutos. Son y veinticinco Colette, terminarás a la media, cuando te avise.

Pero O chillaba no, no por piedad, no podía más, no podía soportar aquel suplicio ni un segundo más. Sin embargo, lo soportó hasta el final y cuando Colette bajó del estrado. Anne-Marie le sonrió.

—Dame las gracias —dijo a O.

Y O le dio las gracias. Sabía bien por qué Anne-Marie había querido hacerla azotar de entrada. Ella nunca dudó que una mujer pudiera ser tan cruel y más implacable que un hombre. Pero O pensaba que Anne-Marie buscaba, menos que manifestar su poder, establecer entre ella y O una

complicidad. O nunca comprendió el porqué, pero había tenido que reconocer como verdad innegable el signo contradictorio de sus sentimientos: le gustaba la idea del suplicio, mientras lo sufría, hubiera traicionado al mundo entero para sustraerse a él, pero cuando se terminaba estaba contenta de haberlo sufrido y tanto más contenta cuanto más largo y cruel hubiera sido. Anne-Marie no se había dejado engañar por el consentimiento ni por la rebelión de O y sabía que su agradecimiento no era ficticio. De todos modos, su decisión había tenido un tercer motivo que entonces le explicó. Quería demostrar a todas las muchachas que entraban en su casa para vivir en un mundo exclusivamente femenino, que su condición de mujer no perdería un ápice de su importancia porque no tuviera contacto más que con otras mujeres, sino que, por el contrario, quedaría realzada, agudizada. Por este motivo exigía que las muchachas estuvieran siempre desnudas; la forma en que O había sido azotada, así como la postura en que la habían atado, tampoco tenían otra finalidad. Hoy O permanecería el resto de la tarde —otras tres horas— con las piernas abiertas y levantadas, expuesta sobre el estrado, de cara al jardín, deseando constantemente poder juntar las piernas. Mañana sería Claire, Colette o Yvonne quien ocupara aquel lugar. Era un proceso demasiado lento y minucioso (como la manera de aplicar el látigo) para ser empleado en Roissy. Pero ya vería O lo eficaz que era. Cuando fuera devuelta a Sir Stephen, además de llevar los anillos y las marcas, sería más amplia y profundamente esclava de lo que imaginaba.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Anne-Marie dijo a O y a Yvonne que la siguieran a su habitación. Allí tomó del escritorio un cofre de cuero verde que puso sobre la cama y lo abrió.

Las muchachas se sentaron a sus pies.

— ¿No te ha dicho nada Yvonne? —preguntó Anne-Marie a O.

Ésta movió la cabeza negativamente. ¿Qué tenía Yvonne que decirle?

—Y Sir Stephen tampoco, me consta. Pues bien, éstas son las anillas que él desea que lleves.

Eran unas anillas de hierro mate inoxidable, como el de la sortija forrada de oro. Eran gruesas como un lápiz de color y ovaladas. Parecían gruesos eslabones de una cadena. Anne-Marie mostró a O que cada una estaba formada por dos piezas en forma de U que encajaban entre sí.

—Éste es sólo el modelo de prueba. Se puede quitar. El definitivo tiene un resorte interior que hay que forzar para que penetre en la ranura, donde queda bloqueado. Una vez puesto no se puede quitar si no es con una lima.

Cada anilla tenía una longitud similar a las dos falanges del dedo meñique, el cual podía pasarse por su interior. De cada una pendía, como otro eslabón, o como pende de un pendiente una anilla que debe quedar en el mismo plano que la oreja, prolongándola, un disco del mismo metal tan ancho como larga era la anilla. En una de sus caras, un triskel incrustado en oro, en la otra, nada.

—En esta cara se grabará tu nombre, el nombre y título de Sir Stephen y, debajo, un látigo y una fusta cruzados. Yvonne lleva un disco parecido en el collar. Pero tú lo llevarás en el vientre.

—Pero... —dijo O.

—Ya sé —atajó Anne-Marie—. Por eso he traído a Yvonne. Enseña el vientre, Yvonne.

La pelirroja se levantó del suelo y se tumbó en la cama.

Anne-Marie le abrió los muslos y mostró a O que uno de los lóbulos de su vientre estaba perforado de parte a parte en el centro de su base. La anilla de hierro pasaría por el orificio con exactitud.

—Dentro de un momento te perforaré a ti, O —dijo Anne-Marie—. No es nada, lo que cuesta más tiempo es poner las grapas para suturar la epidermis de encima con la mucosa de debajo. Es menos doloroso que el látigo.

— ¿Sin dormirme? —exclamó O temblando.

—Eso jamás —respondió Anne-Marie—. Sólo te ataremos un poco más fuerte que ayer. Es suficiente. Vamos.

Ocho días después Anne-Marie quitaba a O las grapas y le ponía la anilla de prueba. Por ligero que fuera —más de lo que parecía, pues estaba hueco—, pesaba. Aquel duro metal que se veía perfectamente penetrar en la carne, parecía un instrumento de tortura. ¿Qué sería cuando le pusieran la segunda anilla, que aumentaría su peso? Aquel bárbaro aparato saltaría a la vista.

—Desde luego —dijo Anne-Marie cuando O le hizo este comentario—. ¿Comprendes ya lo que desea Sir Stephen? Cualquiera que, en Roissy o en cualquier otra parte, te levante la falda, verá inmediatamente sus anillas en tu vientre y, si te hacen dar la vuelta, su marca en tus riñones. Tal vez algún día puedas limar las anillas. Pero la marca no podrás borrarla nunca.

—Yo creía que los tatuajes podían borrarse —dijo Colette.

Fue ella quien, sobre la piel blanca de Yvonne, encima del triángulo del vientre, tatuó en letras azules, rameadas como las de los bordados, las iniciales del dueño de Yvonne.

—O no será tatuada —respondió Anne-Marie.

O la miró. Colette e Yvonne callaban, desconcertadas. Anne-Marie titubeaba.

—Vamos, dígalo —la animó O.

—Pobrecita, no me atrevía a hablarte de ello: tú serás marcada con hierros. Sir Stephen me los mandó hace dos días.

— ¿Hierros? —preguntó Yvonne.

—Hierros candentes.

Desde el primer día, O compartió la vida de la casa. La ociosidad era absoluta y deliberada y las distracciones, monótonas. Las muchachas podían pasear por el jardín, leer, dibujar, jugar a las cartas y hacer solitarios, dormir o tomar el sol para broncearse. A veces, pasaban horas hablando juntas o de dos en dos o sentadas a los pies de Anne-Marie, en silencio. Las comidas eran parecidas, la cena se servía a la luz de las velas, el té en el jardín, y resultaba absurdo ver la naturalidad con que las dos criadas servían a aquellas muchachas desnudas, sentadas en torno a una mesa de ceremonia. Por la noche, Anne-Marie designaba a la que dormiría con ella, que a veces era la misma durante varias noches seguidas. La acariciaba y se hacía acariciar por ella hasta el amanecer. Después, la despedía y se dormía. Las cortinas violeta, corridas sólo a medias, teñían de malva la primera luz del día. Decía Yvonne que Anne-Marie estaba hermosa y altiva en el placer y era incansable en sus exigencias. Ninguna la había visto completamente desnuda. Ella se limitaba a abrir o levantar el camisón de punto de nilón blanco, pero no se lo quitaba. Ni el placer que pudiera haber experimentado durante la noche ni su elección de la víspera influían sobre la decisión de la tarde, que siempre se echaba a suertes. A las tres, bajo el haya púrpura a cuya sombra se agrupaban las butacas de jardín en torno a una mesa redonda de piedra blanca, Anne-Marie sacaba la copa con los dados. Cada muchacha tomaba un dado. La que sacaba el número más bajo era llevada a la sala de música y atada al estrado como lo fuera O (quien estaba eximida hasta su marcha). La muchacha debía entonces designar la mano derecha o la mano izquierda de Anne-Marie en la que ésta tenía una bola blanca o una bola negra, al azar. Negra, la muchacha era azotada; blanca, no lo era. Anne-Marie nunca hacía trampas, ni aunque el azar condenara o liberara a la misma muchacha durante varios días seguidos. Así, el suplicio de la pequeña Yvonne, que lloraba llamando a su amante, fue repetido cuatro días. Sus muslos, veteados de verde como su pecho, se unían a lo largo de una franja de carne sonrosada, perforada por la gruesa anilla de hierro que resultaba tanto más impresionante por cuanto que Yvonne estaba completamente depilada.

—Pero, ¿por qué? —preguntó O—. ¿Y por qué la anilla, si el disco lo llevas en el collar?

—Dice que depilada estoy más desnuda. La anilla me parece que es para atarme.

Los ojos verdes de Yvonne y su rostro pequeño y triangular le recordaban a Jacqueline. ¿Iría Jacqueline a Roissy? Algún día pasaría por aquella casa y sería atada al estrado.

«No quiero —se decía O—, no quiero y no haré nada para traerla. Demasiado le he dicho ya. Jacqueline no está hecha para ser golpeada ni marcada.»

Pero ¡qué bien le iban a Yvonne los hierros y los golpes! ¡Qué grato su sudor y qué dulce hacerla gemir! Porque Anne-Marie, en dos ocasiones y sólo cuando se trataba de Yvonne, le había dado el látigo a O, ordenándole que la golpeará. La primera vez, O vaciló. Al primer grito de Yvonne, retrocedió; pero cuando volvió a golpearla e Yvonne gritó de nuevo, con más fuerza,

sintió que un placer terrible la embargaba, tan intenso que se reía a pesar suyo y tenía que dominarse para espaciar los golpes y no acelerar el ritmo. Después se había quedado cerca de Yvonne todo el tiempo que ésta había permanecido atada, besándola de vez en cuando. Sin duda, en cierto modo se parecía a ella. Por lo menos, eso creía Anne-Marie, a juzgar por su actitud. ¿Era el silencio de O, su docilidad, lo que la tentaba? Apenas se cicatrizaron las heridas de O, le dijo:

— ¡Cuánto siento no poder hacerte azotar! Cuando vuelvas... De todos modos, te abriré todos los días.

Y todos los días, cuando desataban a la muchacha que estuviera en la sala de música, O ocupaba su lugar hasta que sonaba la llamada para la cena. Y Anne-Marie tenía razón: era verdad que durante aquellas dos horas no podía pensar más que en el anillo cuyo peso sentía sobre el vientre y que pesaba mucho más ahora, con el segundo eslabón, y en que estaba abierta. En nada que no fuera su esclavitud o las marcas de su esclavitud. Una tarde, Claire, que entraba del jardín con Colette, se acercó a O e hizo girar los anillos. Todavía no había en ellos ninguna inscripción.

— ¿Fue Anne-Marie quien te llevó a Roissy? —preguntó.

—No —respondió O.

—A mí me llevó hace dos años. Vuelvo allí pasado mañana.

—Pero, ¿no perteneces a nadie? —preguntó O.

—Claire me pertenece a mí —dijo Anne-Marie, que entraba en aquel momento—. Mañana por la mañana llega tu dueño, O. Esta noche dormirás conmigo.

La noche era corta; pronto empezó lentamente a clarear y, hacia las cuatro de la madrugada, el día borraba a las últimas estrellas. O, que dormía con las rodillas juntas, despertó al sentir entre los muslos la mano de Anne-Marie. Pero Anne-Marie sólo quería despertarla para que O la acariciara. Sus ojos brillaban en la penumbra y sus cabellos grises, salpicados de hebras negras, cortos y erizados por la almohada, le daban aspecto de gran señor exiliado, de libertino valeroso. O rozó con los labios la dura punta de sus senos y, con la mano, el surco del vientre. Anne-Marie se rindió en seguida, pero no a O. El placer al que abría los ojos, con la cara vuelta hacia la luz del día, era anónimo e impersonal, del cual O no era más que el instrumento. A Anne-Marie le era indiferente que O admirara su rostro terso y rejuvenecido y su hermosa boca jadeante, le era indiferente que O la oyera gemir al aprisionar con los dientes y los labios la cresta de carne oculta en el surco de su vientre. Se limitó a coger a O por el cabello para atraerla con más fuerza contra sí y no la soltó sino para decirle:

—Otra vez.

Así había amado O a Jacqueline. La tuvo, abandonada, entre los brazos. La poseyó, o, por lo menos, eso creía ella. Pero la identidad de movimientos no significa nada. O no poseía a Anne-Marie. Nadie poseería a Anne-Marie.

Anne-Marie exigía las caricias sin preocuparse de lo que sintiera el que la acariciaba, y se entregaba con una libertad insolente. Sin embargo, estuvo cariñosa con O, le besó la boca y los senos y la tuvo abrazada una hora antes de despedirla. Le había quitado los anillos.

—Son las últimas horas en que podrás dormir sin hierros. Los que te pondremos después, no podrás quitártelos.

Acarició suave y largamente las nalgas de O y la llevó a la habitación en la que se vestía, la única de la casa que tenía un espejo de tres cuerpos, siempre cerrado. Lo abrió para que O pudiera verse.

—Ésta es la última vez que te ves intacta —le dijo—. En esta parte, lisa y redonda, serás marcada con las iniciales de Sir Stephen, a ambos lados. La víspera de tu marcha, te pondré otra vez ante el espejo y no te reconocerás. Pero Sir Stephen tiene razón. Vete a la cama, O.

Pero la angustia le impidió dormir y cuando, a las diez, entró Colette a buscarla, tuvo que ayudarla a bañarse y peinarse y pintarle los labios. O temblaba de pies a cabeza. Había oído abrirse la puerta: Sir Stephen había llegado.

—Ven, O —le dijo Yvonne—. Él te espera.

El sol estaba ya muy alto, ni un soplo de aire movía las hojas del haya: parecía un árbol de cobre. El perro, abrumado por el calor, yacía al pie del árbol y como el sol no estaba todavía detrás de la zona más espesa de su copa, se filtraba a través de la única rama que a aquella hora proyectaba sombra sobre la mesa: la piedra estaba sembrada de manchas claras y tibias. Sir Stephen se hallaba de pie, inmóvil, al lado de la mesa, y Anne-Marie, sentada, junto a él.

—Aquí la tiene —dijo Anne-Marie cuando Yvonne hubo conducido a O hasta donde él estaba—. Los anillos pueden colocarse cuando usted quiera. Ya ha sido taladrada.

Sin responder, Sir Stephen atrajo a O hacia sí, la besó en la boca y, levantándola en vilo, la depositó sobre la mesa y se quedó inclinado sobre ella.

Volvió a besarla, le acarició las cejas y el cabello y dijo a Anne-Marie, irguiéndose:

—Ahora mismo, si no tiene inconveniente.

Anne-Marie abrió la caja de cuero que estaba sobre un sillón y entregó a Sir Stephen las anillas abiertas que llevaban los nombres de O y de él.

—Adelante —dijo Sir Stephen.

Yvonne le levantó las rodillas y O sintió en la carne el frío del metal que Anne-Marie introducía en ella. En el momento de insertar la segunda parte de la anilla, Anne-Marie procuró que la cara con la incrustación de oro quedara contra el muslo y la otra cara hacia el interior. Pero el resorte era tan duro que los hierros no se engarzaban. Hubo que enviar a Yvonne a buscar un martillo. Entonces enderezaron a O y la colocaron, con las piernas

separadas, sobre el reborde de piedra, que hizo las veces de yunque, en el que, alternativamente, apoyaron el extremo de cada eslabón y golpearon sobre el otro extremo para remacharlos. Sir Stephen miraba sin decir palabra. Cuando terminó la operación, dio las gracias a Anne-Marie y ayudó a O a ponerse en pie. Ella advirtió entonces que estos hierros eran mucho más pesados que los que llevara provisionalmente los días anteriores. Pero éstos eran definitivos.

—Ahora la marca, ¿verdad? —dijo Anne-Marie a Sir Stephen.

Él movió afirmativamente la cabeza y sujetó por la cintura a O, que se tambaleaba. Ahora no llevaba el corselete negro, pero éste la había comprimido tan bien que parecía que iba a romperse, de tan esbelta. Las caderas parecían más redondeadas y los senos más abultados. En la sala de música, a la que, siguiendo a Anne-Marie y a Yvonne, Sir Stephen llevó a O casi en volandas, estaban Claire y Colette, sentadas en el estrado. Al verles entrar, se levantaron. Sobre el estrado, había un gran hornillo redondo con una boca. Anne-Marie sacó las correas del armario y mandó atar fuertemente a O por la cintura y las corvas, con el vientre aplastado contra una de las columnas. Le ataron también las manos y los pies. Aturdida por el miedo, sintió que la mano de Anne-Marie señalaba el lugar de sus nalgas donde tenían que aplicarle el hierro, oyó el silbido de una llama y, en silencio absoluto, una ventana que se cerraba. Hubiera podido volver la cabeza y mirar. No tenía fuerzas. Un dolor insoportable la traspasó, lanzándola contra las ligaduras, rígida y chillando, y nunca supo quién le había hundido en la carne de las nalgas los dos hierros candentes a la vez, qué voz fue la que, lentamente, contó hasta cinco, ni quién dio la señal para que se los retiraran. Cuando la desataron, cayó en los brazos de Anne-Marie y, antes de que todo acabara de dar vueltas a su alrededor y se oscureciera, antes de perder el conocimiento, aún tuvo tiempo de entrever, entre dos oleadas de noche, el rostro lívido de Sir Stephen.

Sir Stephen llevó a O a París diez días antes del final de julio. Los hierros que traspasaban el lóbulo izquierdo de su vientre y llevaban una inscripción que decía que ella era propiedad de Sir Stephen, le llegaban hasta la tercera parte del muslo y se movían entre sus piernas a cada paso como el badajo de una campana, pues el disco grabado era más pesado y más largo que la anilla de la que colgaba. Las marcas impresas por el hierro candente, de tres dedos de alto y la mitad de ancho, estaban grabadas en la carne, como a escoplo, casi a un centímetro de profundidad. Sólo con rozarlas se notaban. Por aquellos hierros y aquellas marcas O sentía un orgullo disparatado. Si Jacqueline hubiera estado allí, en lugar de tratar de disimular, como había hecho con las marcas de los latigazos que Sir Stephen le había infligido durante los últimos días antes de su marcha, hubiera corrido a buscarla para enseñárselos. Pero Jacqueline no tenía que regresar hasta ocho días después. René tampoco estaba. Durante aquellos ocho días, O, a petición de Sir Stephen, se encargó varios vestidos de playa y trajes de noche muy ligeros. No le permitió más que variantes de dos modelos: uno cerrado de arriba abajo por una cremallera (O tenía ya alguno parecido) y el otro compuesto por falda acampanada que

podiera levantarse con un solo movimiento, un corselete que le subía hasta los senos y un bolero abrochado hasta el cuello. Bastaba que se quitara el bolero para que los hombros y los senos quedaran desnudos o, sin quitárselo, sólo desabrocharlo, si se quería ver los senos. En el traje de baño no había ni que pensar. O no podía llevar bañador: se le hubieran salido los hierros por debajo. Sir Stephen le dijo que aquel verano, cuando se bañara, lo haría desnuda. O había podido darse cuenta de que a él le gustaba, en todo momento, cuando la tenía cerca, aunque en aquel momento no la deseara, asirla por el vientre y tirarle del vello, abrirla y hurgarla largamente con la mano.

El placer que sentía O cuando ella así palpaba a Jacqueline, húmeda y ardiente, con la mano, le hacía comprender el placer de Sir Stephen. Era natural que no quisiera que algo se lo dificultara.

Con los *twills* rayados o de lunares, gris y blanco y azul marino y blanco que O eligió, con falda plisada soleil y bolero ajustado y cerrado o los vestidos más sobrios en cloqué de nilón negro, apenas maquillada, sin sombrero, con el pelo suelto, O tenía aspecto de jovencita formal. Dondequiera que Sir Stephen la llevaba, la tomaban por su hija o por su sobrina, máxime, dado que él la tuteaba y ella le hablaba de usted. Solos los dos en París, paseando por las calles y mirando escaparates, o por los muelles polvorientos por falta de lluvia, veían sin asombro que los que se cruzaban con ellos les sonreían como se sonríe a las personas felices. A veces, Sir Stephen la atraía hacia un portal oscuro con olor a sótano para besarla y decirle que la quería. O hundía sus altos tacones en la parte baja de la puerta. Al fondo, se veía un patio de vecindad con ropa tendida en los balcones. En uno de ellos, una muchacha rubia los miraba fijamente. Un gato se les paseaba entre las piernas. Pasearon por los Gobelins, por Saint-Marcel, calle Mouffetard, el Temple y la Bastilla. Un día, Sir Stephen, bruscamente, la hizo entrar en un mísero hotel de paso en el que el conserje, al principio, quería hacerles llenar la ficha y luego les dijo que para una hora no valía la pena. El papel de la habitación era azul con grandes peonías doradas, la ventana daba a un patio interior que olía a basura. Por débil que fuera la bombilla de la cabecera de la cama, se veían sobre el mármol de la chimenea un poco de polvo de arroz volcado y unas horquillas. En el techo, encima de la cama, un gran espejo.

Una sola vez, Sir Stephen invitó a almorzar con O a dos compatriotas que estaban de paso. Fue a buscarla una hora antes de lo acordado, al muelle Béthune, en lugar de esperarla en su casa. O estaba bañada, pero no peinada, ni maquillada, ni vestida. Vio, sorprendida, que Sir Stephen traía en la mano una bolsa de palos de golf. Pero la sorpresa pasó pronto: Sir Stephen le dijo que abriera la bolsa. Dentro había varias fustas de cuero, dos de cuero rojo bastante gruesas, dos muy finas y largas de cuero negro, un látigo de flagelante con tres largas correas de cuero verde, rizadas en el extremo, otro látigo con cordones anudados, un látigo de perro formado por una gruesa correa de cuero con el mango trenzado, brazaletes de cuero como los de Roissy y cuerdas. O lo dispuso todo, bien ordenado, encima de la cama. Por mucha costumbre o firmeza que tuviera, estaba temblando. Sir Stephen la abrazó:

— ¿Qué prefieres, O? —le preguntó.

Pero ella casi no podía hablar y sentía que el sudor le corría por las axilas.

— ¿Qué prefieres? —insistió él—. Está bien, aunque no quieras hablar, me ayudarás.

Le pidió clavos y, después de buscar la manera de cruzar látigos y fustas para formar una decoración, indicó a O que el tablero de madera adosado a la pared entre el espejo y la chimenea, frente a la cama, sería el sitio más indicado para colocarlos. Puso los clavos. Los látigos y las fustas tenían anillas en el extremo del mango por las que podían colgarse con facilidad. Con los látigos, las fustas, los brazaletes y las cuerdas, O tendría así, frente a su cama, la panoplia completa de sus instrumentos de tortura. Era una hermosa panoplia, tan armoniosa como la rueda y las tenazas que se ven en los cuadros que representan a santa Catalina mártir, como el martillo, los clavos, la corona de espinas y el flagelo de los cuadros de la Pasión. Cuando volviera Jacqueline... Precisamente, se trataba de Jacqueline. Había que responder a la pregunta de Sir Stephen. O no podía hacerlo. Él mismo tuvo que elegir y eligió el látigo para perros.

En La Perouse, en un minúsculo reservado del segundo piso, en el que los personajes estilo Watteau de las paredes, de colores pálidos y un poco borrosos, parecían actores de teatro de muñecas, O fue colocada en el diván, sola, con uno de los amigos de Sir Stephen a su derecha y el otro a su izquierda, en sendos sillones, y Sir Stephen, enfrente. A uno de los hombres lo había visto en Roissy, pero no recordaba haberle pertenecido. El otro era un muchacho alto, pelirrojo, de ojos grises, que no tendría ni veinticinco años. Sir Stephen, en dos palabras, les dijo por qué había invitado a O y lo que ella era. Una vez más, al escucharle, O se asombró de la brutalidad de su lenguaje. Pero, ¿cómo quería ella que la llamara sino puta, si, en presencia de tres hombres, sin contar a los camareros que entraban y salían, pues la comida no había terminado, consentía en abrirse el cuerpo del vestido para mostrar los senos, con la punta maquillada y cruzados por marcas violáceas de la fusta? La comida fue muy larga y los dos ingleses bebieron mucho. A la hora del café, cuando sirvieron los licores, Sir Stephen apartó la mesa y, después de levantar la falda de O para que sus amigos vieran cómo la había taladrado y marcado, la dejó con ellos. El hombre que había conocido en Roissy acabó en seguida. Sin levantarse del sillón ni tocarla, le ordenó que se arrodillara ante él, le tomara el miembro entre las manos y se lo acariciara hasta que él pudiera derramarse en su boca. Después, la obligó a abrocharle y se fue. Pero el joven pelirrojo, trastornado por la sumisión de O, las anillas y las laceraciones que había visto en su cuerpo, en lugar de abalanzarse sobre ella como O esperaba, la tomó por la mano, le hizo bajar la escalera sin una mirada siquiera a las sonrisas burlonas de los camareros y la llevó en taxi a su hotel. No la dejó marchar hasta la noche, después de haberle surcado frenéticamente el vientre y el dorso, que dejó magullados, por lo ancho y rígido que era, enloquecido por la posibilidad que se le ofrecía por primera vez en su vida de penetrar en una mujer doblemente y de hacerse besar por ella del modo que acababa de presenciar (algo que él nunca se había atrevido a pedir a nadie). Al día siguiente, a las dos, cuando O llegó a

casa de Sir Stephen, que la había mandado llamar, lo encontró con cara triste y envejecido.

—O, Eric se ha enamorado locamente de ti —le dijo—. Esta mañana ha venido a suplicarme que te dé la libertad y a decirme que quiere casarse contigo. Quiere salvarte. Ya ves lo que te hago si eres mía, O, y si eres mía no puedes negarte, pero ya sabes que en todo momento puedes negarte a ser mía. Así se lo he dicho. Volverá a las tres.

O se echó a reír.

— ¿No es ya un poco tarde para eso? —preguntó—. Los dos están locos. Si Eric no hubiera venido esta mañana, ¿qué habríamos hecho usted y yo esta tarde? ¿Habríamos salido a pasear? Pues vámonos a pasear. ¿O usted no me habría llamado? Entonces me marchó...

—No —dijo Sir Stephen—; te hubiera llamado, O, pero no para salir a pasear. Quería...

—Siga.

—Ven. Así será más fácil.

Se levantó y abrió una puerta situada en la pared frente a la chimenea, simétrica a la de entrada al despacho. O siempre había creído que era una puerta de armario, condenada. Vio un pequeño gabinete recién pintado y tapizado de seda granate, la mitad del cual estaba ocupado por un estrado redondeado con dos columnas, idéntico al estrado de Samoís.

—Las paredes y el techo están forrados de corcho, la puerta acolchada y hay doble ventana, ¿no?

Sir Stephen movió afirmativamente la cabeza.

— ¿Y desde cuándo...?

—Desde que regresaste.

—Entonces, ¿por qué...?

— ¿Por qué he esperado hasta hoy? Porque esperaba que pasaras por otras manos además de las mías. Ahora te castigaré por ello. Nunca te he castigado, O.

—Soy suya —dijo O—. Castígueme. Cuando venga Eric...

Una hora después, al ver a O grotescamente esparrancada entre las dos columnas, el joven palideció, balbuceó y desapareció. O pensaba no volver a verle. Lo encontró en Roissy, a finales de septiembre, donde la exigió tres días seguidos y la maltrató salvajemente.

IV ~ La Lechuza



O no acertaba a comprender que hubiera habido un tiempo en el que dudara en hablar a Jacqueline de lo que René, acertadamente, llamaba su verdadera condición. Ya le había dicho Anne-Marie que cuando saliera de su casa habría cambiado. Pero ella no creía que pudiera cambiar tanto. Le parecía perfectamente natural, con Jacqueline otra vez en casa, más radiante y más fresca que nunca» no esconderse ya para bañarse ni para vestirse- De todos modos, Jacqueline prestaba tan poca atención a todo aquello que no fuera ella misma, que hasta dos días después de su llegada, al entrar de improviso en el cuarto de baño en el momento en que O, al salir de la bañera, hizo tintinear en el esmalte del borde los hierros de su vientre, no reparó en el disco que colgaba entre las piernas de O ni en las marcas de los latigazos que le cruzaban los muslos y los senos.

— ¿Qué tienes ahí? —le preguntó.

—Ha sido Sir Stephen —respondió O. Y añadió, como si fuera lo más natural—: René me entregó a él y él me ha hecho poner una placa con su nombre. Mira.

Mientras se secaba con el albornoz, se acercó a Jacqueline quien, de la impresión, se sentó en el taburete lacado, para permitirle tocar el disco y leer la inscripción. Después, se quitó el albornoz, se volvió y señaló con la mano la S y la H que tenía grabadas en las nalgas:

—También me hizo marcar con sus iniciales. Lo demás son golpes de fusta. Generalmente, me azota él mismo; pero hay veces en que me hace azotar por su criada negra.

Jacqueline la miraba sin pronunciar palabra. O se echó a reír y fue a darle un beso. Jacqueline, asustada, la rechazó y huyó hacia el dormitorio. O acabó de secarse tranquilamente, se perfumó y se cepilló el pelo. Se puso el ceñidor, las medias y las chinelas y cuando, a su vez, entró en el dormitorio, su mirada se tropezó en el espejo con la de Jacqueline que estaba peinándose sin darse cuenta de lo que hacía.

—Apriétame el ceñidor —le dijo—. Parece que te asombra. ¿No te lo ha contado René, a pesar de estar enamorado de ti?

—No lo entiendo —dijo Jacqueline. Y, revelando de entrada qué era lo que más la sorprendía, añadió—: Pareces estar orgullosa. No lo entiendo.

—Cuando René te lleve a Roissy lo comprenderás. ¿Ya te acuestas con él?

Una oleada de sangre invadió la cara de Jacqueline que movió negativamente la cabeza con tan poca naturalidad que O volvió a echarse a reír.

—Mientes, querida. Eres estúpida. Tienes perfecto derecho a acostarte con él. Pero ése no es motivo para que me rechaces. Deja que te acaricie. Te hablaré de Roissy.

¿Temía Jacqueline que O le hiciera una violenta escena de celos y cedió porque se sentía aliviada, o fue por curiosidad, para obtener explicaciones de O, o, simplemente, porque le gustaban la paciencia, la lentitud y la pasión con que O la acariciaba? Lo cierto es que cedió.

—Cuenta —dijo después a O.

—Sí; pero antes bésame la punta de los senos. Ya es hora de que empieces a acostumbrarte, si quieres servir de algo a René.

Jacqueline obedeció y obedeció tan bien que hizo gemir a O.

—Cuenta —insistió.

Por fiel y claro que fuera el relato de O y pese a que ella misma era prueba material de cuanto decía, a Jacqueline le pareció delirante.

—¿Y vas a volver en setiembre? —le preguntó.

—Cuando regresemos del Mediodía. Yo misma te llevaré. O te llevará René.

—Ya me gustaría verlo —dijo Jacqueline—. Pero verlo nada más.

—Desde luego. Es posible —dijo O que estaba convencida de lo contrario; pero se decía que si ella podía convencer a Jacqueline para que cruzara la verja de Roissy, Sir Stephen se lo agradecería. Después, bastarían los criados, las cadenas y los látigos para enseñarla a obedecer. Ella sabía ya que en la casa que Sir Stephen había alquilado cerca de Cannes donde ella debía pasar el mes de agosto con René, Jacqueline y con él y también con la hermana menor de Jacqueline que ésta había pedido permiso para llevar consigo —no porque quisiera hacerle un favor, sino porque su madre la atosigaba para que convenciera a O— sabía que la habitación que ella ocuparía y en la que Jacqueline no podría negarse a dormir por lo menos la siesta, cuando René no estuviera, estaba separada de la habitación de Sir Stephen por un tabique que parecía macizo y no lo era, sino que consistía en un enrejado calado y bastaba levantar una cortina para ver y oír lo que ocurría

al otro lado con la misma claridad como si estuviera uno de pie al lado de la cama. Jacqueline estaría expuesta a la mirada de Sir Stephen mientras O la acariciaba y cuando se enterase ya sería demasiado tarde. O se complacía en pensar que traicionaría a Jacqueline, pues se sentía insultada al ver que Jacqueline despreciaba aquella condición de esclava marcada y azotada, de la que O tan orgullosa se sentía.

O nunca había estado en el Mediodía. El cielo azul y fijo, el mar que apenas se movía, los pinos inmóviles bajo el sol, todo le pareció hostil y mineral.

—No son árboles de verdad —decía tristemente mirando los aromáticos bosques llenos de jaras y madroños, en los que todas las piedras y hasta los líquenes estaban tibios al tacto.

—El mar no huele a mar —decía también.

Le reprochaba que no escupiera más que alguna que otra alga amarillenta parecida al estiércol de caballo, que fuera demasiado azul y que lamiera la orilla siempre en el mismo sitio. Pero en el jardín de la casa, que era una antigua granja remozada, se estaba lejos del mar. A derecha e izquierda, unas tapias altas protegían de los vecinos; el ala de la servidumbre daba al patio de entrada, en la otra fachada y la fachada del jardín en la que estaba la habitación de O que se abría directamente a una terraza situada en el primer piso, estaba orientada al Este. La copa de unos grandes laureles negruzcos rozaba las tejas árabes que servían de parapeto a la terraza. Un encañizado la protegía del sol de mediodía y las baldosas rojas del suelo eran iguales a las de la habitación. Salvo la pared que separaba la habitación de O de la de Sir Stephen —y era la pared de una gran alcoba delimitada por un arco y separada del resto de la habitación por una especie de barrera parecida a la barandilla de una escalera, de madera torneada—, las restantes estaban encaladas. Las gruesas alfombras blancas extendidas sobre las baldosas eran de algodón y las cortinas, de lienzo amarillo y blanco. Había dos butacas cubiertas de la misma tela y colchones camboyanos azules, plegadas en tres. Completaban el mobiliario una hermosa cómoda de nogal estilo Regencia y una mesa campesina larga y estrecha, de madera clara, encerada, brillante como un espejo. O colgaba su ropa en un ropero. La cómoda le servía de tocador. A la pequeña Natalie la habían instalado cerca de la habitación de O y por las mañanas, a la hora en que sabía que O tomaba su baño de sol en la terraza, iba a reunirse con ella y se tumbaba a su lado. Era una muchachita muy blanca, de miembros redondeados y, sin embargo, esbelta, con ojos rasgados como los de su hermana, aunque negros y brillantes, que le daban aspecto de china. Su negro cabello estaba cortado formando un espeso flequillo y en línea recta, a ras de la nuca, detrás. Tenía unos senos pequeños, firmes y trémulos y unas caderas de niña, apenas curvadas. También ella vio a O por sorpresa, al salir corriendo a la terraza donde creía encontrar a su hermana. O estaba sola, tendida boca abajo en uno de los colchones. Pero lo que repugnaba a Jacqueline a ella le hizo sentir envidia y deseo. Interrogó a su hermana. Las respuestas con que Jacqueline creía escandalizarla, al contarle todo lo que O le había referido, no hicieron cambiar los sentimientos de Natalie, sino al contrario. Se había enamorado

de O. Consiguió callarlo durante más de una semana, hasta un domingo por la tarde, en que se las ingenió para quedarse a solas con O.

Hacía menos calor que de costumbre. René, que había estado nadando durante parte de la mañana, dormía en el sofá de una habitación fresca de la planta baja. Jacqueline, molesta al ver que prefería dormir, se reunió con O en su alcoba. El mar y el sol la habían dorado todavía más: su cabello, sus cejas, sus pestañas, el vello del vientre y las axilas parecían espolvoreados de plata y, como no iba en absoluto maquillada, sus labios tenían el mismo tono rosado que la carne del surco de su vientre. Para que Sir Stephen —cuya presencia invisible, se decía O, ella hubiera adivinado, presentido, percibido, de haber estado en el lugar de Jacqueline—, para que Sir Stephen pudiera verla bien, O procuró levantarle las piernas varias veces y mantenérselas abiertas a plena luz: la lámpara de la mesita de noche estaba encendida. Los postigos estaban cerrados y la habitación, casi a oscuras, pese a las rayas de luz que se filtraban a través de las rendijas de la madera. Jacqueline gimió más de una hora con las caricias de O y, al fin, con los senos erguidos, los brazos levantados, apretando los barrotes de la cabecera de la cama estilo italiano, empezó a gritar cuando O, separando los lóbulos orlados de pálido vello, mordió lentamente la cresta de carne sobre la que se unían, entre los muslos, los finos y suaves labios. O la sentía arder, rígida bajo su lengua y la hizo gritar sin pausa hasta que se distendió bruscamente, con todos los resortes rotos, húmeda de placer. Luego, la envió a su habitación, donde se durmió; pero estaba ya despierta y arreglada cuando, a las cinco, René fue a buscarla para salir al mar con Natalie en un pequeño bote de vela, como solían hacer a última hora de la tarde, aprovechando la suave brisa que entonces se levantaba.

— ¿Dónde está Natalie? —preguntó René.

Natalie no estaba en su habitación ni en la casa. La llamaron por el jardín. René se acercó al bosque de encinas que se extendía a continuación del jardín. Nadie contestó.

—Seguramente, ya estará en la cala —dijo René—. O en el bote.

Se fueron sin volver a llamarla. Fue entonces cuando O, que estaba tumbada en una hamaca en la terraza, vio a través de la balaustrada a Natalie que corría hacia la casa. Se levantó y se puso la bata, pues hacía aún mucho calor y estaba desnuda. Se anudaba el cinturón cuando entró Natalie hecha una furia y se arrojó sobre ella.

— ¡Ya se fue! ¡Por fin se fue! —gritó—. Le he oído. O, os he oído a las dos. Estuve escuchando detrás de la puerta. Tú la besas y la acaricias. ¿Por qué no me acaricias a mí? ¿Por qué no me besas? ¿Es porque soy morena y no soy bonita? Ella no te quiere, O, y yo sí. —Y se echó a llorar.

«Ah, vamos», se dijo O. Hizo sentar a la niña en un sillón y sacó de la cómoda un pañuelo grande. (Era de Sir Stephen.) Cuando los sollozos de Natalie se hubieron calmado un poco, le enjugó las lágrimas. Natalie le pidió perdón y le besó las manos.

—Aunque no quieras besarme, O, deja que me quede a tu lado. Quiero estar siempre a tu lado. Si tuvieras un perro, dejarías que estuviera a tu

lado. Si no quieres besarme y prefieres pegarme, pégame, pero no me echas.

—Calla, Natalie, no sabes lo que dices —murmuró O en voz baja.

La pequeña, también en voz baja y abrazándose a las rodillas de O, respondió:

—Oh, sí lo sé muy bien. La otra mañana, te vi en la terraza, vi las iniciales y los morados. Y me ha dicho Jacqueline...

— ¿Qué te ha dicho?

—Dónde estuviste. O, y lo que te hacían.

— ¿Te ha hablado de Roissy?

—Y también me ha dicho que tú... que tú estabas...

— ¿Que yo estaba...?

—Que llevas unas anillas de hierro.

—Sí. ¿Y qué más?

—Pues que Sir Stephen te azota todos los días.

—Sí, y va a venir en seguida. Márchate, Natalie.

Natalie no se movió de su asiento, levantó la cara hacia O, y O vio la adoración que había en sus ojos.

—Enséñame, O, te lo ruego. Quiero ser como tú. Haré todo lo que me digas. Prométeme que cuando vuelvas a ese sitio que dice Jacqueline, me llevarás contigo.

—Eres demasiado joven —dijo O.

—No soy demasiado joven —gritó Natalie, furiosa—. Tengo más de quince años. No soy demasiado joven. Pregunta a Sir Stephen —porque él entraba en aquel momento.

Natalie obtuvo permiso para quedarse junto a O y la promesa de que la llevarían a Roissy. Pero Sir Stephen prohibió a O que le enseñara caricia alguna, que la besara, aunque fuera en la boca y que se dejara besar por ella. Quería que llegara a Roissy sin haber sido tocada por las manos ni por los labios de nadie. Por el contrario, ya que ella quería estar siempre con O, exigió que no se apartara de ella ni un instante, que viera cómo O acariciaba a Jacqueline y cómo le acariciaba y se entregaba a él, y cómo era azotada por él y por la vieja Nora. Los besos con que O cubría a su hermana, la boca de O sobre la boca de su hermana, hacían temblar a Natalie de celos y de odio. Pero cuando, acurrucada sobre la alfombra, en la alcoba, al pie de la cama de O, como la pequeña Dinarzade al pie de la cama de Scheherezade, veía a O atada a la balaustrada de madera retorcerse bajo la fusta, a O de rodillas recibir humildemente en la boca el

grueso miembro erguido de Sir Stephen, a O, prosternada, separarse las nalgas con sus propias manos para ofrecerle el camino de su dorso, Natalie no sentía más que admiración, impaciencia y envidia.

Tal vez O se fió demasiado de la indiferencia y la sensualidad de Jacqueline, tal vez Jacqueline, ingenuamente, consideró que prestarse a O podía hacer peligrar sus relaciones con René, lo cierto es que se retiró bruscamente. Hacia la misma época, pareció que empezaba a querer distanciarse de René, con quien pasaba casi todas las noches y todos los días. Nunca tuvo hacia él la actitud de la enamorada. Le miraba fríamente y cuando le sonreía, la sonrisa no llegaba a los ojos. Aun admitiendo que se abandonara a él como se abandonaba a O, lo cual era probable, O estaba convencida de que aquel abandono no comprometía a Jacqueline a gran cosa. A René, por el contrario, se le veía ciego de deseo ante ella, paralizado por un amor que él no había conocido hasta entonces, un amor lleno de inquietud, inseguro de ser correspondido y temeroso de desagradar. Vivía y dormía en la misma casa que Sir Stephen, en la misma casa que O, comía, cenaba, salía y paseaba con Sir Stephen y con O, y hablaba con ellos y, sin embargo, ni los veía ni los oía. Veía, oía, hablaba a través de ellos, más allá de ellos, tratando constantemente de alcanzar, en un esfuerzo mudo y agotador, parecido a los esfuerzos que se hacen en sueños para saltar en el tranvía que arranca, para asirse al parapeto del puente que se hunde, tratando de alcanzar la razón de ser, la verdad de Jacqueline que debían de existir en algún lugar dentro de su piel dorada, como, bajo la porcelana, el mecanismo que hace llorar a las muñecas. «Ya está aquí —se decía O—, ya está aquí el día que tanto temía yo, el día en que yo no fuera para René más que la sombra de una vida pasada. Y ni siquiera estoy triste, sólo siento lástima de él, y puedo verlo a diario sin que me duela que ya no me desee, sin amargura, sin pesar. Y, sin embargo, hace sólo unas semanas corrí a suplicarle que me dijera que me quería. ¿Era esto mi amor, algo tan frágil, tan consolable? Pero ni siquiera estoy consolada: si soy feliz. ¿Bastaba, pues, que me diera a Sir Stephen para que me desligara de él y entre unos brazos nuevos naciera a un nuevo amor?» Pero, ¿qué era René al lado de Sir Stephen? Cuerda de heno, amarra de paja, cadenas de corcho, éstos eran los símbolos de los lazos con que había querido sujetarla él, para desecharla tan pronto. Pero, ¡qué seguridad, qué delicia la anilla de hierro que taladra la carne y pesa siempre, la marca que nunca se borrará, la mano de un amo que te tiende un lecho de roca, el amor de un dueño que sabe apoderarse sin piedad de aquello que ama! Y O se decía que, a fin de cuentas, no había amado a René sino para aprender lo que era el amor y saber darse mejor, esclavizada y colmada, a Sir Stephen. Pero al ver a René —que tan libre fuera con ella y a quien ella amaba por su libertad— moverse como envarado, como andando por el agua, con las piernas enredadas entre las hierbas de un estanque que parece inmóvil pero está cruzado por corrientes profundas, inflamaba a O de odio hacia Jacqueline. ¿Lo adivinó René o lo dejó traslucir ella, imprudente? Cometió un error. Una tarde, fueron las dos a Cannes a la peluquería y después se sentaron en la terraza de la Réserve. Jacqueline, con pantalón pirata y jersey de lino negro, extinguía a su alrededor hasta la lozanía de los niños, tan lisa, dorada, dura y clara aparecía bajo el pleno

sol, tan insolente, tan hermética. Dijo a O que tenía una cita con el director que había rodado en París, para unos exteriores, probablemente en las montañas situadas detrás de Saint-Paul-de-Vence. Allí estaba el muchacho, derecho y decidido. No hacía falta que hablara. Que estaba enamorado de Jacqueline era evidente. No había más que ver cómo la miraba. ¿Qué tenía de sorprendente? Lo sorprendente era Jacqueline. Recostada en uno de los grandes sillones basculantes de la terraza, le escuchaba hablar de fechas, de citas y de la dificultad de encontrar el dinero necesario para terminar la película. Tuteaba a Jacqueline, quien respondía con movimientos de cabeza, entornando los ojos. O estaba sentada frente a ella y el muchacho, entre las dos. No tuvo la menor dificultad en observar que Jacqueline, con los ojos entornados y al amparo de los párpados inmóviles, espiaba el deseo del muchacho, como hacía siempre, creyendo que nadie lo notaba. Pero lo asombroso era verla turbada por él, con los brazos a lo largo del cuerpo, sin sombra de sonrisa, grave como nunca la viera O ante René. Una sonrisa de apenas un segundo, cuando O se inclinó hacia delante para dejar en la mesa el vaso de agua helada y sus miradas se cruzaron, hizo comprender a O que Jacqueline se sabía descubierta. Pero no parecía inquieta. Fue O la que enrojeció.

— ¿Tienes calor? —preguntó Jacqueline—, En cinco minutos nos vamos. Además, te sienta muy bien.

Después, volvió a sonreír, pero esta vez con tan tierno abandono, levantando los ojos hacia su interlocutor, que parecía imposible que éste no se abalanzara a besarla. Pero no. Él era demasiado joven para saber el impudor que hay en la inmovilidad y el silencio. Dejó que Jacqueline se levantara, le tendiera la mano y le dijera adiós. Ya lo llamaría. Él se despidió también de la sombra que para él había sido O y, de pie en la acera, vio alejarse el «Buick» negro por la avenida, entre las casas, que el sol quemaba, y el mar excesivamente azul. Las palmeras parecían recortadas de hojalata, los transeúntes, muñecos de cera mal fundida, animados por un mecanismo absurdo.

— ¿Tanto te gusta? —preguntó O a Jacqueline cuando el coche salía de la ciudad y tomaba por la carretera de la cornisa alta.

— ¿Te importa? —repuso Jacqueline.

—Importa a René —afirmó O.

—Algo que importa a René y a Sir Stephen y, si no he comprendido mal, a otros varios, es que estas muy mal sentada. Vas a arrugarte el vestido.

O no se movió.

—Y también creía —prosiguió Jacqueline— que nunca debías cruzar las rodillas.

Pero O no la escuchaba. ¿Qué le importaban las amenazas de Jacqueline? ¿Imaginaba que amenazando con denunciarla por esta falta

venial impediría que ella la denunciara a René? No sería por falta de ganas si no lo hacía. Pero René no podría soportar la idea de que Jacqueline le mentía o de que quería disponer de sí misma por su propia cuenta. ¿Cómo hacer creer a Jacqueline que si O callaba sería para no ver a René perder la cara, palidecer por otra que no era ella y, tal vez, tener la debilidad de no castigarla? ¿Más aún, que sería por temor de ver volver contra ella la cólera de René, por ser portadora de malas noticias y delatora? ¿Cómo decir a Jacqueline que ella callaría sin que pareciera que deseaba hacer un trato de toma y daca con ella? Porque Jacqueline imaginaba que O tenía un miedo espantoso, un miedo que le helaba la sangre, de lo que le harían si Jacqueline hablaba.

Bajaron del coche en el patio de la casa sin volver a dirigirse la palabra. Jacqueline, sin mirar a O, arrancó un geranio blanco junto a la fachada. O la seguía lo bastante cerca para percibir el olor fino y penetrante de la hoja aplastada entre sus dedos. ¿Creía que así disimulaba el olor del sudor que le pegaba al cuerpo el lino del jersey y le ponía unas manchas más oscuras en los sobacos? René estaba solo en la gran sala de baldosas rojas y paredes encaladas.

—Os habéis retrasado —les dijo cuando entraron—. Sir Stephen te espera aquí al lado —añadió dirigiéndose a O—. Te necesita. No está muy contento.

Jacqueline se echó a reír y O la miró y enrojeció.

—Podríais haber elegido otro momento —dijo René, interpretando equivocadamente la risa de Jacqueline y el sonrojo de O.

—No es eso —dijo Jacqueline—. ¿No sabías que tu hermosa y obediente amiga no es tan obediente cuando tú no estás? Fíjate qué arrugado tiene el vestido.

O estaba de pie en medio de la sala, de cara a René. Él le dijo que se volviera, pero ella no pudo moverse.

—Además, cruza las rodillas —continuó Jacqueline—. Pero eso no se nota, desde luego. Y tampoco, que trata de conquistar a los chicos.

—Eso no es verdad —gritó O—. ¡Si has sido tú!

O saltó sobre Jacqueline y René la sujetó en el momento en que iba a golpearla. Se debatía entre sus manos, por el placer de sentirse la más débil, estar a su merced, cuando, al levantar la cabeza, vio a Sir Stephen en la puerta, mirándola. Jacqueline había retrocedido hasta el diván, con su pequeño rostro endurecido por el miedo y la cólera y O sintió que René, aunque ocupado sujetándola a ella, sólo estaba pendiente de Jacqueline. Dejó de debatirse y, desesperada al verse pillada en falta por Sir Stephen, repitió, ahora en voz baja:

—No es verdad. Juro que no es verdad.

Sin una palabra, sin una mirada para Jacqueline, Sir Stephen hizo una seña a René para que soltara a O, y a O le indicó que pasara. Pero, al otro lado de la puerta, O sintió que la empujaba hacia la pared, que le asía el vientre y los senos y le abría la boca con la lengua y gimió de felicidad y de alivio. La punta de sus senos se endurecía bajo la mano de Sir Stephen. Con la otra mano, él le palpaba tan rudamente el vientre que ella pensó que iba a desmayarse. ¿Se atrevería a decirle algún día que no había placer, ni alegría, ni fantasía que pudiera compararse con la felicidad que sentía por la libertad con que él se servía de ella, por la idea de que no le guardaba ningún miramiento ni ponía límite a la forma en que buscaba el placer en su cuerpo? La certeza que tenía de que cuando él la tocaba, ya fuera para acariciarla o para golpearla, que cuando le ordenaba algo era únicamente porque lo deseaba, la certeza de que él no pensaba más que en su propio placer, colmaba a O de tal manera que, cada vez que tenía prueba de ello, o solamente cada vez que lo pensaba, se abatía sobre ella una capa de hierro, una coraza ardiente que le iba desde los hombros hasta las rodillas. Allí, de pie, apoyada contra la pared, con los ojos cerrados, murmurando que lo quería, cuando no le faltaba el aliento, sentía que las manos de Sir Stephen, aunque frescas como una fuente sobre su fuego, la hacían arder más todavía. Él se apartó suavemente, dejó caer su falda sobre sus muslos húmedos y cerró el bolero sobre sus senos erguidos.

—Ven conmigo, O. Te necesito —le dijo.

Entonces, al abrir los ojos, O descubrió que en la habitación había alguien más. Aquella gran pieza desnuda y encalada, parecida a la sala de la entrada, se abría también al jardín y, en la terraza que precedía al jardín, sentado en un sillón de mimbre, con un cigarrillo entre los labios, había una especie de gigante calvo, enorme vientre que le tensaba la camisa desabrochada y el pantalón de lino, que miraba a O. Se levantó y se acercó a Sir Stephen, que empujaba suavemente a O ante él. O vio que de una cadenita que asomaba del bolsillo del reloj colgaba el disco de Roissy. Sir Stephen se lo presentó cortesmente, aunque sin darle otro nombre que *el Comandante* y, por primera vez desde que trataba con los afiliados de Roissy (aparte Sir Stephen), O tuvo la sorpresa de ver que le besaban la mano. Entraron los tres en la sala, dejando el balcón abierto. Sir Stephen se acercó a la chimenea del ángulo y llamó. Encima de la mesa china, al lado del diván, O vio la botella de whisky, el sifón y los vasos. Entonces no era para pedir bebida. Vio también, en el suelo, cerca de la chimenea, una gran caja de cartón blanco. El hombre de Roissy se había sentado en un sillón de mimbre y Sir Stephen, de lado en la mesa redonda, balanceando una pierna. O, a quien indicaron el diván, se sentó dócilmente, después de levantarse la falda. Sentía en los muslos el suave piqué de algodón de la funda provenzal. Entró Nora. Sir Stephen le dijo que desnudara a O y se llevara sus ropas. O se dejó quitar el bolero, la falda, el ceñidor que le apretaba el talle y las sandalias. En cuanto la hubo desnudado Nora salió y O, sumida de nuevo en el automatismo de la regla de Roissy, segura de que Sir Stephen no deseaba de ella más que absoluta docilidad, se quedó de pie en medio de la sala, con los ojos bajos. En esta actitud, adivinó más que vio a Natalie entrar por el balcón abierto, vestida de negro como su hermana, descalza y callada. Seguramente Sir

Stephen había hablado ya de Natalie, pues ahora se limitó a presentársela al visitante, quien no hizo comentario alguno, y pedirle que sirviera bebidas. En cuanto ella hubo repartido whisky, seltz y hielo (y, en aquel silencio, el simple tintineo de los cubitos de hielo en el cristal hacía un ruido estremecedor), *el Comandante*, con el vaso en la mano, se levantó del sillón de mimbre en el que permaneció sentado mientras desnudaban a O y se acercó a ella. O creyó que con la mano libre le cogería un seno o el vientre. Pero no la tocó, contentándose con mirarla muy de cerca, desde la boca entreabierta hasta las rodillas ligeramente separadas. Dio la vuelta en derredor, atento a sus senos, sus muslos, sus caderas. Aquella atención sin una palabra, la presencia de aquel cuerpo gigantesco tan cerca trastornaba a O de tal modo que no sabía si deseaba huir de él o, por el contrario, que la tumbara y la aplastara. Estaba tan azorada que levantó los ojos hacia Sir Stephen, en demanda de socorro. Él comprendió, sonrió, se acercó a ella y tomándole las dos manos en una de las suyas, se las unió a la espalda. Ella se apoyó en él, con los ojos cerrados y fue en un sueño o, lo menos, en el crepúsculo de un duermevela de agotamiento, como cuando, siendo niña, al salir de una anestesia oyó hablar de ella a las enfermeras que la creían aún dormida, de sus cabellos, de su tez pálida, de su vientre liso en el que apenas asomaba una pelusa, oyó ahora que el desconocido felicitaba a Sir Stephen, elogiando sus senos abultados, su cintura delgada y las anillas más gruesas y más largas de lo acostumbrado. Entonces se enteró también de que seguramente Sir Stephen había prometido prestarla la semana siguiente, pues el hombre le daba las gracias. Y entonces Sir Stephen, tomándola por la nuca, le dijo suavemente que despertara y que subiera a su habitación y le esperase allí con Natalie.

¿Merecía la pena sentirse tan turbada y que Natalie, loca de alegría por la idea de ver a O abierta por otro que no fuera Sir Stephen, bailara a su alrededor una especie de danza piel roja gritando:

— ¿Crees que te entrará también en la boca, O? ¿No te has fijado cómo te miraba la boca? ¡Ah, qué suerte tienes de que te deseen así! Seguro que te golpea con el látigo. Tres veces ha mirado las marcas. Por lo menos, durante ese tiempo no pensarás en Jacqueline.

— ¡Pero si no estoy pensando continuamente en Jacqueline! —dijo O—. Eres estúpida.

—No; no soy estúpida y sé muy bien que la echas de menos.

Era verdad, pero no del todo. Lo que O echaba de menos no era Jacqueline, sino un cuerpo de muchacha con el que pudiera hacer lo que quisiera. De no haberlo tenido prohibido, hubiera tomado a Natalie y lo único que le impedía quebrantar la prohibición era la certeza de que, dentro de unas semanas, le entregarían a Natalie en Roissy y que sería ante ella, por ella y gracias a ella como Natalie sería entregada. Ardía por suprimir aquella muralla de aire, de espacio, de vacío, que existía entre Natalie y ella, al tiempo que se deleitaba en aquella espera que le había sido impuesta. Se lo dijo a Natalie, que movió negativamente la cabeza, con incredulidad.

—Si Jacqueline estuviera aquí y se dejara, la acariciarías.

—Claro que sí —dijo O, riendo. — ¿Lo ves...?

¿Cómo hacerle comprender, aunque, ¿valía realmente la pena?, que no, que O no estaba enamorada de Jacqueline, como tampoco lo estaba de Natalie, ni de ninguna muchacha en particular, sino de las muchachas en general y de la misma forma en que puede uno estar enamorado de su propia imagen, aunque siempre le parecían las otras más hermosas y conmovedoras que ella? El placer que le producía ver a una muchacha jadear bajo sus caricias, cerrársele los ojos y erguirse la punta de sus senos bajo sus labios y sus dientes, introducirle la mano en el vientre y en el dorso —y sentirla contraerse en torno a sus dedos y oírla gemir— era algo que le daba vértigo y era tan fuerte aquel placer porque le hacía presente el placer que ella proporcionaba a su vez cuando se contraía en torno al que la poseía, y gemía, con la diferencia de que ella no concebía poderse entregar a una mujer, sino sólo a un hombre. Le parecía, además, que las muchachas que ella acariciaba pertenecían por derecho al hombre al que pertenecía ella y que si ella estaba allí era para representarlo a él. Si Sir Stephen hubiera entrado en su habitación mientras ella acariciaba a Jacqueline, aquellos días en que Jacqueline se reunía con ella a la hora de la siesta, sin el menor remordimiento, al contrario, con un placer total, hubiera separado con sus propias manos los muslos de Jacqueline si él hubiera querido poseerla, en lugar de limitarse a mirar a través del tabique calado. Podían lanzarla a la caza, era un ave de presa con dotes naturales que abatiría y traería la pieza. Y precisamente... Mientras, con el corazón palpitante, recordaba los labios rosas y delicados de Jacqueline bajo el pelaje rubio de su vientre, en el anillo más delicado y rosa todavía entre sus nalgas que no se había atrevido a forzar más que tres veces, oyó moverse a Sir Stephen en su habitación. Sabía que él podía verla aunque ella no lo viera y, una vez más, se sintió dichosa de aquella exposición constante, de estar encerrada en aquella cárcel de su mirada. Natalie estaba sentada en la alfombra blanca, en el centro de la habitación, como una mosca en la leche; pero O, de pie frente a la tripuda cómoda que le servía de tocador sobre la cual se veía reflejada hasta medio cuerpo en un espejo antiguo, un poco verdosa y desdibujada, como en un estanque, recordaba uno de aquellos grabados de finales del otro siglo en que las mujeres andaban desnudas en la penumbra de las casas, en pleno verano. Cuando Sir Stephen empujó la puerta, ella se volvió tan aprisa, apoyando la espalda en la cómoda, que los hierros que colgaban entre sus piernas chocaron con uno de los tiradores de bronce y tintinearón.

—Natalie —dijo Sir Stephen—, trae la caja blanca que quedó abajo, en la segunda sala.

Al volver, Natalie dejó la caja sobre la cama, la abrió y uno a uno fue sacando y desenvolviendo de su papel de seda, los objetos que contenía y fue entregándolos a Sir Stephen. Eran máscaras. Eran a la vez máscaras y tocados hechos para cubrir toda la cabeza y no dejaban al descubierto, además de los ojos, por unas pequeñas ranuras, la boca y el mentón. Gavilán, halcón, lechuza, zorro, león, toro... eran sólo máscaras de animales de tamaño humano, pero hechas con la piel o las plumas del

verdadero animal, con la órbita del ojo sombreada por pestañas cuando el animal tenía pestañas (como el león), y lo bastante largas para cubrir los hombros de quien las llevara. Bastaba ceñir una cincha bastante ancha, disimulada bajo aquella especie de capa que caía por la espalda, para que la máscara se amoldara estrechamente al labio superior (tenía un orificio para cada fosa nasal) y a las mejillas. Un armazón de cartón moldeado y endurecido, colocado entre el revestimiento exterior y el forro de piel, mantenía rígida la forma. Delante del espejo grande, en el que se reflejaba de cuerpo entero, O se probó todas las máscaras. La más singular y también la que más la transformaba y más natural le parecía era una de las de lechuza (había dos), seguramente porque era de plumas leonadas y beige, color que se confundía con el de su piel tostada. La capa de plumas le ocultaba casi por completo los hombros, caía hasta media espalda y, por delante, hasta el nacimiento de los senos. Sir Stephen le hizo quitarse la pintura de los labios y, cuando se hubo despojado de la máscara, le dijo:

—Está bien, vas a ser la lechuza para *el Comandante*. Pero O, quiero pedirte perdón, te llevarán sujeta a una cadena. Natalie, trae del primer cajón de mi escritorio una cadena y unas pinzas.

Natalie le llevó la cadena y las pinzas con las que Sir Stephen abrió el primer eslabón que enganchó en la segunda anilla que O llevaba al vientre y volvió a cerrarlo. La cadena, parecida a las que se utilizan para pasear a los perros —y para eso había servido— tenía una longitud de un metro y medio y terminaba en un mosquetón. Cuando O volvió a ponerse la máscara, Sir Stephen dijo a Natalie que tomara el extremo de la cadena y que diera unas vueltas por la habitación, delante de O. Natalie dio tres vueltas, llevando a O, desnuda y con la máscara, sujeta a la cadena por el vientre.

—Está bien —dijo Sir Stephen—. *El Comandante* tenía razón. También habrá que hacerte depilar por completo. Eso lo dejaremos para mañana. Por el momento, conserva puesta la cadena.

La misma noche, y por primera vez en compañía de Jacqueline y de Natalie, de René y de Sir Stephen, O cenó desnuda, con la cadena pasada entre las piernas hacia atrás y atada a la cintura. Servía Nora sola y O procuraba rehuir su mirada: dos horas antes, Sir Stephen la había mandado llamar.

Fueron las laceraciones, frescas todavía, más que los hierros y que la marca de las nalgas lo que consternó a la muchacha del instituto de belleza en el que O fue a hacerse depilar al día siguiente. Por más que O le dijo que aquella depilación a la cera, en la que se arranca el pelo de raíz, no era menos dolorosa que un latigazo y trató incluso de explicarle, si no cuál era su vida, por lo menos, que era feliz, no hubo manera de calmar su espanto. Lo único que O consiguió con sus palabras fue que, en lugar de mirarla con compasión, como al principio, la mirase con horror. Por muy amablemente que diera las gracias, al terminar el servicio, cuando iba a salir de la cabina en la que había estado abierta como para el amor, por mucho dinero que dejase, le daba la impresión de que, en lugar de despedirla, la echaban. ¿Qué importaba? Era evidente que el contraste entre el vello de su vientre

y las plumas de la máscara resultaba poco estético, como evidente era que aquel aspecto de estatua de Egipto que le daba la máscara y que sus hombros anchos, sus caderas finas y sus piernas largas acentuaban, exigía que su piel estuviera totalmente lisa. Pero únicamente las efigies de las diosas salvajes tienen alta y visible la ranura del vientre, entre cuyos labios aparecía la arista de labios más finos. ¿Se ha visto alguna que estuviera taladrada por aros? O se acordó de la muchacha pelirroja y llenita que estaba en casa de Anne-Marie y que decía que su dueño no utilizaba la anilla de su vientre más que para atarla a la cama y también que quería que estuviera depilada porque sólo así estaba desnuda del todo. O temía desagradar a Sir Stephen, a quien tanto le gustaba atraerla hacia sí tirando del vello de su vientre, pero se equivocaba: Sir Stephen la encontró más conmovedora y cuando ella se puso la máscara y se limpió la pintura de los labios, la acarició casi tímidamente como a un animal al que se quiere domesticar. No le había dicho nada acerca del lugar al que deseaba llevarla, ni sobre la hora en que debían partir, ni quiénes serían los invitados del *Comandante*. Pero durmió con ella el resto de la tarde y por la noche ordenó que les sirvieran a los dos la cena en su habitación. Salieron a las once. O iba envuelta en una gran capa de montaña color castaño y calzaba zuecos de madera. Natalie, con jersey y pantalón negro, la llevaba sujeta por la cadena cuyo mosquetón estaba enganchado al brazalete que llevaba en la muñeca derecha. Conducía Sir Stephen. La luna, casi llena, estaba alta e iluminaba con manchas como de nieve la carretera, los árboles y las casas de los pueblos, dejando todo lo demás en una negrura de tinta china. Todavía se veían grupos de personas en las puertas y, al paso de aquel coche cerrado (Sir Stephen no había bajado la capota), se percibía cierto revuelo de curiosidad. Ladraban los perros. Donde daba la luz, los olivos parecían nubes de plata flotando a dos metros del suelo y los cipreses, plumas negras. En aquel paisaje, que la noche hacía fantástico, nada parecía real más que el olor de la salvia y el espliego. La carretera subía continuamente y, sin embargo, el mismo aire caliente envolvía la tierra. O se quitó la capa. Allí no la veían; ya no había nadie. Diez minutos después, pasado un bosque de robles verdes, en lo alto de una cuesta, Sir Stephen aminoró la marcha ante una tapia en la que había una puerta cochera que se abrió al acercarse el automóvil. Paró en un antepatio, mientras alguien cerraba la puerta de la tapia. Bajó del coche e hizo bajar a Natalie y a O quien por orden suya dejó en el coche la capa y los zuecos. La puerta que él empujó se abrió a un claustro porticado Renacimiento del que sólo quedaban tres lados y, por el cuarto, el patio embaldosado comunicaba con una terraza embaldosada también. Una decena de parejas bailaban en la terraza y el patio y, en mesitas iluminadas por velas, había mujeres muy escotadas y hombres con chaquetilla blanca. El tocadiscos estaba bajo la galería de la izquierda y un buffet, en la de la derecha. Pero la luna iluminaba tanto como las velas y cuando dio de lleno en O, a la que conducía Natalie, que era como una pequeña sombra negra, los que la vieron dejaron de bailar y los hombres que estaban sentados se pusieron de pie. El camarero que se ocupaba del tocadiscos, al notar que ocurría algo, dio media vuelta y estupefacto, paró el disco. O dejó de avanzar. Sir Stephen, inmóvil dos pasos detrás de ella, esperaba también. *El Comandante* apartó a los que se

habían agrupado en torno a O y empezaban ya a llevar antorchas para verla mejor.

— ¿Quién es? —preguntaban—. ¿A quién perteneces?

—A ustedes, si la quieren —respondió.

Y se llevó a Natalie y a O a un rincón de la terraza en el que había un banco de piedra recubierto por una colchoneta y adosado a un muro bajo. Cuando O estuvo sentada, con la espalda apoyada en el muro y las manos descansando en las rodillas y Natalie, en el suelo, a la izquierda, a sus pies, todavía con la cadena enganchada a la pulsera, él se alejó. O lo buscó con la mirada y, al principio, no alcanzaba a verle. Después lo adivinó, tendido en una tumbona en el otro extremo de la terraza. Podía verla y ella se sintió más tranquila. Volvía a sonar la música y las parejas bailaban de nuevo. Algunas se acercaban a ella como por casualidad, sin dejar de bailar. Luego, una lo hizo sin disimulo y era la mujer la que arrastraba al hombre. O los miraba fijamente con los ojos muy abiertos bajo su plumaje, como los ojos del ave nocturna que figuraba. Era tan fantástico su aspecto que lo que parecía más natural, que la gente le hiciera preguntas, no se le ocurrió a nadie, como si hubiera sido una lechuza de verdad, sorda al lenguaje humano, y muda. Desde la medianoche hasta que, hacia las cinco, el día empezó a blanquear el cielo por el Este, a medida que la luna se debilitaba mientras caía por el Oeste, se acercaron a ella varias veces, la tocaron, varias veces la rodearon, varias veces le abrieron las rodillas, le levantaron la cadena, acercaron uno de aquellos candelabros de dos brazos de cerámica provenzal —y ella sentía que la llama de las velas le calentaba el interior de los muslos—, para ver cómo estaba sujeta la cadena. Hubo incluso un americano borracho que la asió riendo, pero cuando se dio cuenta de que tenía en la mano la carne y el hierro que la atravesaba, se serenó bruscamente y O vio asomar a su rostro el horror y el desprecio que había visto también en el de la muchacha que la había depilado. Una jovencita, vestida de blanco, con traje de primer baile, los hombros al aire, una gargantilla de perlas, dos rosas de té en la cintura y sandalias doradas en los pies, a instancias del muchacho que la acompañaba, se sentó al lado de O, a la derecha. Luego, él le tomó la mano y le obligó a acariciar los senos de O, que se estremeció al contacto de aquella mano fresca y suave, a tocar el vientre de O, y las anillas, y el orificio por el que pasaba el hierro. La joven obedecía en silencio y cuando el muchacho le dijo que él le haría otro tanto, no esbozó siquiera un movimiento de retroceso. Pero ni aun utilizándola de este modo y tomándola como modelo u objeto de demostración, nadie le dirigió la palabra ni una sola vez. ¿Era acaso de piedra o de cera, o una criatura de otro mundo, o creían que sería inútil hablarle, o tal vez no se atrevían? Cuando se hizo de día y se fueron todos los invitados, Sir Stephen y *el Comandante*, después de despertar a Natalie que se había quedado dormida a los pies de O, hicieron levantarse a O, la llevaron al centro del patio, le quitaron la cadena y la máscara y, tendiéndola sobre una mesa, la poseyeron uno tras otro.

En un último capítulo que ha sido suprimido, O volvía a Roissy, donde Sir Stephen la abandonaba.

Existe otro final de la historia de O. Y es que, al darse cuenta de que Sir Stephen va a dejarla, ella prefiere la muerte. Y él accede.



Prefacio: La felicidad de la esclavitud. Jean Paulhan

UN REVUELTA EN BARBADOS

Una singular revuelta ensangrentó, en el curso del año de 1838, la pacífica isla de Barbados. Unos doscientos negros, hombres y mujeres que recientemente habían sido manumitidos por las Ordenanzas de marzo, fueron a pedir una mañana a su antiguo amo, un tal Glenelg, que volviera a tomarlos como esclavos. Se dio lectura al pliego de reclamaciones, redactado por un pastor anabaptista que llevaban con ellos. Pero Glenelg, bien por timidez, por escrúpulo o, simplemente, por temor a la ley, no se dejó convencer. En vista de lo cual, fue en un principio suavemente zarandeado y después asesinado con toda su familia por los negros, quienes aquella misma noche volvieron a sus chozas, dedicándose a sus charlas, sus

trabajos y sus ritos habituales. El caso pudo taparse rápidamente gracias a los desvelos del gobernador Mac Gregor y la liberación siguió su curso. El pliego de reclamaciones no pudo ser hallado.

A veces, pienso en el pliego aquel. Probablemente, junto a reclamaciones justas, relativas a la organización de los talleres, a la sustitución del látigo por la celda y a la prohibición de ponerse enfermos que se hacía a los «aprendices» —así se llamaba a los nuevos trabajadores libres—, debía de contener, por lo menos, el esbozo de una apología de la esclavitud. Por ejemplo, la observación de que las únicas libertades a las que somos sensibles son aquellas que someten a otros a una servidumbre equivalente. No existe un hombre que se alegre de respirar libremente. Pero, por ejemplo, si yo consigo poder tocar el banjo hasta las dos de la madrugada, mi vecino pierde la libertad de no oírme tocar el banjo hasta las dos de la madrugada. Si yo consigo vivir sin trabajar, otro tendrá que trabajar por dos. Y ya se sabe que, en el mundo, una pasión incondicional por la libertad, pronto acarrea forzosamente conflictos y guerras no menos incondicionales. Añádase a ello que, debido a los efectos de la dialéctica, el esclavo está destinado a convertirse en amo a su vez, sería un error querer precipitar las leyes de la Naturaleza. Añádase, también, que no deja de tener su grandeza y su alegría eso de abandonarse a la voluntad ajena (como hacen los enamorados y los místicos) y verse, ¡al fin!, libre de placeres, intereses y complejos personales. En suma, que hoy aquel pliego sería considerado más peligroso que hace ciento veinte años.

Pero aquí se trata de otra clase de textos peligrosos. Concretamente, de los eróticos.

I. DECISIVO COMO UNA CARTA

Aunque, ¿por qué los llaman peligrosos? Eso es algo, por lo menos, imprudente. Algo que parece hecho, contando con que nos sintamos medianamente valientes, para instarnos a leerlos y exponernos al peligro. Y por algo será que las Sociedades Geográficas aconsejan a sus miembros no hacer mucho hincapié en los peligros corridos. No es por modestia, sino por no tentar a nadie (como se ve todavía por la facilidad de las guerras). Pero, ¿qué peligros?

Hay uno, por lo menos, que veo claramente desde aquí. Es un peligro modesto. Evidentemente, *La historia de O* es uno de esos libros que marcan al lector, que no lo dejan como lo encontraron, sino curiosamente mezclados a la influencia que ejercen y transformándose con ella. Después de varios años ya no son los

mismos libros. De manera que, muy pronto, los primeros críticos parecen haber sido un poco bobos. Pero, ¡qué importa!, un crítico nunca debe dudar en ponerse en ridículo. De manera que lo más sencillo será confesar que yo no sé muy bien por dónde ando. Avanzo por *O* de un modo curioso, como en un cuento de hadas —ya se sabe que los cuentos de hadas son las novelas eróticas de los niños—, como en uno de esos castillos encantados que parecen abandonados y, sin embargo, los sillones enfundados, los taburetes y las camas de barrotes están bien sacudidos, como los látigos y las fustas que lo están, digamos, por naturaleza. Ni asomo de herrumbre en las cadenas, ni el más leve vaho en las baldosas de colores. La primera palabra que se me ocurre cuando pienso en *O* es *decencia*. Palabra difícil de justificar. Dejémoslo. Y ese viento que atraviesa sin parar todas las habitaciones. Alienta también en *O* no sabría decir qué espíritu puro y violento, sin parar, sin mezcla alguna. Es un espíritu decisivo al que nada arredra, de suspiros en horrores y de éxtasis en náusea. Y, a decir verdad, en general mis preferencias son otras: me gustan las obras en las que el autor vacila; en las que deja entrever, por cierta turbación, que el tema lo intimidó; que dudó de si llegaría a salir con bien. Pero la *Historia de O*, está llevada, de principio a fin, como una pirueta. Te hace pensar más en un discurso que en una simple efusión; en una carta más que en un Diario íntimo. Pero una carta dirigida ¿a quién? Un discurso para convencer ¿a quién? ¿Y a quién preguntárselo? Ni siquiera sé quién es usted.

Que es una mujer no lo dudo. Y no tanto por esos detalles en los que se complace, los vestidos de satén verde, los ceñidores y las faldas levantadas varias vueltas: *como un mechón de pelo en un bigudí*, sino en que: el día en que René abandona a *O* a nuevos suplicios, ella conserva la suficiente presencia de ánimo para observar que las zapatillas de su amante están raídas y que habrá que comprar otras. Es algo que me parece casi inconcebible. Es algo que a un hombre nunca se le hubiera ocurrido, o, por lo menos, no se hubiera atrevido a decir.

Y, sin embargo, *O*, a su manera, expresa un ideal viril. Viril o, cuando menos, masculino. ¡Por fin una mujer que confiesa! ¿Confiesa el qué? Eso que las mujeres siempre han rehusado (pero nunca tanto como hoy). Eso que los hombres siempre les reprocharon: que no dejen de obedecer a su sangre; que en ellas todo sea sexo, incluso su espíritu. Que habría que alimentarlas sin cesar, lavarlas y maquillarlas sin cesar, pegarlas sin cesar. Que ellas necesitan, simplemente, un buen amo y un amo que desconfíe de su bondad: porque ellas, para hacerse amar por otros, utilizan todo el ardor, la alegría y el carácter que les infunde nuestra ternura en cuanto ésta se les manifiesta. En suma, que has de llevar el látigo cuando vas a verlas. Son pocos los hombres que no hayan soñado con poseer

a una Justine. Pero, que yo sepa, ni una sola mujer había soñado con ser Justine. Por lo menos, soñado en voz alta, con ese orgullo de la queja y del llanto, esa violencia arrolladora, con esa rapacidad del sufrimiento y esa voluntad, tensa hasta el desgarrar y el estallido. Mujer, tal vez, pero con carácter de caballero y de cruzado. Como si en ti llevases las dos naturalezas o el destinatario de la carta se rehiciera tan presente a cada instante que tú hicieras tuyos y su voz. Pero, ¿qué clase de mujer, quien eres tú?

De todos modos la *Historia de O* viene de lejos. En primer lugar observo en ella ese sosiego, esos espacios que se hacen en un relato que ha sido concebido durante mucho tiempo por el autor: que se le ha hecho familiar. ¿Quién es Paulien Réage? ¿Una simple soñadora como hay tantas? (Ellas dicen que basta con escuchar el corazón. Es un corazón al que nada para.) ¿Es una mujer de experiencia que pasó por ello? Que pasó por ello y se asombra de que una aventura que empezó o ten bien— o por lo menos, tan seriamente, con ascetismo y castigo— acaba tan mal, en un placer más bien sórdido, por que a fin de cuentas, estamos de acuerdo, *O* se queda en aquella especie de casa de citas en la que la hizo entrar el amor, se queda y no se encuentra tan mal. Sin embargo, a este respecto:

// UNA DECENCIA IMPLACABLE

A mí también me asombra ese final. No hay quien me haga creer que éste es el verdadero final. Que en la realidad (por así decirlo), tu heroína no consigue que Sir Stephen la haga morir. Que él no le quite los hierros hasta después de muerta. Pero, evidentemente, no está todo dicho y esta abeja —hablo de Pauline Réage— se ha guardado para sí una parte de su miel. Quién sabe, acaso por esta sola vez ha sentido una preocupación de escritor: narrar un día la continuación de las aventuras de *O*. Es posible asimismo que, al ser este final tan evidente, creyó que no valía la pena escribirlo. Nosotros lo descubrimos solos sin el menor esfuerzo. Lo descubrimos y nos obsesiona un poco. Pero tú, ¿cómo la inventaste tú? ¿Y qué nombre hay que dar a esta aventura? Insisto en ello porque estoy seguro de que una vez hallados, los taburetes y las camas con barrotes y hasta las mismas cadenas tendrán explicación, permitirán ir y venir entre ellas esta gran figura oscura, este fantasma lleno de intención, estos alientos extraños.

Aquí tengo que pensar forzosamente en lo que hay de extraño precisamente en el deseo masculino: en lo que hay de insostenible. Se ven esas piedras en las que soplan los vientos que, de pronto, empiezan a moverse o a suspirar o a sonar como una mandolina. La

gente viene a verlas desde muy lejos. Sin embargo, uno al principio quisiera escapar, por más que le guste la música. ¿Y si, en definitiva, la función de los eróticos (de los libros peligrosos, si ustedes prefieren) fuera ponernos al corriente? De orientarnos al modo de un confesor. Sé muy bien que uno suele acostumbrarse. Y tampoco los hombres se sienten turbados durante mucho tiempo. Toman partido en su favor y dicen que fueron ellos quienes empezaron. Mienten y, para demostrarlo, ahí están los hechos: evidentes, más que evidentes.

Y las mujeres también, me dirán. Seguramente, pero en ellas el hecho no es visible. Ellas siempre pueden decir que no. ¡Qué decencia! Y, seguramente, de ahí proviene la opinión de que ellas son las más bellas de los dos y de que la belleza es femenina. Más bellas no estoy seguro. Si acaso, más discretas, menos aparentes, lo cual tiene un cierto tipo de belleza. Es la segunda vez que hablo de decencia a propósito de un libro en el que ésta no interviene demasiado...

Pero, ¿es cierto que no interviene? No estoy pensando en la decencia un poco insulsa, que se contenta con disimular; que huye de la piedra y niega que la vio moverse. Hay otra clase de decencia, la irreductible y pronta a castigar; la que humilla la carne con la suficiente energía para devolverle su integridad primera y, por la fuerza, la hace retroceder a los días en los que el deseo no se había declarado todavía y la roca no había cantado. Una decencia en cuyas manos es peligroso caer. Porque, para satisfacerla, hay que ofrecerse con las manos atadas a la espalda, las rodillas separadas, entre lágrimas y sudor.

Parece que estoy diciendo cosas espantosas. Es posible, pero el espanto es el pan nuestro de cada día. Tal vez los libros peligrosos son simplemente aquellos que nos exponen a nuestro peligro natural. ¿Qué enamorado no se asustaría si midiera un instante el alcance del juramento que hace, y no a la ligera, de entregarse para toda la vida? ¿Qué enamorada, si sopesara un segundo lo que quieren decir los «no supe lo que era el amor hasta que te conocí... Nunca me sentí conmovida antes de conocerte» que le vienen a los labios? O, incluso, las más serias — ¿más serias?—: «Quisiera ser castigada por haber sido feliz antes de conocerte.» Pues le toman la palabra. Ya va, por así decirlo, bien servida.

De modo que no faltan torturas en la *Historia de O*. No faltan los trallazos ni las marcas con hierro candente, sin hablar de la picota ni de la exposición en plena terraza. Casi tantas torturas como oraciones en la vida de los anacoretas. Y no menos cuidadosamente distinguidas y como numeradas, separadas unas

de otras por piedrecitas. No siempre son torturas alegres, quiero decir infligidas con alegría. René se niega a hacerlo. Y Sir Stephen, si consiente en ello, lo hace como una obligación. Es evidente que ellos no se divierten. No tienen nada de sádicos. Es como si, desde el principio, fuera O quien pudiera ser castigada y acorralada.

Aquí no faltará el necio que hable de masoquismo. Ello sería agregar al verdadero misterio un misterio falso de lenguaje. ¿Qué quiere decir *masoquismo*? ¿Que el dolor es también placer y el sufrimiento, alegría? Puede que sí. Éstas son afirmaciones de las que los metafísicos hacen gran uso —como dicen también que toda presencia es ausencia y toda palabra silencio— y no niego (aunque no siempre las entiendo) que puedan tener su utilidad. Pero, en todo caso, es una utilidad que no se deriva de la simple observación, por lo tanto, que no es de la incumbencia del médico ni del simple psicólogo y mucho menos del necio. No, se me dirá. Se trata, sí, de un dolor, pero de un dolor que el masoquista sabe *transformar* en placer; de un sufrimiento del que, por una química secreta, él destila un puro placer.

¡Qué noticia! De este modo, los hombres habrían hallado al fin lo que tan asiduamente buscaban en la medicina, la moral, las filosofías y las religiones: el medio de evitar el dolor, o, por lo menos, de superarlo, de comprenderlo (aunque sólo fuera por ver en él el efecto de nuestra necedad o de nuestras faltas). Y, lo que es más, lo habrían hallado desde siempre, pues, a fin de cuentas, los masoquistas no datan de ayer. Y me asombra el que no se les hayan rendido mayores honores ni se haya espiado su secreto. Que no se les haya reunido en palacios, para observarlos mejor, encerrados en jaulas. Tal vez los hombres nunca se hagan preguntas cuyas respuestas no les hayan sido dadas ya en secreto. Tal vez bastaría ponerlos en contacto unos con otros, arrancarlos a su soledad (como si no existiera un deseo humano que fuera puramente quimérico). Pues bien, por lo menos, aquí tenemos la jaula y a esta mujer dentro de la jaula. No queda más que escucharla.

III. CURIOSA CARTA DE AMOR

Ella dice: «Haces mal en asombrarte. Considera mejor tu amor. Se horrorizaría si comprendiera durante un solo instante que soy mujer y que estoy viva. Y no es olvidando las fuentes ardientes de la sangre como vas a cegarlas.

»Tus celos no te engañan. Es cierto que me haces feliz y más sana y mil veces más viva. Sin embargo, yo no puedo impedir que esta felicidad se vuelva inmediatamente contra ti. También la piedra canta más fuerte cuando la sangre está tranquila y el cuerpo,

descansado. Prefiero que me mantengas en esta jaula, sin alimentarme casi, si te atreves. Todo lo que me acerca a la enfermedad y la muerte me hace fiel. Y es únicamente en los momentos en que me haces sufrir cuando no corro peligro. No debiste aceptar ser un dios para mí, si los deberes de los dioses te dan miedo, y todo el mundo sabe que los dioses no son blandos. Ya me has visto llorar. Ahora tienes que tomarle el gusto a mis lágrimas. ¿Acaso mi cuello no está precioso cuando se hincha y tiembla a pesar mío con el grito que contengo? Es una gran verdad que debe cogerse un látigo cuando se viene a vernos. Y más de una necesitaría, incluso, el gato de nueve colas.»

En seguida, agrega: « ¡Qué broma más tonta! Pero tú tampoco entiendes nada, ¿y si no te amase con locura, crees que iba a atreverme a hablar así y traicionar a mis semejantes?»

Y dice también: «Es mi imaginación, son mis sueños vagos lo que a cada instante te traicionan. Extenúame. Líbrame de estos sueños. Entrégame. Adelántate para que no tenga ni siquiera el tiempo de *imaginar* que te soy infiel. (Porque la realidad, en todo caso, preocupa menos.) Pero procura antes marcarme con tu número. Si llevo la marca de tu fusta o de tus cadenas, o esos anillos en mis labios, que sea evidente para todos que te pertenezco. Mientras me golpeen o me violen de tu parte, tú serás mi único pensamiento, mi único deseo, mi única obsesión. Es lo que tú querías, supongo. Pues bien, te amo y es también lo que quiero yo.

»Si de una vez por todas dejo de ser yo, si ni mi boca, ni mi vientre, ni mis senos me pertenecen, me convierto en una criatura de otro mundo en el que todo habrá cambiado de sentido. Tal vez llegue un día en que ya no sepa nada de mí. ¿Qué significa para mí el placer, qué significan las caricias de tantos hombres, enviados tuyos, a los que no distingo y que no puedo comparar contigo?»

Así es como ella habla. Yo la escucho y comprendo que no miente. Trato de seguirla (es la prostitución lo que durante mucho tiempo me confundió). Después de todo, puede que la túnica ardiente de las mitologías no sea una simple alegoría; ni la prostitución sagrada, una curiosidad histórica. Puede que las cadenas de las canciones ingenuas ni los «me muero de amor» sean simple metáfora. Ni lo que dicen las mujeres de la calle a su amante particular: «Te llevo dentro de la piel, puedes hacer de mí lo que tú quieras.» (Es curioso que, para desembarazarnos de un sentimiento que nos desconcierta, optemos por atribuirlo a los apaches o a las prostitutas.) Puede que Eloísa, cuando escribía a Abelardo: «Yo seré tu *filie de joie*» no se propusiera, simplemente,

hacer una hermosa frase. Es indudable que la *Historia de O* es la más feroz carta de amor que haya recibido un hombre.

Me acuerdo de aquel holandés que debía errar por los océanos hasta que encontrara a la mujer que accediera a perder la vida para salvarlo; y del caballero Guiguemar que, para curar de sus heridas, esperaba que una mujer sufriera por él «lo que jamás sufrió mujer alguna». Sí, la *Historia de O* es más larga que una endecha y mucho más detallada que una simple carta. Tal vez haya que remontarse más atrás. Tal vez nunca haya sido tan difícil como hoy comprender sencillamente lo que dicen los chicos y las chicas de la calle, lo que decían, supongo, los esclavos de Barbados. Vivimos en un tiempo en el que las verdades más simples no tienen más recurso que ofrecérsenos desnudas (como O) bajo una máscara de lechuga.

Porque a veces se oye a personas que parecen normales, y hasta sensatas, hablar alegremente del amor como de un sentimiento ligero y sin consecuencias. Se dice que brinda no pocos placeres y que ese contacto de dos epidermis tiene su encanto. Se añade que el encanto o el placer pudo ser gozado plenamente por quien sabe respetar del amor su fantasía, su capricho y su libertad natural. Por mí, no hay inconveniente y si tan fácil es para dos personas de distinto sexo (o de igual sexo) darse mutua satisfacción, felicidades y la enhorabuena, harían muy mal en complicarse la vida. Pero hay en todo esto una o dos palabras que me preocupan: la palabra *amor* y también la palabra *libertad*. Es evidente que se contradicen. El amor es depender —y no sólo para el placer, para la misma existencia y para eso que viene antes que la existencia: las ganas de existir— de mil y una cosas extrañas: de unos labios (y de la mueca o la sonrisa que formen), de un hombro (y de su manera de encogerse), de unos ojos (de una mirada suave o fría), en definitiva, de todo un cuerpo ajeno, con el espíritu o el alma que lo habite, de un cuerpo que a cada instante puede hacerse más deslumbrante que el sol o más helado que una llanura nevada. No resulta agradable pasar por ahí, y no me hagan ustedes reír con sus suplicios. Tiemblos cuando ese cuerpo se agacha para abrochar la hebilla de un zapato y te parece que todos te ven temblar. ¡Antes el látigo y los anillos en tu carne! En cuanto a la libertad... Cualquier hombre o cualquier mujer que haya pasado por eso, antes sentirá deseos de gritar contra ella, de desatarse en insultos, de proferir horrores. No; no faltan los horrores en la *Historia de O*. Pero a veces me parece que, más que una mujer, es una idea, una manera de pensar, una opinión lo que aquí se lleva al suplicio.

LA VERDAD SOBRE LA REBELIÓN

Es extraño, pero la felicidad en la esclavitud pasa hoy en día por ser una idea nueva. Ya no existe el derecho de vida y de muerte en las familias, ni los castigos corporales y las novatadas en los colegios, ni correctivos conyugales en los matrimonios y hoy se deja pudrir tristemente en los calabozos a los hombres que en otros siglos morían orgullosamente en las plazas públicas, decapitados. Hoy ya no infligimos más torturas que las anónimas e inmerecidas. Aunque también son mil veces más atroces. Ahora son los habitantes de toda una ciudad los que se asan de una sola vez en un bombardeo. El excesivo mimo del padre, del maestro o del amante se paga con la lluvia de bombas, la rociada de napalm o la explosión del átomo. Es como si en el mundo existiera cierto equilibrio misterioso de la violencia por la que nosotros hubiéramos perdido el gusto y hasta el sentido. Y no me importa que sea una mujer quien los recobre. Ni siquiera me extraña.

A decir verdad, yo no me hago sobre las muí res tantas ideas como suelen hacerse los hombre Me sorprende que las haya. Más que sorprenderme me maravilla. De ahí viene que ellas me parezcan maravillosas y las envidie. ¿Y qué envidia, real-mente?

En ocasiones, siento nostalgia de mi niñez. Pero lo que echo de menos no son las sorpresas ni la revelación de que hablan los poetas. No. Recuerdo una época en la que me sentía responsable de toda la tierra. Era unas veces campeón de boxeo; otras cocinero, orador político (sí), general, ladrón y hasta piel roja, árbol o roca. Me dirán que era un juego. Sí, podría serlo para ustedes, las personas mayores, pero no para mí, en absoluto. Era entonces cuando tenía el mundo en la mano, con todos los quebraderos de cabeza y los peligros que ello supone: entonces era yo universal. Y aquí quería llegar.

Porque a las mujeres les es dado parecerse durante toda la vida a los niños que fuimos. Una mujer puede hacer mil cosas que a mí se me escapan. En general, sabe coser. Sabe guisar. Sabe amueblar una casa y cuáles son los estilos que no se dan de bofetadas (no digo que haga estas cosas a la perfección, pero yo tampoco era un piel roja intachable). Y sabe muchas otras cosas. Se encuentra a gusto con los perros y los gatos; habla con esos medios locos, los niños, con los que convivimos: les enseña cosmología y buenos modales, higiene y cuentos de hadas y, a veces, incluso piano. En suma, nosotros desde la niñez no hacemos más que soñar con un hombre que fuera todos los hombres a la vez. Pero parece a cada mujer le ha sido dado ser todas las (y todos los hombres) a la vez. Hay algo más curioso todavía.

En nuestros días, se oye decir que basta comprender para perdonar. Pues bien, a mí me ha parecido siempre que para las mujeres —por más universales que sean— es al revés. He tenido muchos amigos que me aceptaban tal como soy y a los que yo aceptaba tal como eran, sin el menor deseo de transformarnos los unos a los otros. Incluso me alegraba —y ellos se alegraban también— de que cada cual tuviera su personalidad. Pero no hay una sola mujer que no trate de cambiar al hombre a quien ama y

cambiarse ella al mismo tiempo. Como si el proverbio fuera mentira y bastara comprender para no perdonar.

No; Pauline Réage no se perdona mucho. Y, a decir verdad, a veces me pregunto si no exagera un poco; si las mujeres, sus semejantes, son tan semejantes a ella como ella supone. Pero más de un hombre le concederá esto de buen grado.

¿Hemos de lamentar la pérdida del cuaderno de Barbados? . Temo que el bueno del anabaptista que lo redactó lo llenara, en su parte apologética, de lugares comunes bastante insulsos: por ejemplo, que siempre habrá esclavos (por lo menos, eso es lo que puede observarse); que siempre serán los mismos (lo cual puede discutirse); que cada cual debe resignarse a su estado y no perder con recriminaciones un tiempo que podría dedicarse a juego, a la meditación y a los placeres de costumbre. Etcétera. Pero supongo que no dijo la verdad: que los esclavos de Glenelg estaban enamorados de su amo, que no podían prescindir de él ni de su esclavitud. Después de todo, la misma verdad que infunde a la *Historia de O* su rotundidad, su inconcebible decencia y ese vendaval fanático que no deja de soplar.

JEAN PAULHAN